

CARLOS E. MESA G. M. F.

**CUATRO ESCRITORES
ANTIOQUEÑOS**

7

Colección: Academia Antioqueña
de Historia

00224

ACA
0002

PRESENTACION

En esta recopilación nos presenta Carlos E. Mesa cuatro escritores de su Iglesia, de su Antioquia y de su lengua. Con cada uno de ellos lo unen varios lazos: la nativa comarca, la vocación a las letras y a las tareas del espíritu y lo que más acerca: una cierta convivencia y casi un trato íntimo.

Llega uno a creer, por fáciles indicios, que al trazar estas semblanzas el autor va traduciendo, sin proponérselo, sus personales vivencias.

De Tomás Carrasquilla dice el Padre Mesa que nació en un poblachón de la Antioquia campesina, reclusa y colonizadora. De Carrasquilla y de Suárez advierte expresamente que no viajaron por el extranjero.

De veintiún años, Carlos E. Mesa viaja a Roma en donde cursa estudios de teología y de humanidades. Recién ordenado sacerdote pasa a España en donde transcurre veintidós años de intenso ministerio pastoral y al mismo tiempo, con el trato asiduo, se empapa de la España nueva, y con los libros y la visión de nobles ciudades se satura del espíritu de la España vieja.

Una permanencia de veintiocho años en Europa y la conciencia de lo que así se enriquece un espíritu observador le otorga autoridad para hacer la anotación de que a Carrasquilla le favoreció su apego al terruño, que lo hizo novelista egregio, ya que él americanizaba cuando en América estaba de moda europeizar, aunque el Padre Mesa reconoce que "hay zonas de la cultura y de las mismas letras que no podrían desvincularse de Europa so pena de retroceder a la barbarie".

Opina el autor que por los géneros literarios que cultivó, Suárez, humanista y sensible, hubiera atesorado grandes experiencias caso de haber viajado por los países más cultos de Europa. Sin embargo, Marco Fidel Suárez reconoció la necesidad de mantenerse ligados a los países más cultos y al tomar posesión de la presidencia habló de lo que él denominaba "injerto de cultura".

No es europeizarse el vivir en Europa. Hay turistas que vuelven de Madrid —pongamos el caso— hablándonos de los toros y sin saber distinguir un cuadro del Greco de uno de Velásquez. Europeizarse es entranjarse lo mejor de esos pueblos tan cultos. Así lo hizo el Padre Mesa, que, permaneciendo tan terrígena en todo, nos entregó sus versiones de Carducci o sus estudios sobre los letrados españoles desde Berceo hasta la generación del noventa y ocho o los últimos poetas y ensayistas españoles.

A poco de regresar a Colombia el Padre Mesa tomó posesión como numerario de la Academia Colombiana del sillón que antes ocuparan Marco Fidel Suárez y Félix Restrepo, de quienes diserta en este volumen. Prolonga así la línea antioqueña de ese sillón. En la Academia lo recibió el doctor Lucio Pabón Núñez, que estudia sagazmente al Padre como cultivador de la biografía, el ensayo y el artículo periodístico con preferencias para el tema hispánico y religioso. Ya anteriormente había hecho el doctor Pabón un profundo estudio de la poesía del nuevo académico. Dentro de la biografía sobresalen sus obras "Pedro de Betancur, el hombre que fue caridad", Juana de Matel, mística y fundadora, "Dieron testimonio etc. Fruto de su trato largo e íntimo con la juventud española produjo el Padre Mesa el libro "Consignas y sugerencias para militantes de Cristo".

El tema antioqueño ha interesado continuamente a Carlos E. Mesa. Lo atestiguan sus varios escritos sobre la Madre Laura, sobre la Sierva de Dios Isabel Tejada y de modo particular su reciente volumen "Jesús Aníbal, testigo de sangre" en que nos refiere la vida, la vocación, las virtudes y el martirio de su amigo de niñez, Jesús Aníbal Gómez, inmolado por los rojos comunistas en la estación de Fernán Caballero (España) el 28 de julio de 1936.

El contenido de este volumen que me es grato presentar es un argumento más de la dedicación de Carlos E. Mesa a los temas antioqueños, ya que las cuatro semblanzas en él trazadas corresponden a eminentes figuras de nuestra comarca y al mismo tiempo de Colombia.

Quiero suponer que la figura más nueva en este libro es la de la Madre Laura Montoya, la ilustre jericoana. Como misionera toda Colombia la conoce y la admira; se sabía también que era escritora. Pero en estas páginas se nos revela como escritora extraordinaria por la cantidad de sus obras y la calidad literaria de las mismas.

Cuando habla de Suárez el Padre Mesa alude a lo cordial de su estilo; cuando de Laura Montoya, de su decir llano y directo. Cordial y directo, con sobrios adornos, resulta el estilo del Padre Mesa. Sentimental cuando recuerda su Antioquia y su España; lógico en sus ensayos; puntual y concatenado en sus interesantes biografías.

El 12 de octubre pasado asistí al ingreso del Padre Mesa en la Academia Antioqueña de Historia. Nos habló sabrosamente sobre Santa María en los días coloniales, como en otras ocasiones discutió sobre Francisco Antonio Zea o sobre la figura mansa, majestuosa y santa de Monseñor Francisco Cristóbal Toro, el obispo inolvidable de Jericó y Antioquia.

Ahora, la Academia ha tenido un feliz acierto al brindarnos esta recopilación de semblanzas con el título de "Cuatro autores antioqueños".

JUAN GONZALO MESA M.

Medellín, 10 de diciembre de 1967

MARCO FIDEL SUAREZ

El estadista - El escritor - El cristiano

(1855 - 1927)

MARCO FIDEL SUÁREZ

El estadista — El escritor — El cristiano

Toda Colombia, en un estremecimiento de admiración nunca igualado y difícilmente superable, conmemoró el centenario natalicio de Marco Fidel Suárez, varón clarísimo cuyo nombre deben pronunciar con veneración y respeto los letrados y los católicos del mundo hispano.

Suárez, por su ingenio y por su pluma, pertenece ya al linaje de los clásicos inmortales. Por el severo perfil de su personalidad, por su actuación en alto y turbulento escenario político y por su acierto en el empeño de acordar la ciencia y la fe, el manejo de la cosa pública y la sumisión filial a la Iglesia, tiene sus pares entre aquellos laicos gloriosos que han puesto su mente iluminada al servicio de Cristo y que se llaman Ozanam, García Moreno, Menéndez Pelayo, Engelbert Dollfus, o Cortardo Ferrini.

En la personalidad de Suárez hay una antinomia sorprendente en que nadie, que sepamos, ha parado la atención o filosofado según lo pide el caso. Es la antinomia de sus fracasos repetidos y de su grandeza auténtica e innegable. Suárez es uno de aquellos hombres que en Colombia, tan fértil en soñadores e idealistas, ha sustentado propósitos más excelsos e iniciado empresas de mayor cuantía y aliento. Pero conoció, como pocos, el fracaso y el dolor de los ideales que huyen y se desvanecen.

Empezó la carrera sacerdotal y hubo de truncarla; proyectó una Gramática Histórica de la Lengua Española —ardua empresa en aquellos entonces— y sólo nos dejó unas muestras; encumbrado a la presidencia de Colombia bajó sin terminar su período constitucional; no dió remate al monumento de los Sueños; ni terminó su Galería de colombianos ilustres, ni prosiguió de forma sistemática las aficiones gramaticales que iluminaron su juventud prometedora... Sin embargo —y esto es lo sorprendente— en su conjunto y en la totalidad de su vida es uno de los colombianos más egregios y una de nuestras figuras históricas más definidas. Fué grande a pesar de sus fallos y deficiencias. Llegada la hora del recuento y de la balanza no se le encuentra falto, sino admirable de madurez y de ejemplaridad.

Ejemplaridad de su Vida.

Si algún heraldista o rey de armas quisiera inventarle un escudo nobiliario a este aldeano sin blasones, a este genuino fruto de la democracia, podría historiarlo y simbolizarlo con estos cuatro elocuentísimos atributos: una choza de paja y de barro, las columnas del Capitolio bogotano, una peñola y una cruz. Ellos recordarían al hombre, al estadista, al escritor y al cristiano.

Lo más encantador de esta vida pulquérrima, labrada por la piedad y la sabiduría, y también, lo más estimulante, es el triunfo de un ideal tempranero de integral educación en medio ambiente y horizontes nada propicios. En Colombia se suele decir que Marco Fidel Suárez es uno de los hijos más genuinos de la democracia.

Buena fecha para nacer, buen "dies natalis" para ingenios y letrados, este del 23 de abril. Tal

día como ése, del año de 1616, murió serenamente en Madrid don Miguel de Cervantes Saavedra. Para el cristiano, morir es nacer. Tal día como ése, del año de 1855, allá, en Hatoviejo, en un vallecito de los andes colombianos y antioqueños, nació Marco Fidel Suárez. Recojamos la coincidencia de fechas como un augurio feliz para el niño de la choza pajiza, para la Madre Colombia y para las letras de la universal castellanía.

Suárez nació de familia sin blasones y sin haberes. Lavandera fué su madre, como la madre de Luis de Granada. Pero desde ese hondón semi-plebeyo, paso a paso, con sostenido porfiar, hostigado por mil dificultades, sin ambiciones de hueca sonadía, pero deseoso de trabajar por la Iglesia y por la Patria, fué alcanzando posiciones y llegó a ser maestro de la juventud, jefe del partido conservador, internacionalista experto, literato consumado y presidente de la República. Bello ejemplo para los jóvenes a quienes no mimó la fortuna. De niño, merced a la protección del párroco y a la intuición del Obispo Isaza, pudo ingresar en el seminario de Medellín.

Le acuciaba el deseo de saber. Aventajó a los condiscípulos en el discurrir y también en la seria consagración al estudio. Tuvo aquel ingenio que los latinos llamaban *versátil*. Tan pronto ahondaba en filosofía como resolvía matemáticas; eso le daba disertar de cuestiones teológicas o aclarar las leyes del idioma. Ya hacía el cabo de la carrera, una de aquéllas infaustas revoluciones incubadas por las doctrinas radicales, forzó a clausurar el seminario de Medellín y el joven Suárez hubo de ganarse un parco vivir como simple maestro de escuela. Como que estuvo a canto de irse a la pesquisa de un empleo en Panamá o en las minas de oro de Supía. Pero Dios, que no lo

quiso sacerdote, tampoco permitió que se sumiera en la oscuridad. Lo había hecho para brillar en el candelero.

Conociendo su afición al estudio, el cura del lugar le propuso se dirigiera a la culta ciudad de Bogotá asegurándole que a su cuidado y solicitud quedarían una hermanita y la madre. Partióse, pues, sin bagaje, largos trechos a pie. Así midió centenares de kilómetros hasta la antigua Santa Fe de Bogotá, ciudad de luz y de ingenio, ciudad entonces callada y tranquila donde se había remansado el castizo espíritu español y florecían con tropical exuberancia los doctos y letrados. No mucho después, Menéndez Pelayo la señalaba como Atenas de Suramérica — Suárez llegó a Bogotá en 1879—. Tenía veinticuatro años de edad.

Ya en la capital de la república obtuvo una beca en el colegio del Espíritu Santo en el que fué, a la vez estudiante y catedrático. Sus labores en el profesorado se prolongaron en este y otros colegios durante unos veinte años. Sólo se interrumpieron cuando —figura de las descolantes del país— fué llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores. En sus primerías, la pobreza, que ataja proyectos pero aguza ingenios, lo cortejó celosamente. Hasta se vió obligado a ser escribiente de oficina. Como tal ayudó al doctísimo filólogo don Rufino J. Cuervo copiándole papeletas para su monumental **Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana**. Varias veces en estas tareas, pero sobre todo en vacaciones, lo sorprendió la noche sin haber probado todavía bocado. Así fueron los principios de Suárez. Pero él había nacido en los repliegues más arrugados de los Andes, en esa Antioquia cerril y arisca, y sabía muy bien lo que cuesta ga-

nar las cumbres y situarse de frente a horizontes más dilatados. La Providencia le deparó muy presto la llave con que se había de abrir el castillo ferrado de su futuro glorioso.

El triunfo del ideal.

En noviembre de 1881 se celebró en Bogotá el centenario del nacimiento de don Andrés Bello, gloria de Venezuela, poeta, gramático, y jurista a quien se reconoce como patriarca de las letras americanas. Uno de los números del programa consistía en premiar con la admisión en la Academia Colombiana de la lengua, compuesta entonces como hoy por literatos de auténtica prestancia, al que presentara el mejor trabajo sobre don Andrés Bello. El premio debía adjudicarse en pública solemnísimas sesión. Los concurrentes al certámen fueron numerosos y hábilmente aparejados. Aquella Atenas tropical estaba en vilo, alzada en acecho del fallo académico glorificador. Más, a la hora de la proclamación, la sorpresa fué grande. Sorpresa, que no desilusión. Se adjudicaban los ambicionados lauros del triunfo a un joven de ventiséis años enteramente desconocido. Su nombre sonaba allí por vez primera. Marco Fidel Suárez. El joven, adelantándose modestamente hacia el escenario, y al recibir la medalla que lo acreditaba como académico de la lengua, profirió esta lacónica expresión: **la recibo más como un estímulo que como un premio.**

Dijimos que Suárez nació en Hatoviejo. Poco después, para conmemorar el triunfo de su hijo ilustre, la aldea adoptó el nombre de Bello, asociando así la memoria de dos de los más inteligentes cultivadores del idioma español en Amé-

rica. Y empieza la carrera pública de Suárez. Es de un país, vive en un pueblo, donde la gramática y la poesía son credenciales para ocupar los puestos más altos y más exigentes.

Su carrera pública

En 1883 acompaña al humanista don Miguel Antonio Caro, en la dirección de la Biblioteca Nacional. Fué destino del montañés de Hatoviejo cruzarse en los caminos de su juventud con las dos lumbreras máximas del pensamiento colombiano: con Rufino J. Cuervo y con Miguel Antonio Caro. En agosto de 1884 empareja de nuevo con ellos: la Real Academia Española lo nombra miembro correspondiente. El 19 de octubre de 1885 entra como Secretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el cual trabajó con paciente patriotismo y empezó una de las tareas más fructuosas de toda su vida: la demarcación definitiva de las fronteras nacionales. Fué labor de tal magnitud en sí y llevada con tal dignidad y discreción que hay quienes la consideran como el mérito mayor y el aspecto más elogiable de toda la vida y la actuación de Suárez.

En 1886 presta el apoyo de su autoridad y de sus luces al movimiento que en Colombia se llama de la Regeneración, que tuvo como Caudillo a Rafael Nuñez y, en realidad, dotó a Colombia de una fisonomía y de una Constitución sabia y cristiana que ha sido fuente y causa de paz y de prosperidad de la nación durante los últimos sesenta años.

En 1889 se le nombra vocal del Consejo Universitario y profesor de Derecho Internacional, público y privado. El 10 de Marzo de 1891 se le confía el Ministerio de Relaciones Exteriores.

El 15 de agosto de 1895 contrajo matrimonio con doña Isabel de Orrantía, dama de noble alcurnia. Por cierto, en el regocijo y gaudeamus de aquel día no faltó la trova del poeta. Y esta vez fué la de Rafael Pombo, lírico fogoso, vehemente y caudal. Muy inspirado no anduvo, en paz sea dicho. Pero sí lució alguna estrofa aprovechable.

“Así no hay quien epitalamios cante
al desde hoy feliz Marco Fidel
sin advertir que tiene por delante
a Dios, que le buscó por consonante
a la dulce Isabel.

Que si las Relaciones Exteriores
bajo tal rienda a maravilla van,
no en zaga marcharán las interiores:
aquí las vemos en carril de flores
y al cielo por guardián...”.

El cielo, según veremos, reclamó muy pronto a la dulce Isabel... En febrero de 1896 empezó a dirigir y publicar “El Nacionalista”, que fué su primera incursión de carácter permanente en el periodismo y desde el cual sostuvo recias batallas ideológicas, aunque con serenidad y mesura, y no con la apasionada intemperancia verbal que es frecuente en ciertos polemistas latinos y sobre todo tropicales. De él, como del grande estadista y presidente Rafael Núñez, impulsor de la **Regeneración** del 86, se puede afirmar que con sus escritos periodísticos puso de moda el uso de la razón en política. Que es mucho decir. Este mismo año fué al Parlamento, en el cual, **sibi constans**, que diría Horacio, actuó como sesudo pensador y político cristiano.

En 1899 se le nombró Ministro de Instrucción Pública, y un año después, al verse destituido

do de dicho cargo y del de Consejero de Estado por causa de un movimiento político que derrocó al gobierno éxistente, formuló un documento de protesta que se hizo célebre y propuso retirarse de la vida pública y de la política, que para él tuvo casi exclusivamente amargas y desengaños. Suárez había nacido para especular como tranquilo ciudadano de la república de las letras; pero la política, en su pleamar y sus resacas, lo había engolfado en ese piélago de intrigas, asechanzas y viceversas. “La política —escribió en el **Sueño del Partido Conservador**— actividad suprema porque es en cierta manera el uso de una función propia de Dios, único señor de los hombres y su único juez, como observa San Francisco de Sales, es de todos los ejercicios el más complicado, el más aleatorio, el más penoso, el más inadecuado al orden y al encadenamiento. Si hay mortal que merezca el epitafio **Requiescat in pace**, o al cual esa lúgubre voz de esperanza venga bien, es el político graduado, consumado y calificado... “Pero, en 1912, reaparece en el escenario político por obedecer a las insinuaciones del Arzobispo Herrera Restrepo quien se dirigió a Suárez hablándole de la Parábola de los talentos. Ello es que don Marco se hallaba una tarde visitando el sepulcro de su esposa, cuando le llegó una tarjeta de Monseñor Herrera que lo invitaba a intervenir de nuevo en la cosa pública para el bien de la Religión, cuyos intereses andaban mal traídos y mal llevados en las luchas intestinas de esos partidos que tantas veces parten el mismo corazón de la Patria. Suárez respondió desde el mismo cementerio con una boleta que decía: “Es lícito a un hombre encargarse de deberes cuando sabe con firme conciencia que ellos son superiores a sus facultades mentales y mora-

les?" Y el Prelado, que había nacido con todos los dones del señorío y del mando, contestó inmediatamente al pie de aquel escrito: "Lo que no es lícito es el rehusar el cumplimiento de un deber so pretexto de incapacidad".

Jefe de partido

Ante la voluntad de su Prelado, que para Suárez era sagrada, y ante la exigencia de valores supremos, renunció a la tranquilidad de sus estudios y se dirigió a los varios grupos de tendencias conservadoras —históricos y nacionalistas—, llamándolos a la unión. Entonces se efectuó la **Concentración Conservadora**, decisiva en el parlamento. Sus directores fueron Marco Fidel Suárez y el caudaloso y arrogante tribuno don José Vicente Concha, que en virtud de este acuerdo antecedió a Suárez en la presidencia y murió después en Roma cuando representaba a Colombia, con el mayor decoro, ante la Santa Sede.

Duro se le hizo a Suárez dialogar con el Doctor Concha; pero a ello se avino al peso de consideraciones superiores y gracias a la habilidad del General Goenaga, en cuya casa se realizó la histórica entrevista. Recordando una frase de Lorenzo Riber en su semblanza del Anti Lulio Anselmo de Turneda, "si hay dos temperamentos que se repelen con instantánea energía, son los temperamentos de estos dos varones terrígenas" (Cfr. **El Español**, 16 dic., 1944).

Las relaciones de estos dos patricios —ha escrito Eduardo Guzmán Esponda— darían para capítulos enteros, escritos por artistas de la historia. Saint-Beuve hubiera encontrado allí materia para varios de sus **Lunes**. En la unión con Suárez, después de posiciones encontradas y violen-

tas, forjada en el vértice de la pirámide conservadora, al lado de la grandeza en el ademán que olvida y abraza y salva, existe en la penumbra como un mal hado, no por silencioso menos implacable, el roce continuo de dos espíritus hechos para no concordar. El presidente Concha (elegido por la **Concentración**) y su Ministro de relaciones Exteriores, Suárez, representaron la unión de un partido político ante el país; y el gobierno indivisible de una nación, ante el mundo inflamado por la guerra europea.

Era una fachada llena de inteligencia y de claridad, revestida de fina soldadura; pero hendida, como el vaso roto de Sully Prudhomme. Pudiera decirse que aquellas dos mentes se guiaban por un mismo amor de patria, hilo conductor en el laberinto político; solo que lo habían empuñado en sentidos diversos. En las grandes cuestiones y en los muchos incidentes parecen ponerse de presente aquellas disonancias de tonos espirituales. La guerra de 1914 es el punto frecuente de divergencia entre el presidente y su ministro. La misma neutralidad de la República no es comprendida por ambos sino con diverso temperamento, principalmente cuando la Estrella Polar (Estados Unidos) aparece en la contienda apocalíptica. La Estrella Polar, mirada por esos dos astrónomos del cielo internacional desde ángulos tan diferentes”.

Ello es verdad, pero también lo es que cuando Concha, en virtud de la unión, subió al poder, Suárez, entonces jefe único, indiscutible y sapientísimo del partido conservador, supo vigorizarlo y orientarlo con un programa doctrinal enteramente cristiano. Como él enseñaba, era obligación de dicho partido “estrecharse en torno de la Iglesia para defenderla contra sus enemigos y

para cooperar en toda obra religiosa de civilización y progreso". Suárez se desvivió por su partido, no tanto por lo que éste entrañaba de político, cuanto por los servicios que podía prestar a la Iglesia. Decía así: "Creo indispensable, absolutamente indispensable para Colombia, que en ella prevalezcan las ideas conservadoras, y por eso mismo considero necesario que el partido preserve, defienda y mantenga su mayoría, la cual no podrá obtenerse sino en virtud de una unión absoluta. Con esta victoria de la unión conservará en la política, en la administración, en las leyes, en la justicia el influjo de la doctrina cristiana, única esperanza del mundo, agobiado y amenazado hoy por las olas de la barbarie". La historia eclesiástica y civil de Colombia durante más de medio siglo condujo a Suárez a sentar la precedente afirmación, que es justamente epifonema de un proceso histórico y norma de políticos patriotas y avisados... Suárez obró por patriotismo y religiosidad de pura ley al servirle a Colombia a través de un partido, desde el reducto doctrinal de la agrupación conservadora. A él le parecía lo más propio, lo necesario, encararse desde ese lado con su Patria y con su quehacer histórico.

Ha dicho Eugenio D'Ors en **Estilos del Pensar**, que lo que importa en la obra del filósofo, del pensador, no es el detalle, sino aquella disposición general, aquel ritmo, una intuición central y matriz... En ella consiste su **creación**, su mensaje. Para los tiempos y las circunstancias en que a Suárez le tocó actuar y enseñar, la intuición central consistiría en esta adhesión a la verdad de Cristo y en este mirarlo todo a las luces de lo eterno y en conformidad con la **música de las esferas**, como él dijo, o con la **armonía total de la creación**, como dijo el iluminado José Antonio.

Una cosa es cierta: mientras él vivió su labor de campanero de la unión dió cohesión y triunfos a su partido. Muerto él, muerto el Arzobispo Herrera, el partido se desunió y hubo de ceder el paso al liberalismo, que se instaló en el poder hasta 1946.

Presidente de Colombia

Al terminar el período presidencial del Dr. José Vicente Concha, tocábale a Suárez, según secreto acuerdo, prestar su nombre para el debate electoral. Su partido quería nombrarlo Presidente de Colombia. Venció en las urnas a su contendor, el linajudo caballero y refinado poeta don Guillermo Valencia y subió al solio que ilustrara Simón Bolívar. No le fueron estorbo ni su fe de bautismo ni la choza nativa. El aldeano, nacido en el ranchito de Hatoviejo y educado de caridad por los ministros del santuario, entraba, ceñido de la banda tricolor, al palacio presidencial a regir los destinos de su patria. Era el 7 de agosto de 1918.

El programa que enunció en el discurso de toma de posesión lo acredita como estadista cristiano. Sus primeras palabras, después del elogio de su antecesor, las consagra a las relaciones entre la Iglesia y el Estado mediante la observancia de la Constitución y del Concordato. Fija su atención en la neutralidad, que no debe impedir al Gobierno la franca manifestación de sus opiniones, cuando así lo exija el celo que debe desplegarse en favor de los principios tutelares del derecho. Concede grande importancia a las relaciones con los Estados Unidos, por el enorme influjo económico de esta potencia y por el delicado asunto, entonces todavía pendiente, de la se-

paración de Panamá, "la porción más excelente, quizás, de los mares y tierras del planeta". Habla luego sobre asuntos de administración interna, expedición de leyes necesarias, y fomento de obras públicas, y finalmente, recalca en cuatro ideas que le preocuparon toda su vida y que se pueden enunciar así: **Injerto de civilización**, **Instrucción pública** basada sobre el temor de Dios y la práctica de los deberes religiosos en escuelas, institutos y universidades; **Acción Social** mediante la doctrina católica de las Encíclicas, y **simultánea participación de los partidos** o agrupaciones permanentes en el campo de la administración.

Injerto de civilización llamaba Suárez el aprovechar para la organización de la administración pública y de la cultura nacional el auxilio de la ciencia y prácticas extranjeras, lo cual —decía— no debe herir el sentimiento nacional, como no menoscaba el decoro del individuo solicitar consejo de los más entendidos. Acorde con este principio llamó al país misiones militares, culturales, médicas, y confió el Observatorio Astronómico de San Bartolomé a Jesuitas españoles que tienen ya sucesores en varios Jesuitas colombianos muy competentes, como el P. Jesús E. Ramírez.

Hubo con este motivo un episodio que manifiesta a las claras el patriotismo sano y la cristiana entereza del Presidente. Muerto el doctor Garavito, sabio astrónomo en quien se aparejaban la sabiduría profunda y las más bella modestia, determinó el Doctor Suárez confiar el Observatorio a la dirección de especialistas extranjeros de altísima nota "como son los que pudieran venir del Observatorio del Ebro, famoso hoy en el mundo". Pero no agradó el pensamiento a la Sociedad de Ingenieros de Bogotá. Y la observa-

ción se hizo en tono de protesta, que personalmente entregaron al mandatario tres jóvenes ingenieros de dicha Sociedad. La respuesta es todo un documento de sabiduría política. Después de aducir las razones de su propósito y reforzarlas con la práctica de anteriores Gobiernos colombianos y de las demás naciones de Hispanoamérica que han sabido "atisbar en toda la redondez del horizonte cual es la luz más pura y refulgente a fin de procurar prenderla en el candelero de su porvenir", recuerda los nombres de tantos sabios extranjeros que "han estudiado, unos el portentoso suelo americano y sus idiomas, otros los derechos del hombre y de los pueblos en este mismo continente; otros los campos del cielo iluminados por el Centauro y por la Cruz del Sur". Teje luego una loa del Padre Secchi, "colega de los religiosos del Ebro que deseamos ver encargados del Observatorio", y al concluir, estrechando la mano de los tres jóvenes visitantes, les dice que no extrañen encontrarle admirador ferviente de la ciencia de algunos eclesiásticos y participante de lo que el vulgo llama clericalismo. "Es que realmente —concluye— las ciencias tuvieron siempre cierto carácter sacerdotal, como dice De Maistre; y es, mis señores, que al compás que la estrella de la vida se acerca al mar de la muerte, el hombre comprende por experiencia que uno de los mejores campos para hallar un buen amigo y un buen maestro es ese gremio llamado clerical, cuando se inspira y obra por los influjos divinos de Jesús".

Suárez, que supo en su juventud de pobreza y privaciones, embebido como estaba de las doctrinas de los documentos pontificios, atendió, en cuanto pudo, a la cuestión social, que él consideraba "problema pavoroso". Durante su gobier-

no se abrió definitivamente en Colombia la era de la legislación social. Construcción de casas higiénicas para la clase proletaria, ley sobre huelgas, ley sobre conciliación y arbitraje en los conflictos colectivos de trabajo, ley sobre higiene en las explotaciones de yacimiento o depósitos de hidrocarburos, auxilios a hospitales y leproserías, etc.

Por la parte del progreso a él se debe la introducción del inalámbrico y de la aviación, como también un grande impulso a los estudios técnicos y de agronomía.

Para darse cuenta de las necesidades de la nación, quiso recorrerla, empleando todos los medios de locomoción, desde la canoa vacilante y la tarda cabalgadura hasta los más rápidos inventos del progreso por aquellas calendas. En esta correría fué modelo de austeridad; más parecía el viaje de un terciario franciscano que de un presidente de Colombia.

A medida que pasen los años se irá justipreciando su labor meritísima, llevada cuesta arriba en años de postguerra mundial y de apreturas económicas. Por desgracia, contra este mandatario probo se desató una de las más violentas campañas de oposición que ha padecido Colombia. El Parlamento colombiano —observa un historiador francés— es uno de los más exaltados, apasionados y brillantes de América. Y durante la presidencia de Suárez dió, quizás, el tono más alto. Prensa y parlamento, en tronar incesante, perturbaban la labor del egregio estadista. Causas? Difícil concretarlas. La cuestión internacional en lo referente a la “separación de Panamá...” la diversidad de criterios administrativos; personalismos de políticos malferidos y, sin duda alguna, su catolicismo práctico, público y valiente

que a muchos daba en rostro por juzgarlo en menoscabo de la majestad de la república y en oposición a la práctica de otros países civilizados y carcomidos de laicismo... Como si la entraña, la realidad y la totalidad de Colombia, a la que Suárez, por limpio juego democrático representaba, no fuera radicalmente católica. Masones, anticlericales y conservadores descontentos se recomían de indignación. No le podían perdonar tales ejemplos de fe. En 1921, cuando aún le faltaba un año para terminar su período, Suárez renunció a la presidencia bajo condición y fianza de que se resolvería de una vez para siempre la cuestión de Panamá y se seguiría en el senado el debate tocante a la acusación contra el jefe dimisionario. Antes se aseguró de que el Gobierno pasaba a manos hábiles, *ne —y citamos a Tito Livio—, in relictum a se locum hostem immitteret.* (XXI-8-8).

Patriotismo y probidad, amor a Colombia, que quería ver tranquila; amor a la justicia, éstos fueron los móviles de su renuncia voluntaria. De ahí que eminentes compatriotas consideran este acto de Suárez como el más bello de su vida. Así el doctísimo prelado y elegante académico Monseñor Carrasquilla; así el ponderado escritor liberal Daniel Samper Ortega, que dice en el prólogo a la selección de escritos suaristas: "El mayor mérito en la dilatada carrera pública de Suárez fué haber abandonado voluntariamente el poder el año 1921 para que el Senado lo juzgase por su conducta como mandatario. Tal actitud es de los más altos ejemplos que haya recibido la democracia en América y uno de los mayores testimonios que de pueblo civilizado puede exhibir Colombia".

El internacionalista

Desde sus años mozos cultivó Suárez el Derecho Internacional. Lo profesó en la cátedra; lo ejercitó en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En los últimos doce lustros de vida nacional ningún internacionalista colombiano puede gloriarse de una labor tan inteligente, sistemática y hábil como la desarrollada por don Marco en la cancillería; ninguno ha marcado trayectoria tan precisa y certera.

El 10 de marzo de 1891 Don Carlos Holguín confió a Suárez el Ministerio de Relaciones Exteriores. Por motivos de salud renunció el 24 de octubre de 1895. Su labor de estos cuatro años es de las más fecundas y ejemplares en la historia diplomática de Colombia. López de Mesa la resume así en su **"Historia de la Cancillería de San Carlos"**: La defensa de la reciprocidad comercial con los Estados Unidos; las discusiones de límites con Nicaragua y el Perú; el arbitramento en el pleito fronterizo con Venezuela y su ejecución que remató en el pacto Suárez-Holguín, Silva Gandolphi; la reclamación de Cerrutti; la mediación en el conflicto peruano-ecuatoriano; la defensa de la propiedad de los cayos "Roncador" y "Quitasueño"; la neutralidad colombiana en el istmo de Panamá y la convención adicional al Concordato.

Pesan también en su balanza la firma de tratados con Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España. Este último, de paz y amistad, el 28 de abril de 1894. Posteriormente firmó el tratado de límites entre Colombia y Ecuador y el tratado para el arreglo de la dolorosa cuestión de Panamá, suscrito en Bogotá el 6 de abril de 1914.

Delimitar de una vez para siempre las fronteras de la Patria y resolver el problema espinoso creado por la separación de Panamá fueron obsesiones para la mente y el corazón de Suárez. Para lograrlo tuvo que acallar, muy a menudo, los gritos del corazón y mirar tan solo a los intereses supremos. Arrostró por ello la incompreensión, el vituperio y la hostilidad; pero hoy todos los colombianos sensatos glorifican su empeño y sus merecimientos de internacionalista y de patriota.

Las notas del Canciller Suárez acerca de la neutralidad, motivadas por la contienda europea de 1914 a 1918, son estimadas hoy mismo como impercederos monumentos de sagaz visión, atinada formulación doctrinal y permanente valor de orientación para los conflictos venideros.

Ellas, afirma Alberto Miramón, conservan la verdad y frescura de las cosas eternas, la firmeza de lo definitivo y la claridad de lo fundamental.

“La neutralidad de la república, enseñaba y defendía Suárez, respecto de las naciones de guerra no equivale a indiferencia ni impide al gobierno la franca manifestación de sus opiniones, cuando así lo exige el celo debido a los principios tutelares del derecho...”

La condición de neutral impide ejecutar actos que favorezcan en efecto a una de las partes que están en guerra. Pero el neutral puede opinar en favor de las prácticas tradicionales del derecho”.

Una de sus consignas famosas fué la del **res pice polum**, aplicada a las relaciones con la gran nación del Norte. Hubo quienes tergiversaron sus intenciones mirándola como una consigna de vasallaje. Odiosa interpretación. No es más que

una actitud realista e idealista. Realista, porque a nuestros pueblos hispanos les es imposible prescindir de semejante vecindad, impuesta por la geografía, por la economía y por la política. Toda América, toda Europa está hoy practicando la política del **réspecte polum!** y algunos pueblos europeos de rancia solera la están practicando con una postura de mendicidad que jamás se ha visto en las naciones hispanas. Es también consigna idealista porque Suárez admiraba e invitaba a imitar los ejemplos de convivencia pacífica que indudablemente prevalecen en esa nación y los sentimientos de moralidad y religiosidad que han animado a varios de sus patricios más descollantes.

Suárez sentó los principios de la llamada **Armonía Bolivariana**, que otros nombran **Doctrina Suárez**, en atención a su autor. A ella aludió en su discurso presidencial. "Entre los pueblos cristianos, los de América Latina tenemos que mirar con predilección los vínculos que existen en el gran grupo de pueblos formados por la Madre España y por sus hijas de este continente. Y entre estas naciones, es natural que las repúblicas que debieron su emancipación a unos mismos esfuerzos o que formaron un día la antigua Colombia, establezcan entre sí, una forma singular de hermandad común. De esta suerte, Bolivia, Colombia, el Ecuador, El Perú y Venezuela debieran formar una especie de unión natural, una confraternidad espontánea, mediante el cultivo de las relaciones políticas, literarias y comerciales y la resolución de defender activa y pacíficamente sus intereses y derechos, edificando así al mundo con el ejemplo de los tratados directos y amistosos. Uno de sus grandes fines sería pactar de común la colonización metódica de los terri-

torios y vertientes al Orinoco y al Amazonas, y rematarlo todo, a imitación de Chile y Argentina, colocando sobre una de las cumbres de los Andes Bolivianos un monumento a Cristo, Salvador del Mundo”.

Para realizar en parte su ideal, el 4 de abril de 1920 en el puente de Rumichaca, tendido sobre el Carchí y línea fronteriza de El Ecuador, se encontró con el presidente Baquerizo Moreno y simbolizó en un abrazo el abrazo de paz de dos naciones hermanas que acababan de solucionar pacíficamente sus viejos litigios. Extraordinaria fué la resonancia que produjo en América esta entrevista y hasta hubo quienes la miraron con hosco recelo; pero muy pronto se percataron de que no se trataba de alianzas agresivas, pues ese mismo día los dos mandatarios suscribieron un mensaje a los demás presidentes de las naciones creadas por el verbo y por la espada de Bolívar.

El escritor

De todos los aspectos de este montañés egregio, el más luminoso y el más indiscutible es el de artista de la prosa castellana. Suárez fué un escritor soberano. Y lo fué, en primer lugar, porque tenía algo que decir. Lo tenía en la cabeza privilegiada y en su fichero de lector juicioso. No poseyó la mentalidad científica, totalmente europea y al día, de Rufino J. Cuervo. No gozó de intuiciones tan profundas ni de puntos de vista tan originales como los de Miguel Antonio Caro, con quien no puede igualar, por ejemplo, en punto al conocimiento de los clásicos latinos. Tampoco movió el caudal amazónico de ideas y noticias de un Menéndez Pelayo. Ello se debe, en parte a su entrega a la acción política, tan absorbente, y en

parte a cierta carencia de estímulos, achacable a escasez de lecturas modernas y a su falta de viajes por la extranjería. Manejó en todo unos cuantos principios superiores y con ellos se iluminó para sus estudios gramaticales, para sus construcciones jurídicas y políticas, para sus atisbos sociológicos. Quizás se ligó con demasía al pasado al mundo de los idos, a pensadores y autores añejos, insustituibles, si se quiere, pero no únicos.

Ante Suárez, como escritor, se han inclinado en espontáneo acatamiento sus mismos adversarios políticos. Suárez es uno de los más clásicos escritores castellanos de los últimos tiempos. Don Juan Valera lo apellidó el **Cervantes Americano**; don Julio Cejador lo antepuso, y con mucho, al uruguayo Rodó, y conceptuó así, resumiendo quizás el prólogo de Gómez Restrepo a los "**Escritos Escogidos**" "profundo pensador cristiano, uno de los más castizos, naturales y numerosos prosistas de América, buen filósofo, filólogo y polígrafo".

El juicio de Cejador es sobrio pero exacto. Qué diferencia de los panegíricos tropicales con que abrumamos a nuestros hombres! Una de las tareas más fatigosas del futuro biógrafo de Suárez será la de levantar la espesa capa de hojarasca y exorbitancias pueriles con que se ha cubierto la limpidez de su gloria. Sus **Estudios Gramaticales**, —perspicua exégesis de la Gramática de Bello— publicados posteriormente en Madrid y citados ahora mismo por García de Diego, en su **Gramática Histórica Española** (1951), le valieron el ingreso en la Academia de la Lengua, junto a Caro, Cuervo, Núñez y Pombo, cuyos nombres rafaquean aún sobre Colombia. También él planeó una **Gramática Histórica** para la cual se hallaba sin-

gularmente dotado, aunque quizás no hubiera visitado ciertos campos de la filología ni tomara muy en cuenta la metodología científica para el espiguelo y las citas de las autoridades. Hasta sospecho que anduvo flojillo en latines y rapado en griego. Abona su intento el que la **Gramática Histórica** no era entonces empresa tan fácil ni camino tan trillado como en estos días. Su conocimiento de las minucias del lenguaje, al par que su capacidad para la crítica, tanto la de vuelo corto como la de alcances largos, se cifra de manera eminente en el libro **Análisis Gramatical de Pax**, en que sometió a inmisericorde espulgo la novela **Pax**, a otros visos muy apreciable compuesta por Lorenzo Marroquín y Rivas Groot. En el prólogo a la misma dejó Suárez algunas de sus páginas más irónicas y retozonas. Es **Pax**, según se dijo en Bogotá, novela de clave, con situaciones y personajes extraídos de la vida real. Uno de ellos, Alcón, era el mismo don Marco. Quién hizo tal! Se le despertó el gramático, y como hizo en varias ocasiones, tomó y meneó con garbo el invencible estilete, que a más de uno dejó malherido y con ronchas y escozores para muchos años. No fué Suárez orador de muchedumbres. Fué, en cambio, elegantísimo orador académico, en el sentido noble de esta palabra. Cuando en recepciones oficiales o populares hubo de improvisar, lo hacía midiendo las expresiones, quizás para atemperarse a la razón, a la discreción y a su dulcinea la Gramática, y solía tomar entonces un tono menor que resultaba sumamente agradable. Sus discursos garbean por la gracia, fluidez y mesurada elegancia. "En ellos, anota Gómez Restrepo, huye del énfasis oratorio; pero en medio de esta no fingida llaneza se descubre la suprema distinción del artista".

De Suárez, como escritor, se ha ponderado el lenguaje, la prosa, el estilo. Tres distintas realidades que, bien aunadas y concertadas, producen el milagro de la escritura inmortal.

Su lenguaje es de las mejores cepas, ahora se nutra de savia de Castilla, ahora de jugo de Indias. Fué Suárez buen catador y discernidor de vocablos. Su prosa tiene ritmo propio e inconfundible; ama la elegante sencillez; rehuye tanto el período ampuloso como el frasear azorinesco. Cervantes y Granada le embelesaban sin posible competencia; después el Padre Isla, Mateo Alemán, Fray Alonso de Cabrera; entre los modernos, el ático autor de Pepita Jiménez. Pero no trató de imitarlos, aunque la pedrería idiomática y fraseológica de tales príncipes de la castellanía le regalara sus preseas al colombiano.

Hizo también su rebusco y su agosto en las obras de los místicos y entre los cronistas de Indias. Se le ha encontrado singular parecido con Jovellanos, a quien leyó siempre con agrado y alude en el primero de los Sueños. Pero tampoco lo imitó. Fueron, sencillamente, almas gemelas, amantes del equilibrio intelectual.

Hubo quien tachara su prosa de monótona, como esos caminos de la llanura de Castilla invariablemente escoltados de chopos; como esos caminos de la sabana de Bogotá, abiertos a un paisaje uniforme, a lejanías iguales. Pero Suárez conoció su oficio y barajaba con agilidad los secretos de su arte. Ahí va su lector corriendo sin tropiezos por esa escritura deliciosa, cuando de repente le acaricia el hallazgo de un vocablo añejo, de un jugueteo conceptual, de una pulla cáustica o de una corazonada inefable.

Porque este es el remate de sus cualidades: aquel estilo suyo, aquel aire de su vuelo idiomá-

tico y lógico, el estilo como trasunto y emanación de la personalidad entera. Todo lo suyo lo impregnó de vivencias personales, de pasión interior. En su estilo campea la perspicuidad, que, según Quintiliano, es dote primera del buen escritor. Sus cláusulas gozan de la transparencia del arroyo claro que deja ver y aún hermosea las arenas y las pedrezuelas del fondo. Pero esa perspicuidad le viene impuesta por la claridad interior y por el orden de su mundo intelectual, sin nieblas de confusión y sujeto a una sabia armonía.

Hay algo más: en Suárez el corazón rivalizaba con la cabeza. Quizá más de una vez el primero le sacó ventajas a la segunda y le trajo amarguras interiores: "La fuente de ese acíbar es nuestro propio corazón..." escribía al final del primer **Sueño**. Quiero decir que fué intelectual; pero también cordial y ambas cosas en grado superior. No sólo era sabio; ni sólo era prosador; era también artista, y aún más estilista.

La sensibilidad aflora con sabrosa frecuencia en sus cláusulas cuidadas, hasta enhechizar, como diría Cervantes, y solicitar turbadoramente el ánimo del lector. Entonces se siente pasar por sus períodos, y a menudo cuando menos se lo espera, para mayor deleite, el soplo divino de la poesía. De ahí sus descripciones, de ahí sus ironías, de ahí la remembranza de sitios que visitó y de personas que amó y que lo amaron.

Nos falta un estudio analítico de Suárez como escritor. Es tentadora la empresa de "captar nuevos estrechamientos síquicos" según la expresión de Bousoño, de dar caza a los secretos de su estilo a través del análisis cordial de sus mejores páginas. Nos está invitando lo que llamaríamos con Dámaso Alonso "un ensayo de métodos y límites estilísticos" sobre la obra de Suárez, una a-

proximación, a través de Suárez, al arte de su prosa, a sus venillas misteriosas, a su alcance esquivo, trascendente, y en última instancia, inasible. Así lo ha hecho Dámaso Alonso con algunos de los poetas supremos de la hispanidad; así Carlos Bousoño en su **Teoría de la expresión poética**; así Alonso Zamora Vicente, hoy catedrático de Salamanca, en su libro **De Garcilaso a Valle Inclán** y así Enrique Anderson Imbert en **El arte de la prosa en Juan Montalvo**. Cuando Monseñor Carrasquilla analizaba, a base de posibles mudanzas de expresión, uno de los párrafos de la oración sobre Jesucristo, estaba iniciando o más bien sugiriendo un procedimiento que, aplicado a Suárez con la técnica y la “querenciosa intuición” de los citados maestros, nos descubriría un mundo virgen, aunque sin entregarnos, porque ello no es posible, la totalidad de su arte. Siempre habrá algo que se escape a los escrutinios más sutiles.

Entre las oraciones de Suárez descuellan la que pronunció en el centenario de Cervantes, la titulada “**El Castellano en mi tierra**”, las que dedicó a la Virgen María, a Miguel Antonio Caro, a Rufino J. Cuervo, y —señera, rutilante— la oración sobre Jesucristo, que trabajó durante catorce años y que prohiaría sin rubor el maestro Fray Luis de Granada. Quede aquí engarzado, para esmalte de nuestra prosa incolora, un fragmento de esa oración pulquérrima, verdadero cáliz fúlgido de gemas y de irisaciones, cincelado por un orfebre que amaba rendidamente a Cristo, pensaba hondo y manejaba como arcilla dócil el habla de los místicos.

“La caridad es el mandamiento nuevo, ratificado de un modo particular por Jesucristo, en el momento en que, al instituir la Sagrada Eucaristía, se dió por alimento a los hombres, en toda la

realidad de su naturaleza divina y humana, en toda la plenitud de su persona infinita. En este misterio de los misterios, en este sacramento de los sacramentos, se ostenta de modo pasmoso, aterrador, el abismo del amor divino. Qué diríamos, en verdad, si viviendo un pobre Lázaro a la vera de un camino, bajo una triste enramada, soportando el frío del invierno y los soles del verano, sintiendo la espada de sus dolores y el dolor de verse abandonado y solo, qué diríamos si a Bonaparte le hubiera venido en voluntad, el día siguiente de su coronación, irlo a visitar y bajando de su imperial carroza, entrar en su tugurio y saludarle en estrecho abrazo y amorosos ósculos, y no sólo alimentarle y asearle, sino permitir que su propia sangre fuese transfundida en las venas de aquel desgraciado? Qué diríamos al escuchar esta maravillosa historia de amor? Seguramente no la creeríamos. Pero si ella hubiese acaecido, ella sería nada comparada con el amor de Jesucristo que se une sustancialmente al hombre, porque entre éste y Jesús va la diferencia infinita que media entre Dios y nuestra miseria, mientras que entre el emperador y el leproso no hay, en resumidas cuentas, otra diferencia personal e intrínseca sino la salud, diferencia que dura apenas lo que tardan los obreros del sepulcro en empezar a devorar de un mismo modo al ungido de la gloria y al esclavo del infortunio”.

Los Sueños de Luciano Pulgar

En los últimos años apareció Suárez como luchador en el palenque de la prensa. Venía malherido de sus dares y tomares con la política; tenía el ánimo lleno de pesadumbres, huraño y amargado por la incomprensión de los hombres y

por las torcidas interpretaciones que sufrían sus actos más ajustados y rectos.

Hombre de estudios y de letras, que —al decir de Fernando de la Vega— vivía idealmente en la región luminosa de las ideas puras y trataba de aplicar su sistema filosófico y aún diría su mentalidad teológica a la gobernación de una República cristiana, parece que desconocía el arte complicado de manejar a los hombres, de satisfacer a los políticos de merodeo y de combinar prácticamente la trama cositera de los negocios de estado. De ahí, en parte, aquella popular tergiversación de sus acciones, que para él, convencido y derecho por naturaleza, se le hacía sencillamente inexplicable. Sobre ello, estaba dotado de sensibilidad ultraexquisita.

Esta sensibilidad en carne viva —de **San Bartolomé desollado** lo motejó su amigo L. García Ortíz— fué quizás su tragedia y su grandeza; una de las claves de sus pequenezes y de sus virtudes. Por ella vivió en talante de pesimismo con respecto a los hombres; por ella concedió importancia excesiva a las habladurías del vulgo malévolo y de políticos y periodistas sin meollo ni seso; por ella se aisló a meditar amargas. La desolación de sus años postreros fué grande y salobre, como el mar.

Pero ella, la sensibilidad, lo hizo vibrátil para el arte y la amistad y acrisoló su espíritu para acercarse a Dios. En sus páginas mejores y en su epistolario, tan escaso pero tan entrañable, se nos entrega toda su intimidad, en su dolorido sentir y en su puro pensar. Acosado, “como fiera que agarrochan en la leonera”, para decirlo con la bella expresión de Mariana, Suárez se creyó obligado a defenderse, a vindicar su reputación, atento sobre todo a la tranquilidad y limpia fama de

sus descendientes. Y salió hábilmente armado, como arquero infalible, a la arena del estadio Traía la copia larga de sus estudios solidísimos, en teología, filosofía, derecho, historia y letras; conocía y había sentido en llaga viva las experiencias de la vida pública; aguzaba diestramente las flechas de la ironía y del humor y barajaba los caudales de nuestro idioma opulento, como onzas de oro en juramento de rey o esterlinas en apuesta de millonario derrochador.

El 16 de octubre de 1922 **El Nuevo Tiempo** de Bogotá, publicó **Un Sueño**, largo artículo en forma de diálogo, firmado por Luciano Pulgar.

Difícil era a Suárez ocultar su personalidad, aunque no creemos que lo pretendiera, bajo el velo del seudónimo. Y fácil era para los lectores bogotanos, ~~catadores felices de las prosas más bellas de Castilla,~~ conocer en el estilo, en las alusiones históricas y políticas y en el pensar cristiano, de qué bodega procedía ese licor sabroso de los Sueños. Se publicaban éstos con ciertos intervalos —hacia el fin cada dos días— llenando dos y tres páginas enteras del periódico. Mediada la mañana, la edición se había agotado y el precio de los ejemplares se doblaba. Aquellos atenienses de los Andes los esperaban como se espera un festín. Era grato asistir a ese derroche de sabiduría, de ingenio y de sales. Y como observa Monseñor Carrasquilla, la ciudadanía bogotana, que en su mayor parte fué adversa a la política de aquel Presidente provinciano, no sabía prescindir de sus Sueños y se rendía sumisa al encanto de aquellas páginas donosas.

Los Sueños, además de la defensa personal y de la exposición razonada y documentada de su obra de gobernante, tratan de **omni re scibili**. Ora es un cuadro de la naturaleza, visto y sentido por

el poeta en prosa que fué siempre Suárez; ora la discriminación o aclaramiento de un idiotismo o de una ley gramatical; la historia se entrevera allí con la filosofía providencialista; la alta política expone sus normas serenas, al paso que la política menuda se desahoga o se ve fustigada con lindo desenfado en sentencias dignas de Tácito; hombres y acontecimientos van desfilando y pasan o glorificados cordialmente o marcados con humillante sambenito; la historia de Colombia se ilumina como al influjo de mágica varita y sobre todo la fé, la Iglesia, Cristo, reciben la confesión paladina y el canto emocionado de aquel cristiano viejo, de aquel apologista sin miedo y sin tacha.

Baldomero Sanín Cano, profuso escritor antioqueño, nada gentil, nada comprensivo con respecto a Suárez, creyó ver en el humanista catalán Bernat Metge un lejano antecesor del Suárez de los Sueños. Metge, en efecto, escribió un *Somni* o diálogo sobre la inmortalidad del alma. Pero no hay que dejarse llevar de cotejos deslumbradores o de ciertos fáciles alardes de curiosidad libresca. El origen de esta coincidencia entre el catalán y el colombiano hay que remontarlo hasta los diálogos de Cicerón, de quien Metge aprovecha continuos e inconfesados argumentos y a quien Suárez se remite ya en las líneas iniciales del primero de los Sueños.

Justamente a propósito de Metge asienta Eugenio D'Ors unos conceptos sobre el diálogo, como género literario y filosófico, que encajan primorosamente a los del soñador y conversador de Bogotá.

El diálogo, dice D'Ors, es un género que parece más bien apto para la expresión de un pensamiento dirigido a la utilidad de un grupo reducido y selecto. El diálogo es propicio a la contra-

posición de pruebas, a la superación dialéctica, al hábil planteamiento de tesis amadas y soluciones victoriosas que obedecen a una íntima y satisfactoria gimnasia del espíritu.

Suárez no escribió ni dialogó para un grupo reducido. Escribió para que toda Colombia, a la cual se debía, oyera sus descargos y sus razones. Pero también es cierto que para el hervidero de sentimientos, recuerdos y especies eruditas que le bullían en el alma, el diálogo constituía un desahogo necesario y una gimnasia deleitosa.

La finalidad primaria quizá sea vindicativa. Quiere exponer móviles, desnudar su conciencia, justificar actividades que la ligereza, la maledicencia y la simple oposición política se empeñaron en denigrar. Pero esta finalidad, por sí sola, se convertiría en personalismo empalagoso, así se tratase de personaje tan zambullido en la realidad del país. Por eso, además del resentido o del pundonoroso, aflora el maestro en disciplinas varias, el político orientador, el erudito curioso, el apologista convencido. Los Sueños son exculpación, didascalía y ocio de letrado. En ellos, como en la conversación rica y multiforme de los discretos, no hay ni puede haber orden perfecto ni sistema articulado; pero sí un trasunto de todo ello, de un ritmo interior, de un pensamiento orgánico; de una vida en plenitud de facultades. Hablando de los Sueños, afirmaba Monseñor Carrasquilla, tan digno de comprender y de enaltecer a Suárez: "La riqueza de su lenguaje era asombrosa; no tanto la opulencia lexigráfica, facilísima de adquirir con el manoseo del Diccionario o de los clásicos antiguos, sino la sintáctica, en la cual Suárez no tuvo superior. No se advierte en él abundancia de vocabulario porque no empleaba el arcaísmo sino en corta medida, co-

mo la sal en los manjares, y cuando usaba alguno, lo engastaba tan guapamente en la frase, que aún el lector menos letrado lo entendía fácilmente”.

Los Sueños de Luciano Pulgar, que la muerte le impidió concluir, corren ahora por esos mundos en doce volúmenes editados bajo el patrocinio y la dirección de la Academia Colombiana de la Lengua.

Muestra de su estilo y de su ironía sea esta descripción llena de alusiones. Lucas, nombre de evangelista como el suyo, bien puede ser el mismo don Marco. Y se llama a sí mismo **vende libros viejos** porque hubo de hacerlo, incluso con su Biblia Complutense, cuando la persecución y la pobreza lo acosaron. Y el papagayo, quién ha de ser sino el periodista o el orador que ha tomado a don Marco por terrero de sus diatribas y acusaciones?

“Había en la puerta de una pulpería, por estos lados de las Cruces, un papagayo muy flamante y ladino. Era de verle aquellos ojos de topacio fijos y brillantes, mientras que con el córvo y plomizo pico reventaba granos y hacía libaciones en una escudilla de sopas de chocolate. Qué esmeralda tan pura la de sus alas, cuyos remos se asomaban coloreados de escarlata! Qué penacho tan enhiesto y altanero el que coronaba su cabeza, redonda como la del hombre y algo vana como la de ciertos periodistas! Cicerón, (que así decían al loro) despachaba y despachaba granos, remojaba y remojaba la lengua redonda y seca con las sopas de chocolate o de aguardiente, acompañando estas operaciones con un monólogo muy paso y con una gimnástica no muy ágil, ejercitada en el palo por medio del robusto pico y de los pies parecidos a los del gran Quevedo. En esto se pre-

sentaba un vendelibros viejos, muy conocido, llamado Lucas, a quien Cicerón profesaba aversión gratuita, quién sabe por qué magnético influjo o por qué metempsicosis de periodista; aquí era el gritar: "Perro, perro ladrón, daca la barca; bellaco! Señor agente, agarre a ese malandrín; daca la barca, perro, perro!". Lucas, entonces arrojando a un lado el lío de cartillas, aritméticas y almanaques, arremetía contra el orador; pero la dueña del papagayo se interponía muy calmada y contenía al librero ambulante, diciéndole: "No hagas caso, hombre, no ves que Cicerón no cree lo que está diciendo? Entra por tu refrigerio". Y el refrigerio calmaba la ira, silenciaba la oratoria e instilaba un poco de paciencia, de esa paciencia que, diga Cavo lo que quiera es un grande elemento en la vida". (Cfr. *El sueño de los apaches*, vol. VII, 254-5).

Hombre de Cristo

En Marco Fidel Suárez antes que el escritor está el hombre y avasallando al hombre, el cristiano. Ya aludimos con D'Ors a esa intuición central y matriz que rige a los grandes pensadores y es razón de todo su obrar. Buceando en el ánimo y en el hacer de Suárez descubriremos que su intuición matriz fué la fe Católica, pero una fe operante, como de cristiano íntegro. Hoy, resucitando un lenguaje de la más ilustre raigambre escrituraria, se nos habla del cristiano testigo, del que da testimonio de la Luz con la autenticidad de su vida. Eso traería de bueno esta época de pragmatismo y vitalismo; el exigir que la fe se nos haga práctica y vida de todos los momentos.

"Las palabras —escribió Monseñor Prohazka— han pasado de moda. El mundo escucha soñolien-

to y desconfiado las hermosas frases, y desea hechos. El primer hecho es la vida. El hecho supremo de la vida cristiana. **Non magna dicere, sed magna vivere.** No decir cosas grandes, sino vivirlas es, según San Cipriano, el estilo grandioso del cristianismo. Queremos hombres que confiesen su fe; que acudan a la Iglesia, que recen y **magna vivant**, vivan conforme a la moral. Uno solo de estos hombres vale por toda una apología; su vida irradia la fuerza de los principios". A estos cristianos testigos perteneció, a lo largo de su vida, Marco Fidel Suárez.

La fe es regalo de Dios; pero puede y exige ser cultivada. Suárez nació en aquella Antioquia patriarcal de 1850, reclusa en la clausura de sus montañas, entregada a las pacíficas tareas campesinas, señoreada todavía por las usanzas cristianas que implantaron los primitivos colonizadores españoles. Tierra de patriarcas prolíficos, de hogares morigerados, de tradiciones austeras. Desde niño, en la chocita pajiza y desmantelada, sus ojos se posaron sobre aquellos cuadrillos, clavados en la pared, que adornaban la cabecera de su cama: Nuestra Señora, San José, San Luis Gonzaga. Invitaciones tempranas a la pureza y al trabajo. La aldeana purísima de Nazaret, el artesano silencioso, el marquesito de Italia, como una inefable pedagogía, señalaban ya rutas aéreas para los vuelos más altos del espíritu.

Su madre Rosalía —su abejita dorada— y los curas del pueblo de Hatoviejo, aquellos curas que él recordará siempre agradecido le infiltraron para toda la vida el genuino **sensus Christi**, que nunca le abandonó y que nutrió su ánimo y sus empresas. Y quiso la Providencia, que lo estaba configurando para destinos de altura, que a ese cáldido **sensus Christi** viniera a sumarse el **rationabi-**

le obsequium de que habla también San Pablo. Para ello, gracias a la bondad y altruismo del párroco de Hatoviejo, Suárez ingresó en 1869 en el Seminario de Medellín, que le formó la mente y el corazón y hoy lo enumera entre sus alumnos ungidos por la inmortalidad. Al seminario llegó el aldeanito, con sus humildades y timideces, soñando en el sacerdocio, en el Cáliz, en la Hostia, en el púlpito; en la vida hecha mediación, obla-ción y magisterio para edificación de muchos. Tra-zas de Dios que, por sus caminos, iba forjando al testigo, al apologista, al hijo apasionado de la Igle-sia, al gobernador cristiano. Suárez, atestigua Monseñor Carrasquilla, hizo "estudios tan exten-sos como profundos en la ciencia religiosa, prin-cipalmente en lo tocante a las relaciones entre la ética cristiana y las disciplinas del derecho, entre la religión y la política, entre la Iglesia y el Es-tado. Quien se halle en lo que mira a estos asun-tos, cerca de las ideas del señor Suárez se encuen-tra cerca de la verdad, y quien se conforme con ellas, se identifica con las enseñanzas de la Sede Apostólica".

Truncada su carrera eclesiástica cuando ya se acercaba a los júbilos de la primera misa, Suá-rez dejó el seminario llevándose consigo un tesoro de saberes y creencias sólidas que le abastecie-ron copiosamente para la sustentación de la propia fe, para el florecimiento de su vida espiritual y para defensa de la Iglesia.

En febrero de 1919, el aldeanito que había salido de Medellín para Bogotá, a pie y sin más riqueza que sus ilusiones, tornaba de Bogotá a Medellín con el tricolor al pecho, como Presiden-te de la República. Entonces visitó su seminario y oyó la salutación, los elogios y los votos de pros-peridad que le brindaban el señor Rector y el

Señor 'Arzobispo' Caycedo. Suárez, totalmente invadido por la emoción, respondía: "Después de ocho lustros he llegado conmovido a estos umbrales, he penetrado en esta casa, he vuelto a verme en este hogar bendito. Lo registro con los ojos, lo pongo a los diversos visos del recuerdo y siento en mi corazón una emoción tan profunda y a la vez tan suave como pocas he experimentado en mi vida. La curiosidad se confunde así con la ternura, la gratitud se mezcla con la tristeza, y la voluntad tiene que esforzarse para impedir el curso a las lágrimas.

Aquí, desvalido y pobre, recibí del Ilmo. Señor José Joaquín Isaza, varón austero y sabio, el pan de la instrucción y el ejemplo de sus virtudes. Aquí tuve la dicha de ser protegido y educado por el Ilmo. Señor José Ignacio Montoya, prelado que fué ejemplar de hombres prudentes... Yo estudié ciencias eclesiásticas en este seminario y reconozco que a ello debo la fijeza de mis principios. Si algo necesario hay en la vida es esa fijeza que modela el carácter del hombre y la fisonomía de su alma; que le evita las vacilaciones traidoras al deber y que en las oscuridades de su existencia lo ilumina... Puedo decir que tras largos años he guardado mi fe, y he guardado también las racionales consecuencias de esa fe que no cambian las vicisitudes y que se fortalece con el dolor...".

Digamos algo del testigo de Cristo. Si ha vivido en Colombia hombre alguno carente de respetos humanos ese fué Marco Fidel Suárez. No recibió en vano el don supremo de la fe ni dejó infructuosa la semilla sobrenatural de la gracia, ni sufrió que su teología se le petrificara en el cerebro sin bajar a irrigarle el corazón y empaparle toda la vida hasta en sus menores detalles.

Fué cristiano de un solo bloque, de los que desconocen cisura entre la creencia y la vida. Hombre de Cristo siempre: en su pensar y en su obrar; en la intimidad de la familia y ante la mirada de los hombres. Los Sacramentos, canales de la gracia, no fueron para él ritos exteriores sin contenido ni sentido. De joven y de anciano, en su hogar y en el palacio de los presidentes, él confesaba muy a menudo y comulgaba diariamente. Todavía hay en Bogotá quienes lo vieron en haciimiento de gracia, de rodillas ante un crucifijo grande y con los brazos extendidos. Para católicos desteñidos y paganizantes un espectáculo de risa y conmiseración. Para tiempos de cobardía, un ejemplo y un latigazo a los católicos vergonzantes. Fué lo que en lenguaje ascético llamamos un fervoroso. Y en ello corre parejas con el sabio Cuervo. Vale decir: cristiano de meditación profunda, dominado por el pensamiento de la presencia de Dios, conocedor experimentado de la eficacia de la mortificación voluntaria. "Porque mi Amo, me decía hace poco el anciano Padré Núñez, S. J. director espiritual de Suárez —mi Amo, y esto ya se puede decir— usaba disciplina y cilicio".

Ahora vendrá el siquiatra racionalista y sacará de ese hecho quién sabe que ridículas conclusiones. Pero en favor de Suárez está toda la tradición cristiana, todo el santoral y las palabras de Cristo: el que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo... Como su amigo el incomparable don Rufino J. Cuervo, como tantos hombres ilustres; Suárez fué gran devoto de San Francisco de Asís y terciario franciscano, pero no con ese franciscanismo endeble que nos han querido vender ciertos poetas decadentes, franciscanismo de exhibición y morboso, estilo D' Annunzio sino

con aquel otro que se traduce en caridad, humildad y beneficencia.

Ceñido del cordón, Suárez no se ruborizó de pasear por las calles de la capital el estandarte del **pobrecito**, cuyos ejemplos celebró durante el centenario en bella oración pronunciada en el templo de la Orden Tercera. Y más; erigió el fruto de algunas de sus obras literarias en favorecer hospitales. De ahí que muriera en pobreza franciscana.

Sopla hoy por el mundo un huracán suscitado por el Espíritu Santo: el interés, la devoción por la Iglesia. Estamos viviendo, gozosamente, una era eclesiológica. Suárez tuvo, como pocos, lo que hoy se llama sentido eclesiológico. El cual es fruto de la conciencia de la fe. "El que tiene fe, ha escrito Jean Guitton, en su discutida obra **"La Virgen María"**, se entrega a una relación íntima, no sólo con lo invisible, sino también con seres personales que habitan este invisible y que le parece que envuelven, mueven y prestan ayuda a su alma". Así se explica la devoción de Suárez a Nuestra Señora, su aprecio de los santos y de las reliquias, que él veneraba en notable cantidad, y sus recuerdos emocionados para con los amigos fallecidos. Esos recuerdos no eran tan sólo una expansión cordial; eran a menudo un grito de fe y de esperanza. En pocos prohombres de Colombia se admira, como en Suárez, tal sentido, amor y voluntad de Iglesia. Militó con la Militante, y celebró sin tapujos a la triunfante. Lo atestiguan sus elogios de Don Bosco, San Juan Bautista de la Salle, San Ignacio, Santo Tomás de Aquino, el **Sueño de San Javier**.

A Nuestra Señora profesaba un cariño como de hijo. Aquí en mi escritorio, conservo, como reliquia preciosa, la imagencita de Nuestra Señora

del Rosario, venerada en el nativo Hatoviejo, que Suárez guardaba siempre en su cartera, muy cerca del corazón. En 1919, cuando la Virgen de Chiquinquirá, en inolvidable congreso mariano, fué coronada y proclamada Reina de Colombia se vió al presidente Suárez, confundido con el pueblo, en la Basílica Primada, rezar el rosario ante el lienzo milagroso, al que ofreció también el tributo de una oración, enhebrada de consuno por la Teología, la Historia y la Poesía.

“Mi rosario, decía en el **Sueño de Cartagena**, me agrada y agrada durante mi anochecer de ahora y durante el anochecer de mi vida...” En efecto: con él se consoló en su última enfermedad; al levantar su cuerpo, encontraron el rosario bajo la almohada.

Además de fervoroso, fué un convencido y un entusiasta. Sentía el gozo de su fe y de la posesión de la verdad. De ahí surgió el **apologista**.

En Colombia se le ha considerado como uno de los más descollantes, a la par de Ortiz y de Groot. ¿Lo fué en verdad? Hasta qué grado? Podríamos distinguir tres clases de apologistas. El tratadista sistemático, a ejemplo de los ya clásicos autores Hilaire o Negueruela. No son, a las veces, ni los mayores ni los más eficaces, pero son altamente meritorios, particularmente para instrucción de los sencillos. Vendrán después los que dedican gran parte de sus escritos a la defensa de la fe. A esta categoría pertenecen Bossuet en Francia, Newmann en Inglaterra, Donoso Cortés y Jaime Balmes en España. De este último nos dice su biógrafo el Padre Casanoves, S. J. que es esencialmente apologista, no sólo porque la religión era el fin primario entre todos los fines que se proponía en sus múltiples trabajos literarios, sino porque en la ejecución de cada obra todo su

cuidado se enderezaba a encontrar el nexo que ella tenía con las verdades del orden religioso y moral. Finalmente, son también apologistas los que aprovechan las buenas ocasiones que se les presentan para ilustrar o defender la fe y hablan siempre con esmerado sentido de ortodoxia. Tales, como ejemplos ilustrísimos, Manzoni y Ferrini en Italia, Ozanam en Francia, Menéndez Pelayo y Vázquez de Mella en España, Ortíz, Groot, Juan Pablo Restrepo, Caro y Suárez en Colombia.

Católico expositor de la verdad y apologista, Suárez no perdió ocasión de actuar como tal. No dejó una obra sistemática, ni sus escritos son exclusivamente en su gran mayoría religiosos; pero su fe y su religión le imbuían todo; a la fe y a su religión lo subordinaba todo.

Recordaba Monseñor Carrasquilla que, para con los errores opuestos al dogma revelado, el ilustre apologista fué de una intolerancia absoluta. Así su refutación del positivismo, su activa campaña contra las enseñanzas de un filósofo ecléctico de apellido Rottisberger, que quiso deslumbrar con sus teorías a los bogotanos, y aquel su **Sueño de Renán**, flechado con maestría contra el apóstata de suavidades felinas y sus admiradores y secuaces del trópico. ¿Cuál es el **Sueño** suyo que no roce un punto de la doctrina cristiana, que no ostente una puntadilla religiosa, que no se alumbré con la lámpara indeficiente del Padre Astete?

Consulte el lector los doce tomos de los **Sueños de Luciano Pulgar** y colija por sí mismo la seguridad de la doctrina, la claridad de la exposición, la dialéctica convincente y el fervor religioso que resplandecen en los sueños que llevan por título: **del partido católico, de Renán, del Señor Vasconcelos, del fracaso, del carbonero, del fuero e-**

clesiástico, de la Masonería, de las logias, de Monseñor Brioschi, de la justicia, del comunismo, de las escuelas, de García Moreno, del virrey Solís, del Syllabus, de San Javier o de Chiquirá.

Se ha dicho que ningún colombiano, desde Bolívar hasta nuestros días, fué más lógico consigo mismo ni más leal a las normas doctrinarias que apacentaron su mente juvenil. En su ideario, en su vida, como en la de Miguel Antonio Caro, todo es línea recta, sin curvas morales ni vacilaciones ideológicas.

Más no se vaya a creer que su intransigencia o su adhesión irrevocable a las verdades religiosas lo tornaran incompresivo o huraño. El no ocultó, ni tenía porqué ocultar, su admiración irrestricta hacia aquellos varones de la Patria que, sin sostener con él concomitancias o afinidades ideológicas, sí sobresalieron descolladamente como letrados, caudillos o gobernantes.

Hubo fanáticos o asombradizos que le echaron en rostro, como una fea claudicación, sus elogios a Murillo Toro y a Uribe Uribe, su amistad indeclinable con el claro patricio Dr. Esguerra. Pero Suárez, como hombre magnánimo, ensanchaba su corazón para acoger a todos los egregios; como justo, se inclinaba ante el mérito empeñosamente logrado; como patriota, se complacía en reconocer los servicios y los sacrificios de cuantos forjaron el patrimonio colombiano, y como cristiano aplaudía sin distinguos banderizos los heroismos, las virtudes y los valores espirituales de sus mejores compatriotas. Sus nortes supremos fueron siempre Dios y Colombia.

Supo también aliar la benevolencia con la firmeza de sus convicciones religiosas.

En el Sueño de la Oligarquía aludía a "mi para los otros prurito, y para mí mismo obligación

de hacer lo que pueda y decir lo que pueda como republicano y católico en bien de mi causa política y de mi fe religiosa". Para ello no desperdicia coyuntura que se le brinde. Los liberales de Colombia, sus adversarios políticos, le deben a Suárez el bellísimo elogio del presidente Muriillo Toro. En ese elogio, el presidente paria extremó la benevolencia, pero no cedió un ápice de sus principios y formuló una declaración paladina a su fe. "Reformador insigne, patriota esclarecido: no extrañes que hoy como en tus días, los afiliados en el campo opuesto al tuyo, sigamos defendiendo el reconocimiento oficial de la doctrina cristiana y de la Iglesia que la custodia; porque experimentalmente se comprueba, hoy más que nunca, que esa doctrina y esa institución son para el mundo el único influjo divino en favor de la justicia, que está huyendo de la tierra; en favor de la caridad, que sólo puede provenir de Jesús, Dios Hombre, Dios obrero, Dios de la pobreza y el trabajo".

En cierta ocasión —ello sucedió en noviembre de 1915— el eminente polígrafo Don Luis Eduardo Nieto Caballero escribió un artículo con el mote de **Antioquia Conservadora** que hirió los sentimientos regionales de algunos connotados antioqueños. El propósito, en verdad, había sido laudatorio; pero no todos alcanzaron a comprenderlo así. En semejante coyuntura, el Doctor Nieto Caballero nombró árbitro e intérprete del escrito al Sr. Suárez, gloria máxima de las montañas de Antioquia. Y hay que confesar que lo hizo en hora buena para nuestra comarca y para todas las letras castellanas y particularmente, —es lo que ahora nos interesa verificar— para los fueros de la verdad católica. Sorprendía al señor Nieto Caballero que en Antioquia una censura ecle-

siástica alcanzase a proscribir un libro y a interrumpir una enseñanza. Para el señor Suárez, el hecho no era más que aplicación exacta y consecuencia lógica de las creencias religiosas. "Antioquia, escribía, es un pueblo católico, es decir, que en su mayoría profesa la revelación de Jesucristo Dios y Hombre; por eso mismo cree en la Iglesia depositaria de esa revelación; por eso mismo conoce el magisterio de la Iglesia; por eso mismo cree que los Obispos están puestos por el Espíritu Santo para regir la congregación de los fieles; y por eso mismo está convencido de que ellos tienen misión de enseñar, es decir, de señalar lo que es verdad y lo que es error. Todo esto es del fuero de la conciencia y del dominio de la autoridad espiritual". Y concluye Suárez con una intención docente rayana en la malicia: "Cuál es mejor, seguir esta norma y este sistema, o creerse uno muy católico y plantearles discusión al Papa y a los demás obispos? Claro está que lo primero es lo mejor, porque es lógico, porque es consecuente, porque es sincero, porque es varonil y porque es sistema, y el sistema es el pan y el ambiente del espíritu. La contradicción, la inconsecuencia, lo indefinido, la falta de principios, la amalgama del sí y el no, la confusión de ideas tomadas unas veces del credo y otras de una filosofía descosida y liviana, todo eso constituye para el entendimiento una enfermedad, para el individuo una desgracia y para el pueblo un peligro". Así habló el árbitro. Así enseñó el apologista. Los futuros historiadores del pensamiento colombiano nos dirán, a la vuelta de los tiempos, si el ágil, inagotable y contradictorio escritor liberal supo asimilarse, para mérito suyo y beneficio de sus discípulos de todo el país, esta certera leccioncita de lógica religiosa y de respeto a los Jerarcas de la Iglesia Católica.

La mezcla de lo político y lo religioso, tan delicada en Colombia, inquietó no pocas veces el ánimo de nuestro pensador cristiano y solicitó su atención y sus estudios. "El Sueño del Partido Católico" se tituló el sexto de toda la serie. Recuerda que don Mariano Ospina publicó en el tomo quinto de su periódico "La Sociedad" un estudio sobre el partido católico, compuesto de ocho artículos muy extensos y analíticos. La conclusión era clara: puede haber ocasiones y situaciones en que el gobierno, las leyes y algún partido perseguidor justifiquen y hasta hagan obligatoria, por motivos, deberes y fines de defensa natural, la organización del partido católico; pero en sus días Suárez no la juzgaba conveniente para la comunidad colombiana y católica. Regía entonces un concordato ejemplar, las dos potestades procedían en armonioso acuerdo, y el partido conservador, "político en la forma y católico de hecho" podría y debería encargarse de defender los derechos e intereses de la Iglesia a la cual pertenecen la inmensa mayoría de los colombianos.

Suárez fué jefe del partido conservador. Pero obsérvese bien: Suárez antes que miembro de un partido —en su caso, el conservador— era católico. Sus ideas políticas las apoya sobre los principios religiosos. Eugenio D' Ors en su **Nuevo Glosario**, y a propósito de Andrés Révész, nos dice que este comentador y crítico de las luchas políticas contemporáneas no podía contentarse, naturalmente, con el grosero método de orientación que se reduce a distinguir y separar lo que se llama "la derecha" y lo que se llama "la izquierda" ...No; esto, para un barlovento costero, puede bastar. La navegación de altura necesita de instrumentos de más complicación, de más fine-

za, de más precisión, para las rutas y tempestades de la política. Suárez se orientaba por la luz de aquellos tres montes de que habló tan lindamente en uno de sus Sueños: El Sinaí, el Calvario y el Vaticano.

Un día, ya hacia el fin de sus jornadas, el Señor Suárez recibió de la Juventud Católica de Caldas, representada por el Señor General Jaramillo Isaza, el precioso obsequio de una tarjeta de oro. Suárez dejó hablar el corazón y dijo cosas bellísimas de Cristo, ideal de la Juventud. Aludiendo a la política, que fué su campo de combates y su fuente de amargura, decía: "La Juventud Católica de Caldas, al par de las demás asociaciones de su clase, posee en su ideal de fe y de conducta el medio de guiar a esta en las dificultades y problemas de orden político y social. Los problemas de esta clase no son los que deben determinar la actitud religiosa de la juventud, subiendo de la llanura al monte sagrado, sino que al contrario las condiciones religiosas de la juventud son las que deben servirle para iluminar sus deberes y derechos políticos bajando de las alturas del sagrado Ideal al campo de las actividades ordinarias..."

Así enseñaba Suárez; así ejercía su acción católica bajo las normas de los Pastores. Porque esta fué una característica de su magisterio: no arrogarse autoridad docente, no sustituir ni sobreponeerse a los Prelados y Sacerdotes. Protesto, decía en el Sueño de San Javier, mi fe de carbonero y la resolución que mantengo formada de no chistar ni mistar, tan luego como me dé la saludable voz de alto! la autoridad a quien debo obedecer..."

Y es, que, digámoslo claramente, Marco Fidel Suárez fué y se declaró clerical. En el libro,

tan jugoso y tan denso "Ilustración y Valoración", del meritísimo profesor Abel Naranjo Villegas hay un concepto que conviene dilucidar y puntualizar. Refiriéndose a Colombia, "uno de los países hispano-americanos en donde predominan las formas religiosas más espectaculares" asienta que "si hacemos un balance radical, nos encontramos con que nuestros escritores han movido su pensamiento únicamente en la zona del clericalismo o anticlericalismo". Idéntica afirmación acaba de asentár J. L. Aranguren con respecto a España. Pero concepto tan rotundo y en pluma de escritor tan mesurado como el Doctor Naranjo Villegas, levanta en el ánimo una nube de interrogantes.

¿Es ante todo, una afirmación peyorativa? ¿Qué quiere decir, con precisión, moverse en la zona del clericalismo? "Porque una cosa, decía Pío XII en su célebre discurso del 2 de noviembre de 1954, es ser adulto y haber dejado la mentalidad de niño, y otra ser adulto y creerse, por o mismo, fuera de la guía y gobierno de la autoridad legítima". ¿Corresponde ese concepto a una realidad que puede verificarse con el ejemplo de todos nuestros grandes escritores, empujando por Caro, Cuervo, Gómez Restrepo o Valencia? Les pesó de tal manera el que hoy llaman paternalismo clerical que sólo obedecieran a sus consignas, o tuvieran exclusiva formación eclesiástica, o vivieran en talante de aprendices o seminaristas perpetuos? Les exigía la hora y el ambiente histórico en que estuvieron insertos "la aportación de un pensamiento original de estirpe profundamente religiosa? "En cultura, en política, en sociología, ha sido en Colombia tan poderoso el magisterio, el influjo clerical, hasta el punto de someter a su órbita a todos nuestros pensa-

dores más egregios? La palabra "anticlerical" está perfectamente contorneada. Y tan solo admite matices subjetivos de aplicación según sea quien la profiera. No así la palabra clerical que se ha vuelto compleja y se colora de las acepciones más divergentes y aún contradictorias. Ya es un síntoma inquietante el que sea preferentemente el vocabulario eclesiástico el sometido a los ataques y a la rapiña desaprensiva. También es verdad que la crisis de los vocablos suele corresponder a la crisis de los conceptos y de los espíritus. En reciente libro hace notar Aranguren cómo palabras que parecían delimitadas y netas cuales son "religión", "Justicia" contienen una peculiar ambigüedad, intrincada y difícil; porque detrás de esos vocablos están atrincherados nada menos que Lutero y Calvino, San Agustín y Santo Tomás con sus respectivas construcciones teológicas. Antaño, con solo decir, **místico, clerical**, quedaba el concepto perfectamente delimitado. **Hogaño** esos y otros vocablos semejantes, andan desorbitados y se han tornado peligrosamente escurridizos y equívocos. Nuevo indicio, sin duda, de eso que se ha llamado "la irreligiosidad estructural" de nuestro tiempo.

Para justipreciar el sentido de **clerical** hay que saber quién lo usa y qué acepción le concede. Diríamos que hay que buscarle el soporte subjetivo. Quién lo emplea? es católico? Vive, además, plenamente su fe? Porque hay católicos ulcerados o de pacotilla. En boca de cristianos desteñidos, **clerical** podrá equivaler a un mote. En boca de hombres señoreados por el **sensus Christi** será un elogio envidiable. Es curioso el proceso semántico de este vocablo, tal como nos lo describe el Padre Andrés Godin, S. J. en el libro "**Probléms de formation Religieuse**" (París, 1946).

“Desde que Gambetta, en 1877, pronunció con el énfasis de la época su célebre apóstrofe: **el clericalismo, he ahí el enemigo**, los vocablos **clerical, clericalismo** han evolucionado no poco. El Diccionario de Littré. (Hachette, 1863) solo registraba **clerical** en sentido afirmativo: propio del clero, favorable al clero. En el suplemento 1877, **clericalismo** ya es presentado como neologismo: tendencia a subordinar la autoridad temporal a la eclesiástica”. Hacia 1906 el **Nouveau Larousse Illustré** decía: **Clericalismo**. Conjunto de opiniones favorables al clero, a su acción a su influencia. **Clerical**; partidario del clero (en mal sentido)”. El sentido peyorativo se iba intensificando.

Ultimamente, los mismos católicos han acabado por aceptar el sentido peyorativo y los auténticos clericales han recogido en sus adversarios el matiz y el contenido odioso del vocablo. Pero han sido, particularmente los católicos de Francia, solar e invernadero del liberalismo. Así Agr. Picard, en discurso pronunciado en Lieja en 1928 decía: “El clericalismo, según la significación odiosa que le han dado los adversarios del catolicismo es un catolicismo pretencioso, que aspira a profanas ventajas y se sirve brutalmente de los medios temporales”. Hoy, prácticamente, cerrada la curiosa evolución semántica que le brindé muy gustosamente a nuestro filólogo antioqueño el P. Félix Restrepo, sucesor de Suárez en el sillón de la Academia Colombiana y autor en un tratado de Semántica hasta ahora no superado en español, hoy el clericalismo es un defecto reconocido y admitido por muchos, una especie de vaga y compleja desviación de la vida religiosa. El sentido primitivo va cayendo en desuso. Predomina ya el peyorativo. Así Mauricio Fraigneux escribe en la “**Revue Nouvelle**”, tan conocida por

tendenciosa: "En la crítica existe también un clericalismo, y yo vigilo expresamente para no caer en él". Querrá decir que para emitir sus juicios en arte y en letras se propone prescindir de los principios éticos, morales o sobrenaturales que pudieran aducir los clérigos! A dónde puede llegar el temor al fantasma del clericalismo! Pero el copete a estas citas que prueban la completa evolución del vocablo lo va a poner un Jesuíta que ha escrito hace poco: "El clericalismo, es decir, la suficiencia de una religión en su estructura, la pretensión de ser por identidad y no sacramentariamente la religión, es el primordial enemigo interior de que todo cristiano debe cautelarse". Como suena. Al correr de los días, este buen Padre Jean Clemence, clérigo de la Compañía de Jesús, viene a darle razón a Gambetta y a mostrarse más radical y aún más extremo que el fiero anticlerical que tantos ríos de tinta hizo fluir por las péñolas de los apologistas franceses. Y ahora tenemos que don Marco Fidel Suárez, presidente de la República de Colombia, que tomaba muy en serio su fe y conocía muy bien su idioma, paladinamente se confiesa **clerical** e intenta razonarlo. En **Un sueño de varias cartas**, dialogan así Aníbal y Luciano.

"Aníbal. A mí no me desagrada, antes me place, que Pulgar trate de defenderse con tesón y aún terquedad; ni llevo a mal sus gramatiquerías, por muy apartadas que estén ellas de mis gustos y ocupaciones; pero lo que sí me desazona en extremo es el **clericalismo** de mi paisano, asunto que, dados los antecedentes de Pulgar, consiente, sin embargo, cierta distinción reconocida por mí. Es natural que él viva agradecido a sus bienhechores, la mayor parte de los cuales perteneció a la clase sacerdotal, pues benefactores suyos

fueron el ilustrísimo señor Isaza, el ilustrísimo señor Montoya, el canónigo don Sebastián Emigdio Restrepo, el canónigo Don Joaquín Bustamante, los presbíteros don Baltasar Vélez, don José María Acosta, don Jesús María Mejía y quien sabe cuántos más sacerdotes que lo favorecieron con su apoyo en forma muy generosa.

Pero que de allí pase Pulgar a un campo extremo convirtiendo gratitudes terminadas en verdadera manía fanática que le perturba la razón y le hace desacertar en materia de crítica, eso es lo que yo deploro y repruebo.

Veán ustedes: si por política va el asunto, allí está la aflicción de Luciano a los clérigos, cuyos abusos trata de defender a paliar; si por historia va, allí se quema las pestañas para exaltar a esos individuos; y hasta en puntos de lenguaje o de otras materias, se da siempre maña de presentar a los de la tribu de Leví como autoridades y maestros. No, amigo, lo que tu haces de ese modo es colocarte en el extremo contrario al que han ocupado los clerófobos: tan parcial y tan fanático resultas tu como ellos.

Luciano. Límpiame esas gafas, amigo, y no te espantes si te digo que todo católico que lo sea de verdad y que tenga ideas exactas de lo que son la religión, la Iglesia, y el clero, debe ser **clerical**, si por este nombre se entiende un partidario convencido del sacerdocio. Mi proposición es que el hombre que profesa y procura cumplir la doctrina de la Iglesia debe ser clerical; y lo demuestro en abstracto y en concreto.

No siendo la revelación y la redención, que realizó Dios Hombre, cosas aéreas y flotantes en el mundo de las ideas, deben verificarse por medio de la Iglesia, fundada por Cristo; y no siendo la Iglesia una congregación indeterminada y

sin cabeza, debe regirse e ilustrarse por el sacerdocio, el cual viene a ser de este modo un personal privilegiado, que sirve a la revelación por oficio y que coopera como ningún otro cuerpo para hacer efectivos los frutos del evangelio. Luego todo fiel debe ser partidario de la clase sacerdotal, porque si no lo fuera, no lo sería de la Iglesia, y no siéndolo de ésta, sus vínculos de fe y de caridad serian imaginarios”.

La demostración concreta se apoya en numerosos testimonios de la historia pagana y cristiana, ilustradas por la obra social, cultural y política de eminentes sacerdotes.

Respetuoso de la Jerarquía, para sus determinaciones, aún algunas que pudieran parecer de exclusivo carácter político, consultaba a su Prelado, que lo fué siempre en Bogotá el Ilmo. don Bernardo Herrera Restrepo, varón de consumada prudencia y de firmes decisiones. Quería él proceder en todo alumbrado por las normas de la moral cristiana. Sabía, con Donoso Cortés, que debajo de cualquier problema suele ocultarse una cuestión teológica. Una de sus grandes preocupaciones patrióticas fué que “los partidos políticos de Colombia se resolvieran a dar un ejemplo de patriotismo y de cordura resolviendo la principal de sus diferencias en forma civilizada... El punto de partida de esa empresa sería reconocer la necesidad, coexistencia, independencia y amistad de las dos autoridades, de acuerdo con las leyes y convenciones vigentes. Ese reconocimiento por obra de todos los partidos no implicaría contradicción alguna, porque se haría en nombre de las creencias de los más y del criterio político de todos” Nobilísima empresa! Ilusión todavía lejana para desgracia de Colombia! Pero don Marco lo intentó. “Pedí licencia al Primado para

hablar de estos negocios con algunos liberales notables, y su señoría me la concedió..." Es esto moverse en la zona de lo clerical o es simplemente guardar el sentido de jerarquía?

Hay más; su pluma, tan ágil y tan razonada, estuvo siempre lista a defender los derechos y el prestigio del clero, del episcopado y del Nuncio de su Santidad cuando periodistas inconscientes e impulsivos o políticos puntillosos pretendieron perturbar la paz religiosa y la armonía entre los dos poderes. Qué páginas tan valientes aquella de **"La enorme injusticia"** en defensa de Monseñor Brioschi, Arzobispo de Cartagena de Indias! Qué razonado, comedido y al mismo tiempo indignado aquel su **"Sueño del Fuero eclesiástico"** en defensa de Monseñor Vicentini, Nuncio de Su Santidad, con ocasión de un incidente de etiqueta ocurrido durante una premiación en el colegio de San Bartolomé... Monseñor Vicentini, según me lo dijo en Roma, guardaba de Suárez un recuerdo imborrable, como de hombre nimbado por la sabiduría y la piedad.

Más no se crea que su clericalismo le llevara hasta paliar las inevitables curvas o deficiencias que pudieran aparecer en la vida de algunos eclesiásticos. El 5 de Diciembre de 1897, el ilustrísimo Señor Peralta, Obispo de Tunja, junto con el seminario, se acercó a las urnas electorales a emitir su voto. Ello ocasionó gritos e insultos bochornosos de parte de algunos fanáticos. El 5 de Enero comentaba Suárez en El Nacionalista de Bogotá: "Pero el Presidenté, se dirá no es persona sagrada, mientras que sí lo son el seminario y el Ilustrísimo Señor Obispo de Tunja, contra quienes se pronunciaron los gritos de Diciembre. Concedido: admitamos que sea lícito ultrajar al pre-

sidente; pero desde que el seminario y el clero se resuelvan a bajar a la arena eleccionaria no pueden esperar que se les trate con los miramientos acostumbrados, sobre todo si tienen la desgracia de que se les imputen manejos ilegales. Una señora que por veleidad, higiene o caridad determinase bajar al circo a luchar con animales bravíos, no podría reclamar en su favor las consideraciones debidas a su sexo. Simón Bolívar, dijo que aquí las elecciones son batallas; Rufino J. Cuervo acaba de escribir que la política es diosa sin raciocinio y sin corazón. Si al clero le viene en voluntad usar de sus derechos para bajar al nivel de los ciudadanos laicos, vístase túnica de amianto a fin de que no lo quemén las llamas, enciérrese en muro ambulante si nó quiere que Siva lo devore. . .” Y el 26 de marzo de 1898 reiteraba así la exposición de su pensamiento: “Siendo la política militante el campo por excelencia donde riñen y se encuentran las ambiciones, las cóleras y las venganzas humanas, y donde se usan a veces las armas de la injuria, de la difamación y de la calumnia, ella debiera ser extraña a las personas sagradas, cuyo carácter, deberes y misión son incompatibles con aquella clase de sentimientos y de prácticas. . . Ahora mismo, no es verdad que la malhadada ráfaga política que ha entrado del foro al templo está agitando las luces del santuario?”

No pocas veces los adversarios políticos del Señor Suárez sacaron a relucir estos pensamientos y estas expresiones para echárselas en cara como brotes de sentimiento anticlerical. Así **El Tiempo**, en 1911; varios periódicos de Santander en 1913 y el ex-presidente republicano Carlos E. Restrepo, en la revista **Colombia**, de Medellín, hacia 1923.

Suárez explicó su pensamiento y su actuación en varias ocasiones: en carta de 2 de mayo de 1911 a **El Tiempo**; en carta de 12 de Junio de 1913 al R. P. Félix Restrepo, S. J. director de **Horizontes**, de Bucaramanga, y en **El sueño de la oligarquía** de 31 de Julio de 1923. Su pensamiento, al respecto, puede compendiarse así: "El clero posee en todo tiempo el derecho de votar. Esa facultad puede convertirse en deber a fin del martirio, siempre que los intereses y derechos de la religión y de la Iglesia estén comprometidos en la lucha política. Cuando ese supuesto no se realiza, cuando en el fondo de la cuestión electoral no está la cuestión religiosa o eclesiástica, entonces queda la simple facultad, cuyo uso puede el clero y pueden los fieles calificar de acuerdo con la prudencia, la caridad, las necesidades sociales, las costumbres públicas. En aquel entonces, 1897, gobernaba Miguel Antonio Caro, a quien el Arzobispo Paúl llamó "paladín de Cristo"; y era Ministro de Instrucción Pública Monseñor Carrasquilla, lumbrera de la Iglesia. Podía colegirse, por tanto, que en el fondo de la cuestión electoral no estaba comprometida la cuestión religiosa. Tal es la opinión, dice, que entonces expresé y que sigo todavía, aunque con las reservas que nacen de la convicción creciente de mi flaqueza mental en comparación de la gravedad de estos asuntos. Así es que si fuere necesario no tendré inconveniente en relegar aquella opinión entre mis **ignorantias primae senectutis...**

No hubo, pues, indiscreción en su conducta. Y caso de haber mostrado tal cual brote de anticlericalismo, nunca salieron de su pluma expresiones contra el clero como las que escribió, valga el ejemplo, el señor García Moreno, no sólo antes de su conversión, sino adelantando ya en su

vida y en pleno gobierno católico. Ni menos llegó, como este gobernante por otros títulos meritisimo y nobilísimo, a multar al Arzobispo de la capital por incuria o negligencia con pena de cincuenta pesos, o a retirarle al Nuncio de Su Santidad la parte del diezmo que le correspondía, es decir, su único sueldo, por su tardanza en crear nuevas diócesis para El Ecuador...

¿Cómo respondió la Iglesia a este su hijo celoso y defensor denodado? El 15 de octubre de 1940 en la paz de uno de esos crepúsculos lentos y dorados de la otoñada romana, estuve departiendo gratamente con su Eminencia el Cardenal Enrique Gasparri. Monseñor había sido representante de la Santa Sede en Colombia justamente en el período presidencial del señor Suárez. Recordaba con emoción la fe eucarística del pueblo colombiano; pero le ensombrecía el ánimo el pensamiento de la fiebre política que padece el país. "Colombia, me decía, en tiempo de elecciones es inhabitable". Hablando de don Marco, se deshacía en elogios. "Por Suárez siento veneración. Era un santo hombre. Muy recto, muy delicado de conciencia". No me gusta, le advertía alguna vez el Prelado italiano, que V. E. salga por esas calles sin escolta... Las pasiones políticas están muy exasperadas..." Le agradezco mucho la advertencia. Monseñor, pero ya me escolta el Ángel Custodio. El Excmo. Señor Vicentini, que sucedió en la Nunciatura colombiana a Monseñor Gasparri, admiraba asimismo la virtud y la inteligencia de Suárez: Y llegó a confiarme, en una de las visitas que le hice en su palacio de Santa Marta, en el Vaticano, que para sus informes a la Secretaría de Estado le servían de orientación, no pocas veces los "estupendos" Sueños de Luciano Pulgar citados alguna vez textualmente...

Monseñor Vicentini recordaba con gratitud a Suárez y a Monseñor Herrera Restrepo, sus defensores más egregios en la hora del éxodo amargo... Por último, el Excmo. Señor Giobbe, Nuncio de Su Santidad en Colombia, durante los dos últimos años postreros del soñador, se expresaba así en noviembre de ese mismo año de 1940. "Lo conocí ya en su ocaso; pero me dejó la impresión de ser una grande inteligencia y un varón piadosísimo..."

En realidad, Suárez fué un hombre integral. Ciudadano probo, desvelado patriota, sabio literato; y todo ello vivificado por el espíritu cristiano, por una fe pura, apuntalada en teología, hondamente sentida, valientemente practida. Fe de carbonero, no en cuanto ignorante, sino en cuanto confiada.

Hemos dicho algo de Suárez testigo de Cristo, apologista y defensor de la jerarquía. Digamos ahora del gobernador cristiano.

El subió, —toda Colombia lo sabe y su caso se acerca ya al mito popular— él subió desde la chochita hasta el Capitolio, desde el nacimiento viciado hasta el empinamiento con merecida gloria entre los grandes y los aristócratas del saber y de la virtud. Pero en la subida, impulsada por esfuerzo incesante, él nunca echó a la cuneta su fe montañesa, aplomada y altiva como los Andes antioqueños. Amó siempre, cariñosamente a Cristo y lo confesó ante los hombres. Ahí está su discurso del congreso eucarístico, constelado por todas las joyas del corazón, del pensamiento y del estilo. Recuérdesse también cómo terminaba su alocución, en el momento mismo en que, al tomar posesión de la presidencia de la República, culminaba triunfalmente la más estimulante trayectoria que haya recorrido en el país hijo alguno de la demo-

cracia. “Estos votos, formados en horas angustiosas, son condicionales, porque como dijo el primero de los atenienses, la intención está en la voluntad del ciudadano y el resultado reside en la voluntad de Dios. De Dios, cuyo brazo puede levantarnos, cuyo Verbo puede iluminar nuestros senderos, cuyo Espíritu es poderoso a unirnos en la reconciliación y en la paz”.

No bien ocupó el solio de Bolívar obtuvo que en el Palacio de los Presidentes fuese solemnemente consagrado al Corazón de Jesús. “Allí —escribió en **El sueño del fracaso**—, en el salón principal, está expuesta la imagen del Salvador del Mundo, Señor de los hombres y Rey de las naciones, iluminada su persona divina por la luz que sale de su pecho. Un artista inspirado pintó esa luz con destellos de aurora y con lumbre de las primeras estrellas que brotan en el cielo, cuyo azul colocó en aquellos ojos que iluminan el Universo y en la corona que consuela los dolores de la especie humana”. Esa consagración, le insinúa Justino, uno de los interlocutores de los **Sueños**, es una de las causas, pretextos o móviles ocultos en que pudieron apoyarse algunos de sus perseguidores políticos, roídos de indiferencia, gélidos o hastiados en su fe. “Eso te graduó de fanático e hipócrita...” Pero Luciano arguye: “No me pesará nunca de haber obrado así. La República está consagrada al Corazón de Jesús, de lo cual se burla la ignorancia fanática; pero esa consagración es una gloria muy alta y una acción que concuerda con la conducta de las grandes naciones. Estar consagrada una nación al Corazón de Jesucristo, es estar consagrada a la caridad infinita, al amor infinito, al Espíritu de Dios que creó y anima el universo y en quien está la razón de la justicia, de la libertad y de la

prosperidad de los pueblos... A mí me basta que ese día hubiera oficiado en aquel salón, convertido ocasionalmente en capilla, el Excmo. Señor. Gasparri, Nuncio Apostólico y modelo de amistad y caridad, y que en su séquito hubiera estado, entre otros sacerdotes, Monseñor Carrasquilla, maestro de la juventud y decoro del estado y de la Iglesia..."

Las proclamas presidenciales con que don Marco solía cada veinte de julio rémemorar la independencia de la Patria, constituían un examen de conciencia nacional, un llamamiento a la reflexión, y resultan páginas de literatura ascética que sólo encuentran iguales en los mensajes del presidente García Moreno, del estadista Dollfus o del cristianísimo Caudillo que hoy rige a España. Modelo de gobernantes impulsados por alientos ultraterrenos, él trató de mirar el juego aleatorio de la política **sub specie aeternitatis**.

Suárez no disimuló nunca su admiración por los gobernantes que, católicos o no, pero en todo caso finos políticos, respetan los sentimientos religiosos de su propio país, y cultivan las relaciones armoniosas con la Iglesia de Roma. En las palabras que dirigió, ya en sus postrimerías, a la Juventud Católica de Caldas hay una alusión que puede parecer sintomática en el hombre legal y tímido que fué siempre el señor Suárez. Alude a Musolini y a Primo de Rivera... "Grandes gobernantes, sabios estadistas, hábiles políticos e ilustrados pensadores, en lugar de repudiar la doctrina cristiana que es nuestro ideal, la ponderan como arca de salvación. Así piensan los gobernantes del imperio británico, cuando declaran que no habrá remedio social sino mediante la fraternidad humana, cuyo único fundamento es la fe en Dios como Padre. Así el gobierno de Ita-

lia, que repetidamente reconoce la necesidad de nuestro ideal de fe católica como base de paz y de cultura. Así el régimen de España, cuyas tradiciones reviven pujantes en esta edad de peligros. Y así el presidente de los Estados Unidos, que sin vacilar señala el ideal de nuestros votos como remedio y expediente necesarios a la educación de las familias y de las naciones...”

De su viaje presidencial a Rumichaca, realizado con pobreza y austeridades de franciscano, me cuenta y no acaba el Padre Martín C. Núñez, su capellán y su director espiritual durante algunas temporadas. En Buenaventura, me dice, le ofrecieron un banquete chino. Suárez, siempre cristiano, hizo bendecir los condimentos, y allí, como en otras partes, con un vaso de agua levantado, corresponde a los brindis altisonantes y numerosos. Era sobrio mi Presidente y vivía enamorado del agua fresca... A solas, tal cual vez, y únicamente después de la comida del mediodía, libaba un dedalillo de anís inofensivo. Era, en ese aspecto, su única concesión al antioqueño que llevaba dentro.

En cercanías de Pasto le sorprende la Semana Santa. Y he aquí que suenan las consignas del señor presidente: mañana, Jueves Santo, a comulgar en Túquerres. El presidente apenas logra reprimir su sonrisa socarrona. Y todos, Montejo, el poeta Villafañe, el General Micolta, bajan la cabeza y rezan el **Yo pecador**... Don Marco va delante... Así, un rosario de anécdotas contadas por ese Padre Núñez “amable como el cielo”, según la linda expresión de su egregio discípulo espiritual. El Señor nos depare ocasión de referirlas por lo largo.

No quedaría enteramente perfilada la semeblanza de Suárez cristiano sin aludir a las pruebas de tribulación con que a Dios plugo acrisolarlo.

Acomplejado de bastardía, ilagado por desvíos, incomprensiones y ataques, sorprendido ante la tergiversación malévola de sus intenciones más puras, sin arrimo de esposa ni apoyo de hijo, —ella y éste prematuramente arrebatados—, su natural sensibilidad en carne viva se le convirtió en su tragedia y su grandeza. Por ella, el artista; por ella, el varón de dolores que todos conocemos. Por esto los Sueños y algunas de sus cartas íntimas, —cómo la escrita en la muerte de su hijo— son a trechos un lamento largo, como el del viento nocturno en los cafetales de Antioquia, y por eso algunas páginas suyas son de cordial emoción religiosa y tienen la belleza triste de ciertos atardeceres hondos del otoño vistos a través de las lágrimas.

Es sencillamente sublime aquel final del primero de los Sueños. “Un patriotismo exento de sinsabores, un patriotismo cómodo y epicúreo, no es patriotismo. . . Hay codicia de simpatías como la hay de bienes físicos; pero así, como según San Pablo, le bastan al cristiano el alimento y el abrigo, así le bastan los efectos de la casa y el favor de algún amigo hasta las aras. Además, si un esclavo, y esclavo de Nerón, se portó de tal manera que decía frecuentemente: “llueve, oh Dios, sobre mis tribulaciones. . .” ¿Cómo es posible que un hombre libre y cristiano se espante de hallar en su camino espinas? La falsía y la crueldad son la prensa que exprime el acíbar y la mano que lo ofrece; pero la fuente de ese acíbar es nuestro propio corazón que se olvida de su deber y de su ley. El mal brota, cierto, por defuera; pero abunda más en nuestro interior, alzá-

dose en la ola pujante, al impulso de nuestras pasiones. Si, hay que trabajar hasta el fin. Morir no es dormir ni ser de piedra; morir tampoco es soñar. Morir es llegar al centro del Amor Infinito, que hecho hombre, trabajó y escogió un monte de la tierra para redimir a su criatura desde lo alto de un patíbulo. Ese centro del amor infinito lo es también de la atracción universal, cuyos efectos son esta música de las esferas, estas armonías de luz, tenues reflejos del Eterno, señales transitorias de Dios, que es a un mismo tiempo, atracción, amor, misericordia y justicia”.

Es célebre su **regla de tres de la resignación**, que he visto citada como documento notable, en un libro de ejercicios espirituales ignacianos recientemente publicado en España. Dice así:

“Si Dios infinito, hecho hombre, padeció salivas, azotes y cruz, qué mucho es que una hormiga, menos que nada, pues desobedece la regla suprema, padezca un ligero contratiempo que no le cuesta siquiera una gota de sangre?”

Si la misma criatura puede, queriendo, unirse a Dios y poseer en Dios todos los bienes, qué importa que los hombres, átomos ante Dios, injurien a esa criatura y la abandonen? Qué es un átomo, qué son billones de átomos en comparación del Infinito, que es nuestro Padre?

Si delante de lo Eterno no es nada un billón de años ni un millón, ni diez años de vida, ni un año, ni un día, qué importan las amarguras de este tiempocito si pueden trocarse por dichas sin guarismo ni remate?”

Mosquera Garcés ha escrito que “la equidad inefable que rige el destino de los hombres y los conduce por caminos ignorados al cumplimiento de designios superiores permite que en ciertas horas gravite sobre algunos el peso de las cul-

pas de sus conciudadanos y que ellos, al modo de los corderos emisarios sufran tizne y baldón de sus iguales". Ello es verdad, pero también lo es que Dios se cobra en los pueblos y aquí, en el tiempo, las injusticias colectivas cometidas contra los hombres providenciales. Colombia ha sufrido un calvario y un desangre tremendo en sus últimos años. Quién sabe si Dios no le está haciendo pagar y expiar de manera trágica el martirio de los egregios y la crucifixión de los que amaron la justicia y la sabiduría!

Hay que declararlo con sinceridad. Queda el ánimo triste y desazonado porque a los cabos ya de esta dilatada escritura acerca de **Suárez hombre de Cristo**, uno advierte que el tema ha sido apenas rozado y que la efigie del cristiano integral queda en esbozos y a medio esculpir.

Póngale espuma y copete una anécdota hasta hoy desconocida de los biógrafos y estudiosos de Suárez. El lector de los **Sueños** recordará una carta que a don Luciano Pulgar le dirigió el infatigable dominicano Padre Mora Díaz. "Estimado amigo: un diario pone en boca de usted esta frase: "Si yo tuviera quince años menos, me haría fraile. Me atrevo a murmurar a su oído este secreto: con gran placer los Dominicanos le vestirían el blanco hábito para que pasara el resto de su vida al pie de la Reina de Colombia, dedicándole las últimas producciones de su pluma. Admirador y hermano, Fray Francisco Mora Díaz".

En verdad, apuntaba muy alto el Padre Predicador! Pero aquellos rumores sobre la vocación tardía o regresiva del soñador inmortal tuvieron su fundamento *in re*, como dirían los escolásticos. Un día, según nos contó en Roma Monseñor Vicentini, con rubores de muchacho, expuso al Se-

ñor Nuncio sus deseos de concluir la carrera de su vida con la unción sacerdotal.

—Ya que no dije la misa de joven, Monseñor, quisiera decirla ahora, de viejo. Monseñor se emocionó y se entusiasmó. Me parece una idea feliz, respondió el Señor Nuncio, y cuente Ud. con todo mi apoyo y con todas las dispensas que sea necesario obtener del Vaticano. Pero antes habrá que consultarlo con el Excmo. Señor Primado.

Don Bernardo Herrera Restrepo escuchó la propuesta sin alterarse y se limitó a preguntar: qué ministerio, qué cura de almas podría ejercer ahí el señor Suárez? A lo cual replicó el Señor Nuncio: sería un ejemplo para el mundo entero, sería un maravilloso argumento de apologética...

—Quizás no convenga, sentenció y cortó don Bernardo. Y Suárez, al saberlo, inclinó humildemente la cabeza, nimbada de sabiduría y de gloria, y truncó de una vez para siempre sus dorados sueños de altar, de cáliz y de hostia en alto. Fué el hombre de las renunciaciones heroicas.

Nada extraño que la fama de sus virtudes de cristiano viejo, de católico sin tacha, llegara hasta el Vaticano. Las comunicaciones de la Nunciatura y el inolvidable prelado colombiano Monseñor Samper, que tan alto se encumbró en el Palacio del Papa, se encargaban de enaltecer al Presidente de Colombia. Benedicto XV lo distinguía con su afecto y amistad. En junio de 1918, al saber su elección para la primera magistratura de la república, le envió la medalla de la paz y una carta alentadora y elogiosa. Ya de antes era caballero gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno. En audiencia concedida el Excmo. Señor Brioschi, Arzobispo de Cartagena de In-

días, profería Benedicto XV estos conceptos que son una verdadera glorificación.

El Presidente de Colombia es el gobernante que mayores consuelos nos proporciona. Su conducta ejemplar, sus virtudes cívicas y domésticas lo elevan a grande altura. Pero su valor y espontaneidad en confesar a Cristo ante los hombres y su profundo desprecio por los respetos humanos le dan un mérito excepcional. Los buenos católicos de Colombia deben estar ufanos de poseer tan digno Presidente. También deben pedir al Señor que se lo conserve.

CONCLUSION

En el ocaso de su vida, los ciudadanos lo ven pasar, lentamente por alguna callejuela del antiguo Bogotá. Va taciturno, como embebido en un soliloquio íntimo. Después, entra en su casita del "Camellón de los carneros", tranquila, sumida en absoluto silencio bajo el cielo claro. En el jardincillo, muchas flores cultivadas por su hermana Soledad. Luego se apoltrona junto a su biblioteca, cubierto él "con salmantino gorro cuya borla le mosquea sobre los socarrones ojillos", y va repasando sus libros viejos, sus clásicos latinos y españoles. Gusta de Tácito. Relée el Quijote. Ahora pasa al escritorio. Sobre la mesa, algún curioso objeto; la silueta de Dante. En las paredes, lisas, blancas, una imagen del Sagrado Corazón y un óleo de su "niño" Gabriel, muerto de epidemia en los EE. UU. en octubre de 1918. Aquí encaja una anécdota. Siendo Presidente, poco después de la muerte de su hijo en los Estados Unidos, llamó al sabio ingeniero doctor Julio Garzón Nieto y le encomendó que le hiciese un aparato "para hallar como dice en El Sueño de la

hormiga (VI-132), a la madrugada, en los campos de un cielo inclemente, la estrellita cuya luz cae a plomo sobre una sepultura que me rompe el corazón". Y el filo de la media noche o el relente de la madrugada sorprende a veces al solitario soñador, suspensos los ojos de la palpitación de un lucero y el corazón en vela ante la tumba del ausente querido.

El 3 de abril de 1927 se extinguió su vida, entre la consternación de todo su pueblo. Sus últimas palabras fueron: Dios dirá... El pensador cristiano, el viejo piloto de la nave conservadora, ducho como nadie en saldar ánimos de movedizos tripulantes, pero cansado ya de gobernarles y fenecido el navegar de su vida, entró en aquel puerto de sus esperanzas y suspiros, abastado de paz y de bienes que no merman ni acaban.

"La soledad, ha escrito Gregorio Maraón, es uno de los más altos dones que puede alcanzar el alma humana". Suárez fué siempre un gran solitario; pero de manera intensa, en sus postrimerías. Soledad, la suya, poblada tan sólo por el enjambre de sus Sueños... En ella le consoló la fe de Cristo, le visitaba un grupo de amigos, cada vez más escaso, y le infundía resignación el manualillo de la **Imitación de Cristo**, que habla de la caducidad y fugacidad de las cosas del mundo. En realidad, durante los últimos meses, el espíritu se le había adelantado ya en su viaje hacia lo eterno y lo celeste.

La persona y la vida de Suárez ostentan rasgos únicos e inconfundibles en la historia de Colombia. Ese 3 de abril su gloria se fundió definitivamente con la gloria de la Patria, como el Río Magdalena con el mar. He aquí un hombre que se forjó a sí mismo para gastarse después por la Iglesia y por la Patria. Un proverbio de vieja so-

lera castellana sentencia así: No hay en el nacer
oprobio si hay virtud para enmendarlo. Ese pro-
verbio pueden apropiárselo, entre otros, don Juan
de Austria y don Marco Fidel Suárez. El hijo del
emperador y el hijo de la lavandera... Porque
siempre será bello, estimulante y emocionante en
la historia de Colombia el contemplan, sobre la
biografía de Suárez, esta trayectoria que pone lá-
grimas en los ojos: de la choza de Hatoviejo al
Palacio de los Presidentes de Colombia, en Bo-
gotá.

TOMAS CARRASQUILLA

Novelista - Prosista

(1858 - 1940)

LAS OBRAS COMPLETAS DE TOMAS CARRASQUILLA

(1858 — 1940)

La Editorial Epesa acaba de apuntarse un nuevo, altísimo servicio a la hermandad de los pueblos hispánicos. Me refiero al volumen pulquérrimo de 2.206 páginas que contiene las **Obras Completas** de Tomás Carrasquilla. Es muy probable que este nombre suene por vez primera aún a los oídos de personas muy cultas. Tomás Carrasquilla es casi desconocido en España y en las naciones hermanas de allende. Cejador lo colmó de elogios, lo cual pudiera ser contraproducente para el aprecio de no pocos. Unamuno le profesaba y le manifestaba simpatía. Y ahora Federico Onís en un prólogo definitivo a estas **Obras Completas** llega hasta decir: "Tomás Carrasquilla es un escritor de valor único e insustituible en nuestras literaturas, cuya obra tiene todas las trazas de llegar a ser clásica e imperecedera".

El maestro Carrasquilla, como le decían en su tierra, nació en 1858, en Santo Domingo "población encaramada en unos riscos de Antioquia", provincia colombiana de caracteres peculiares por su configuración territorial, étnica y espiritual. Como Miguel Antonio Caro, insigne polígrafo colombiano, murió sin conocer el mar, en diciembre de 1940.

En 1896 quiso probar a unos contertulios de un círculo literario de Medellín que en la región de Antioquia sí había materias novelables y com-

puso su primera novela grande: **Frutos de mi Tierra**. Carrasquilla empezó a escribir para el público hacia los cuarenta años y desde sus primeras obras se reveló maestro del novelar, dueño y no vasallo del estilo, del ambiente y de los personajes de su mundo literario.

Desde **Frutos de mi Tierra** (1896) hasta "**Hace Tiempos**" (1936) desarrolla este escritor montañés y regionalista una obra literaria sencillamente asombrosa por su cantidad y por su calidad y sus primores.

Carrasquilla es el novelista de su tierra y de la época de transición que se vivió en ese mundo dillo de campesinos, arrieros y mineros, de razas que se funden, de familias que medran y de ciudades nacientes entre las arrugas de la montaña andina. El conoció de niño la Antioquia sin carreteras, reclusa y colonizadora, y de viejo la Antioquia hervorosa de industria y abierta hacia todos los horizontes. El presencié en sus coterráneos el paso, sin etapas intermedias, de la mula al avión y de las escuelas rurales o pueblerinas a las flamantes Universidades de Medellín.

Su niñez transcurrió entre la gente minera de varios caseríos montañoses; después vivió en Medellín, la blasonada villa de la Candelaria, y pudo escudriñar el alma de la ciudad y observar, por días, la formación de la clase media, aún escasa y de la clase alta, adinerada o letrada, de su comarca antioqueña, donde proliferan los retoños de antiguos emigrantes vascos, extremeños o castellanos, jactanciosos de su abolengo y de su blancura, y proliferan así mismo, aunque en menor cantidad, los hombres oriundos de Africa.

Singularmente dotado para la observación y el análisis de las almas, su mano corre con maestría insuperable al dibujar tipos de niños en que

aflora su propia infancia, y tipos femeninos en toda su variedad y sus "complejos". Fué hábil para la pintura del paisaje en grandes lienzos y siempre se leerá con admiración, en **Frutos de mi Tierra**, aquella topografía de El Cucaracho. Fue también descriptor detallista, que sabe de miniaturas, de pinceladas rápidas y del rasgo de caricatura.

"Conversador sempiterno" lo ha llamado Onís. Hay libros enteros, como **Hace Tiempos**, en que este viejo memorioso reproduce, con fidelidad y realismo que pasma, escenas vistas o vividas por él setenta años atrás y las conversaciones interminables de sus personajes o personillas, lo mismo pertenezcan éstos a la negredumbre de jerga expresiva o al señorío blanco, pulido y bienhablado. Su diálogo es pintoresco, parte por la vena humorística e irónica del autor, parte porque transcribe el habla de su tierra, propensa a la hipérbole y saturada de natural gracejo.

A este viso, Las **Obras Completas** de Carrasquilla van a prestar un servicio incalculable a los estudiosos de la lingüística.

De sus doce novelas, grandes o breves, cuál se lleva la palma y las preferencias del público lector? No lo sabemos. La Academia colombiana acaba de escoger, para las diez obras representativas del país que publicará la Unesco, la primera del autor: **Frutos de mi Tierra**. En cierta colección panamericana se otorgó la primacía a **La Marquesa de Yolombó**, maravillosamente ambientada y de grato sabor colonial. Personalmente, me quedaría con **Entrañas de niño**, o mejor aún, con **El Zarco**.

Carrasquilla no es novelista de aventuras, de complicados enredos y sorprendivos desenlaces; desconoció el género policíaco, tan en boga hoy

día, y no cultivó el naturalismo sórdido. Sus novelas son retazos de vida y de realidad cotidiana. No sé qué opinarán los críticos de oficio; pero uno encuentra escasa, ahilada, la acción de sus novelas grandes. Lo que sucede es que Carrasquilla acumula observaciones y detalles y va narrando con delectación morosa, como patriarca sedentario a un corrillo de hombres sin prisas. "Evidentemente, escribe F. Aparicio en **Razón y Fe**, de Madrid (septiembre-Octubre de 1954), es un escritor por su mentalidad, estilo... perteneciente al siglo XIX; lejano, por tanto, al tiempo vital nuestro. Pero lleno de dignidad, de mesura, de noble equilibrio, de quieta serenidad, de solemne andadura, aunque no coincida con nuestro ritmo febricitante y con nuestras prisas. Y por eso nos trae un aire más puro y más sereno, silencio a nuestro caos, recogimiento a nuestra agitación. Puestos en paz para leerle, tenemos que reconocer que tiene todo lo bueno de nuestros abuelos, sin lo cual, ciertamente tampoco lo bueno nuestro hubiera sido posible..."

Carrasquilla crea hombres y acciones con circunstancias perfectamente delimitadas; hombres de su tiempo y de su comarca, con ese **hic et nunc** que tanto aman los filosofantes de hoy. Por este lado empalma con los muy contados escritores de su continente que entonces americanizaban contra la corriente de un tropel de poetas, novelistas y ensayistas que tenían a gala europeizar. El antioqueño, el escritor aislado, desconocido fuera de su región, resulta así un adelantado genial del regreso a lo autóctono como cantera de inspiración y de autenticidad literaria. Regreso que, naturalmente, tiene sus limitaciones porque hay zonas de la cultura y de las mismas letras

que no podrían desvincularse de Europa so pena de retroceder a la barbarie.

También cultivó Carrasquilla el cuento y la novela breve. Los hay tradicionales, de fantasías simbólicos y psicológicos. El titulado "**A la diestra de Dios Padre**", aunque extraído del fondo popular, pasará con justicia a las antologías por el sostenido interés, el salero y la originalidad que supo comunicarle este maestro de la narración. El eminente crítico español Joaquín de Entrambasaguas encuentra que las novelas cortas "mantienen una apretada tónica narrativa; sus cuentos, pueden parangonarse con los mejores de Chile o Argentina y aún les ganan en belleza de lenguaje y las narraciones magníficas, algunas de perfección clásica, son dignas de figurar en una antología del castellano... "En estas **Obras Completas** hay páginas dedicadas al ensayo y a la crítica literaria. Encuentro endebles, nebulosos y aún sofísticos algunos de los razonamientos de las **Homilías**; arbitrarias y de corto alcance algunas de sus afirmaciones. Pero creo, con el egregio maestro Rafael Maya, que la actitud fecunda de esas Homilías subsiste aún y se ha aquilatado con los años. "Hoy admiramos la agudeza crítica del maestro antioqueño, su visión del futuro y su entereza admirable, ya que se necesita mucho valor para afirmar y proclamar la virtud de lo autóctono y terrígena frente a la invasión de lo erudito y lo extranjero".

Carrasquilla usaba de franqueza y desenfado para emitir sus juicios. Al fin de la Autobiografía que encabeza esta edición, el bueno de don Tomás se deja decir, que, en su concepto, puede gloriarse Colombia de tener el primer prosista y el segundo lírico de esta lengua castellana. "Me refiero al indio Uribe y a José Asunción Silva".

Ruego al lector de España y de los pueblos hermanos de América que no cierren sin más el libro y que, achacándolo todo a exageración antioqueña, se interne por las dos mil páginas de Carrasquilla, que le permitirán conocer a un magnífico prosista, aunque tampoco sea el primero de la lengua castellana, porque algún sitio habremos de dejar para el pobre de Cervantes o para el frailecito dominico Luis de Granada.

El epistolario de Carrasquilla es de una franqueza y de una mordacidad que levanta túrdigas y saca sangre. Ignoramos hasta dónde sea discreto el publicarlo a los doce años de muerto el autor; pero seguramente en Bogotá esas cartas que llaman a las cosas por su nombre y describen a las personas con sus "pelos y lunares" no van a causar maldita la gracia. En su conversación Carrasquilla debió de ser picante y corrosivo; en sus escritos es de los escasos humoristas que conocemos en la literatura colombiana y sabe condimentar sus páginas con cierta sacarronería maliciosa y algunos pimientillos volterianos; pero su fondo es de hombre indulgente y de cristiano viejo. "La cuestión, dice por ahí, es alegrarse uno... Y siempre será con mentiras, porque con verdades me parece trabajoso".

En Colombia se ha llamado a Carrasquilla el Pereda colombiano. Pero lo cierto es que Carrasquilla empezó a escribir cuando le eran desconocidas las novelas de Pereda y cuando las conoció no le gustaron. Habrá, pues, entre ambos novelistas montañeses ciertas coincidencias accidentales; pero nunca, por parte de Carrasquilla, imitación de estilos o de procedimientos. Galdós, en cambio, le llenó el ojo, como también no pocos autores franceses y rusos.

Hay un aspecto de la personalidad literaria de Carrasquilla que es imposible desdeñar u omitir: el de su prosa. No se me oculta que la autoridad crítica de Cejador es menospreciada en estos días y resulta sospechosa; pero lo diga o no lo diga Cejador, Tomás Carrasquilla "es dueño de todos los tesoros del idioma castellano manejados por él con sin igual soltura". En esto se asemeja a su coteráneo y coetáneo Marco F. Suárez, también desconocido hasta hoy fuera de los linderos de Colombia. No es tan sólo la riqueza verbal, que puede adquirirse con el manejo asiduo de los clásicos y del Diccionario; es la riqueza y la variedad de la construcción fraseológica y ese sabor de lengua viva, pura y natural, bebida en los manantios del pueblo. Por algo ha escrito Federico Onís que Antioquia es uno de los sitios del mundo hispánico, incluyendo a España, en que mejor se habla el castellano. Carrasquilla lo comprendió así y al hacerse escritor de su región resultó ciudadano de toda la hispanidad.

La Real Academia Española está empeñada en la elaboración del monumental **Diccionario de Autoridades**. Es propósito suyo, manifestado a las Academias correspondientes, incluir entre las autoridades a los grandes príncipes del idioma en América. Entre los de Colombia, país de orfebrierías idiomáticas y de castellanías sabrosas, junto a Caro, Marroquín, Suárez, Gómez Restrepo y alguna docena más, deberá figurar con toda justicia, para decoro del mismo Diccionario y con el mayor lucimiento, este ilustre viejo don Tomás Carrasquilla, millonario derrochador de nuestro idioma.

LA MADRE LAURA MONTOYA

ESCRITORA

(1874 - 1949)

LAURA MONTOYA — ESCRITORA

La Madre Laura Montoya fué escritora. Es un aspecto no desdeñable de su personalidad polifacética. No escribió por simple amor al arte, para darse el gusto de bordar arrequives literarios. Mujer práctica, unificada, apostólica, meneó la pluma como instrumento necesario a su misión personal. Para ella, el escribir fue una tarea mas al servicio de su ideal misionero. Primero, dió a públicas vistas SU CARTA ABIERTA y luego colaboró en periódicos y revistas, compuso folletos y libros, redactó memoriales y cartas.

DOTES DE ESTILO

No parece que le preocupara el problema del estilo, del arte de escribir. Por su cultura no común y por el enjambre de vivencias y experiencias que en el alma le bullían, la Madre Laura tenía que resultar escritora, y ésta, insigne. Qué decir, no le faltaba; y en cuanto a vocabulario le afluíá en chorros al pico de la pluma.

Su lenguaje es de cepa; su limpio hablar le viene de casta. En sus montañas de Antioquia el castellano de los conquistadores y colonizadores se conservó incontaminado y linajudo y se enriqueció, por ley de cosa viva, con vocablos y giros regionales muy sabrosos y pintorescos. Allende lo cual, esta Madre Laura fue, desde joven, mujer leída y saboreó asiduamente, en su afanoso rebusco de provisiones de espíritu, aquellos libros

que, siendo tesoro de doctrina santa y celestial, son así mismo estuches de las prosas más enojadas y rutilantes de Castilla. Nada raro que su habla sea de alcurnia y que su frasear discurra libre y suelto, sin amaneramiento alguno, bien trabado y redondeado.

Pero éstas, diríamos, son cualidades externas del estilo. En escritores de raza, más adentro de la corteza, que puede incluso aparecer arrugada y áspera, fluye la savia, alienta la vida, habita un alma. Y tal acontece con los escritos tan numerosos de la Madre Laura Montoya. Su dominio del léxico es vasto y abundoso; su pensamiento se reviste de perspicuidad. Es un río ancho y transparente. A pesar de ello, un purista o un estilista exigente podría tacharle enfadosas repeticiones, algún vocablo intruso y aún frecuentes construcciones desaliñadas o tortuosas. Pero ¿qué significarían estos pelillos o reparillos ante las dotes intrínsecas que innegablemente enaltecen y exornan su estilo? Y es que el estilo es trasunto de la personalidad y la Madre Laura lo fué de bulto y descollante. De ahí que revisando sus escrituras sea fácil y agradable admirar, por ejemplo, la dramática sinceridad y hasta ruda franqueza con que viste o desviste sus ideas, la encadenada trabazón de sus razonamientos, la amenidad de sus relatos, la originalidad de muchos de sus pensamientos tan guapamente expresados, los asomos de gracia y de sorna que no le faltan y la vehemencia y fuego oratorio de sus efusiones religiosas y místicas. El estilista español Azorín ha preceptuado que la sencillez, la claridad y la vitalidad son, a su juicio, las dotes primarias de un estilo que deleite y perdure. La Madre Laura las posee, como será fácil verificar en las numerosas citas que, adrede y sobre caso pensado, esmaltan su biografía. Hay

páginas suyas en que ella dejó hablar sencillamente su alma tan opulenta y por eso podrán mostrarse como joyas de antología literaria y están reclamando para la autora un puesto en la Historia de la Literatura Colombiana.

Reseñemos aquí brevemente cada uno de los escritos principales de la Madre Laura:

CARTA ABIERTA. Alfonso Castro, entonces joven escritor, publicó en 1906 la novela "Hija Espiritual" en que los lectores vieron claras alusiones a un episodio de juvenil noviazgo, sucedido poco antes en el colegio de la maestra Laura Montoya. Alto personaje de la curia impulsó a Laura Montoya a defender su fama y su prestigio en una carta abierta a don Alfonso Castro.

Según testimonio de la autora, en su **Autobiografía**, la carta fue redactada por ella misma, pero sometida a los retoques del castizo prosista don Tomás Carrasquilla, a quien la atribuyen los editores de sus Obras Completas (2ª edición). Pero la carta inicialmente fue obra de Laura Montoya y así nos lo atestiguó la joven alumna que en ese lejano año de 1907 acompañó a su maestra hasta el domicilio de Tomás Carrasquilla para la entrega de los originales.

La intervención de Carrasquilla fue sospechada o conocida por Castro y motivó que ambos amigos se distanciaran durante años, hasta que don Tomás escribió "Pax et concordia" en que termina diciéndole a don Alfonso: "Soy tu prójimo según el Evangelio y según el dandismo: En nombre de sentimiento tan hermoso, te presento bandera blanca". (Obras completas, ed. de Madrid, p. 2.024).

Imposible desconocer las artesanías idiomáticas de Carrasquilla en el pulimento de "Carta Abierta"; pero Laura Montoya habló de esa car-

ta, en documentos íntimos, como de cosa suya y realmente son suyos el vigor apologético, la fluidez de la frase y el calor oratorio. Tal era el parecer del docto Padre Félix Restrepo y así me lo expresó y comentó cuando en 1958, enterado de ese interesante episodio de nuestra literatura regional, leyó aposta "Carta Abierta".

CARTAS MISIONALES. A poco de llegar a Dabeiba, Laura Montoya, por deberes de relación familiar o social, empezó a dirigir unas cartas noticiosas a Carmelita y Juan de la Cruz sus hermanos, al R. P. Domingo A. Henao, su primo y ayudador insigne, al R. P. Lubín Gómez, su confesor de entonces y a una que otra bienhechora de la obra. Escribió también al Señor Gobernador, pidiéndole dinero para comprar una mula. (pobre de mí.—añade— no sabía que lo que se necesitaba era una recua!) y solicitando el nombramiento de un agente de policía para defensa de los indios y particularmente de las indias, cuya inocencia peligraba al salir del bosque a tierra de civilizados... Las cartas, naturalmente, resultaron de interés dramático por lo novedoso de aquella experiencia y la viveza y agilidad literaria de quien la narraba.

El Señor Gobernador, a pesar de no haber accedido a sus dos peticiones, pidió permiso para publicar la carta. "La primera impresión —anota la Madre —fué la de negar rotundamente el permiso: bastaba con que desde el cielo, Dios tuviese en cuenta el trabajo de las misioneras. Pero, como jamás he obrado por mí misma en estas cosas, consulté al Señor Crespo en Antioquia; pero suplicándole que no me diera la licencia. El me contestó que inmediatamente la diera y que no temiera nada".

En estas andaba cuando, no sin sorpresa, comprobó que **El Colombiano** de Medellín, había publicado todas las cartas por ella enviadas a sus familiares y amigos. Y se repitió el caso de las cartas de San Francisco Javier: fueron leídas y comentadas y levantaron en las almas inesperados fervores misionales. ¿Cómo, si no, se explica el afluir de vocaciones desde todos los rincones de la montaña antioqueña, por caminos de espanto y a través de un sin cuento de sacrificios? Hubo quienes, faltos de caridad, las llamaron "las mentiras de El Católico", y en estos mismos días el autor de una voluminosa obra ha escrito de ellas, con desdén, como si en ellas la verdad anduviese enrarecida y las exageraciones compitiesen con las del Padre Las Casas. Pero lo cierto es que Monseñor Crespo le ordenó continuar con sus cartas y mandar dos mensuales para el Semanario "El Católico", de Santa Rosa de Osos. En ellas, la Fundadora, iba contando las incidencias de la misión, las excursiones de las operarias del evangelio, las reacciones de los indios y un sinnúmero de anécdotas y episodios que las tornan de notable interés literario e histórico, en particular para los **Anales** de la Congregación de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena.

Tales cartas fueron posteriormente coleccionadas en un volumen muy humildemente impreso y presentado (de 229 páginas y 14, 5 x 21, 5 cms. y han sido reproducidas desde agosto de 1952 en la revista **Almas** de Medellín. Hay una quinta edición muy bella hecha en Madrid (Ed. Cocusa) en 1963. Las "Cartas Misionales", a la vuelta de unos diez años de su iniciación, acarrearón amargas acusaciones contra la autora, elevadas a la Nunciatura Apostólica por el Rvmo. P. Arteaga, como si ellas fueran fruto de vanidad, exageraran

la actividad de las catequistas y pretermitieran la de los Padres Misioneros. En realidad, los protagonistas de estos relatos son en su mayor parte los indios, mirados con ojos de Madre y de Misionera. Si en el contar hubo exceso, lo hubo, si acaso, de cariño y optimismo. Y ello es cien veces preferible a la indiferencia, la rutina comodona o el desamor. Sea lo que fuere, tales cartas son ya un documento histórico nada despreciable. Añadamos que de otras publicaciones, como "Letras y Encajes" de Medellín y "Veritas" de los Padres Dominicos de Chiquinquirá fué invitada a colaborar sobre temas de la misión de Dabeiba. En 1920 el Padre Páez le ofrecía las páginas del combativo "Veritas". La Madre le respondía: "Esta obrita no merece tanto".

Constituciones de las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena.

Hay una edición provisional, impresa en Antioquia en 1933. Hay otra, impresa en Medellín en 1953 según el texto aprobado en Roma.

Los libros que la Madre elaboró con más cariño y esmero, haciendo de su pluma fácil instrumento directo del alma, fueron los primordialmente destinados a la formación religiosa y misionera de sus hijas.

Los borradores para el **Directorio**, el **Manual** y las **Consuetas** fueron redactados casi en su totalidad durante su estancia en Roma, en las horas largas y deliciosas de soledad que pasaba en los jardines de las Madres Pías y del Cenáculo. Espiritual y materialmente, puede decirse, que la Madre escribió sus mejores libros mirando hacia el Vaticano.

Las **Constituciones**, en cambio, datan de sus años de magisterio en Medellín, cuando solo misionaba en sueños, ilusiones y esperanzas. Por en-

tonces, uno de sus confesores, —el P. Dueñas— le dijo que era preciso adelantarse a reglamentar en lo posible el linaje de vida que las futuras “maestras de los indios” habían de llevar. Sin auxilio alguno de los confesores, sin conocimiento de otras Reglas, sin sospechar casi que existiera **Derecho Canónico** se dió a la tarea de escribir esas Reglas. Como norma suprema se fijó ésta: deben ser de mucha perfección a fin de que las maestras de los indios no acabemos en estado de que nos tengan que ir a catequizar a nosotras.

En todo este negocio de preparar su empresa misionera la Madre Laura iba obrando como a ciegas, como conducida de la mano por un ángel de luz. No se le ocurría siquiera que todo aquello fuera a parar en congregación religiosa.

“Yo debo confesar—escribe en la **Autobiografía**— que si hubiera visto desde entonces lo terrible y grande de la empresa no te hubiera dicho, Amor mío, que no; pero habría sufrido tanto que no puedo ni suponerlo. Gracias, pues, Señor, por haberme cogido ciegucecita. Porque sí, Tú has sido la luz de mi camino y por mirarte a Tí no he puesto cuidado a las grandes dificultades ni a los abismos por donde me has pasado”.

Para la tarea de redactar las **Reglas**, Laura buscó la colaboración literaria y espiritual de Ana Raquel Isaza, mujer de fino entendimiento, cultivado espíritu y muy de Dios. Las dos pensaban y discutían cada punto y Laura, no raras veces, cedía de su parecer por estimar en mucho las luces de su amiga. Esta escribía a lápiz; Laura, a pluma. Cuando, años después y ya en Dabeiba, Laura para obedecer a Monseñor Crespo que le pedía el **cuadernito** de las Reglas, quiso pasar a limpio aquel ya viejo borrador, tornóse la tarea punto menos que imposible, pues todo lo escrito a lá-

piz estaba desvanecido e ilegible hasta el extremo de no distinguir sino una que otra letra.

Laura fué comprendiendo que obra tan delicada como la de formar un molde de religiosas la reservaba Dios a la Madre de la Congregación. Y aún más:

“Delante de mi incapacidad —escribe— encuentro que quizás Dios lo ha dispuesto así para ser El sólo quien lo hace todo, y así, siendo la mano que aparece al exterior, tan incapaz, todos puedan atribuirlo a El sólo”.

Durante la tarea larga de componer las **Reglas** fueron varios los sacerdotes que a ello la estimularon y que hasta se le ofrecieron para ayudarla. Pero lo cierto es que, llegado el momento, se zafaban de lo prometido, con un pretexto o con otro. Igual aconteció con las ceremonias y prácticas que iba introduciendo. Rogaba a los Padres que le sugirieran algo, que enseñaran o corrigieran; pero ellos rehusaban “sin dejar por esto de criticar, por supuesto...”

Para la Madre la formulación de las **Reglas** o **Constituciones** fue un manadero lento de íntima desazón, de vergüenza inexplicable, particularmente cuando había de leerlas a los Superiores, y hasta de temor. Temía que al ver sus exigencias apostólicas, las gentes las atribuyeran a un celo que ella no tenía y que siendo falso había de atraer los castigos de Dios...

“En fin, puedo decir que no he escrito una sola regla sin que ella me haya costado una agonía terrible. Y como las cosas han ido saliendo tan lentamente, mi agonía ha durado lo que tiene la Congregación... A veces pienso que estas agonías sean purificaciones que Dios quiere que sufra mi alma en cambio de la bendición que El da a lo que escribo. ¿Será presuntuoso tal pen-

samiento? Que Dios todo lo sella con la cruz y que no se da la luz sin dolores, son dos verdades que me llevan a creer que esto sea una purificación de Dios. Con mucho gusto lo sufro y si ella llega a dar el apetecido fruto moriré tranquila después de dar a mis hijas cuanto el Señor me ha dado para ellas”.

Las **Constituciones**, por toda la cantidad y la calidad de vida interior que en ellas ha depositado la autora, vienen así a convertirse en uno de sus mejores retratos espirituales. Aunque la Madre Laura no hubiera escrito otras páginas sobre vida religiosa o apostólica, estas solas bastarían y sobrarían para darnos la medida y el trasunto de su entera personalidad, tan dotada por la naturaleza, tan enriquecida por la gracia, tan cultivada por la generosa, magnánima e indeficiente entrega a los designios soberanos de Dios sobre ella.

Antes que emitir un juicio personal sobre estas **Constituciones**, el biógrafo ha preferido acudir a un técnico de la materia, consultor de no pocas comunidades religiosas, revisor de varias **Constituciones** y tan consumado liturgista como canonista experto, Refiérome al R. P. Gregorio Martínez de Antoñana C. M. F. quien ha tenido la bondad, muy de agradecer, de estudiar las **Constituciones** redactadas por la Madre Laura y de emitir el siguiente juicio con que esmaltamos este capítulo. Dice así:

“La primera impresión de la lectura de estas **Constituciones** es la del acierto con que en ellas se fija el fin específico y propio del Instituto, no solo en la formulación concreta en los primeros artículos de las mismas, sino en la descripción de sus rasgos característicos a lo largo de todas ellas. Esa visión clara y sentida de la misión confiada

por Dios al Instituto es la que ha orientado con notable destreza la articulación de las normas disciplinarias, sobre todo en la primera parte de las Constituciones. Estas, si bien recogen ordenadamente y con admirable fidelidad las normas comunes del Derecho Canónico, y la práctica de la Sagrada Congregación de Religiosos, en lo cual, según la Madre confiesa, le ayudó un sacerdote canonista de la ciudad de Santa Fé de Antioquia, con todo, en cada caso añaden preciso y muy destacado el matiz peculiar que tales normas han de recibir en el Nuevo Instituto, en fuerza del fin específico del mismo y de la singularísima labor apostólica que trata de ejercitar en la Iglesia.

No son unas constituciones más, hechas a molde o según un esquema general como acontece con no pocas de ellas. Son unas Constituciones nuevas, como el Instituto al cual se destinan, y estando tan perfectamente acomodadas a la disciplina canónica actual de la vida religiosa, sin embargo ostentan un recio sello personal, unas huellas de alma extraordinaria. De ahí que insistan con peculiar empeño en la modalidad que ha de imprimirse a la formación de sus miembros, en el espíritu que ha de informar su vida y acción, en los rasgos genuinos de su espiritualidad, en los medios y ejercicios con que ésta ha de nutrirse y desarrollarse. En todo ello llevan un sello propio e inconfundible. Sin que recorramos uno a uno los puntos en que se manifiesta esta orientación característica del espíritu que las **Constituciones** quieren transferir al Instituto, imposible no mencionar, siquiera, con rapidísima alusión, cuanto prescriben sobre el fervor y caridad apostólica en buscar la salvación de los salvajes, sobre el espíritu de pobreza y desapego de toda clase de bienes, sobre la humildad, la ora-

ción y la presencia de Dios, alimentada ésta última con la contemplación de la naturaleza, sobre la cultura religiosa que quiere de todas y que, entre varios medios, se ha de fomentar con la lectura de los Sagrados Libros. Y tantos otros puntos, peculiares, personales, encarecidos, que merecían especial recuerdo, si esta nota no debiera ser forzosamente breve.

Quiero terminar este exiguo parecer con dos impresiones personales: Sea la primera que ignoramos la suerte que habrá cabido a las Constituciones de la Madre Laura al ser presentadas a la Sagrada Congregación de Religiosos para su aprobación definitiva; pero podemos adelantar como una de sus más eminentes cualidades la fidelidad y permanencia con que en todos sus artículos y en las más pequeñas de sus prescripciones se procura servir a la misión nobilísima, a la misión providencial que el Señor de la mies y dueño de las almas confió a la Reverenda Madre Laura Montoya al inspirarle la fundación de su Instituto.

Sea la segunda impresión que, en atención a los campos de la ciencia eclesiástica que hemos debido cultivar a lo largo de nuestra vida, un tanto ajenos al género biográfico y al misional americano, sólo teníamos de la Madre Laura Montoya y de su Congregación un leve conocimiento espigado en alguna revista de la cristiana y fraterna Colombia. Hoy, un requerimiento fraternal que no nos era posible esquivar, nos ha puesto en la dulce y grata oportunidad de conocer algo más a la Fundadora colombiana y á su obra tan copiosamente bendecida por el cielo y podemos certificar que tanto la Madre, conocida a través de las Constituciones, como las Hijas extendidas ya por las selvas de cinco países, nos parecen uno de los frutos más espléndidos de la fecundidad

de la Iglesia Católica en lo que va de nuestro siglo. Y como a españoles que somos nos complacemos comprobar con cuánta exuberancia, con cuánta belleza está fructificando en la viña joven de América lo que allá sembraron nuestros comunes antepasados, los conquistadores, los colonizadores y los heraldos de la Fé”.

Directorio o guía de perfección, para el mejor cumplimiento de las Constituciones. Una advertencia preliminar dice: Este libro se ha impreso con licencia verbal del Excmo. y Rvmo. Sr. Don Francisco Cristóbal Toro, Obispo de las diócesis unidas de Antioquia y Jericó, “ad experimentum” por un lapso de tiempo indefinido, en conformidad con la disciplina de la Iglesia en la aprobación de las reglas religiosas. En todas sus partes ha sido cuidadosamente revisado y sabiamente anotado por un sacerdote docto en Derecho Canónico y en Sagrada Teología.

En el colofón del Directorio reza así:

“Se principió a imprimir este Directorio el día 3 de Mayo de 1932 y se termina hoy 30 de junio de 1936. Si al hacer la segunda edición de este **Directorio y Guía de Perfección** se dignan ordenar las materias y dentro de ellas ordenar las ideas, el trabajo quedará menos imperfecto. Para María, la Madre adorada del corazón, ha sido mi esfuerzo y a sus pies pongo su fruto. Que Ella lo torne en gracias de santificación para las hijas de la Congregación que nunca han de decir **bastá** al amor de su Madre Celestial. A la mayor gloria de Dios y de María. Hermana **Laura de Santa Catalina**”.

Nadie tan autorizada para tejer un Comentario a las Constituciones como la propia Fundadora. Había formulado la ley, conocía sus alcances y su finalidad, y aún más que todo, el respaldo de

ascética tradicional que cada ley u ordenación traía consigo. La tarea no era fácil ni resultó breve. Pero la Madre puso en ella su ingenio, que no era común, sus conocimientos ascéticos en verdad extraordinarios y su inmenso amor a la Congregación y de rechazo a las almas.

La doctrina es copiosa y maciza, las exigencias de atildamiento espiritual y de mayor perfección continuas, la teoría muy sabiamente trenzada con la práctica y con la experiencia: en suma, un tesoro espiritual para sus hijas, un murellón pétreo para sostener en su primitiva observancia la Congregación y asegurar así su permanencia en el fervor y en el servicio de la Iglesia. Para las sucesoras de la Madre Laura en el generalato el **Directorio** significa un venero de enseñanzas y de sugerencias preciosas. Posee ya esta joven Congregación lo que aún no han logrado instituciones más veteranas.

En 1941 el Excmo. Sr. Don Carlos Serena, Nuncio de Su Santidad, que favoreció notablemente a la Congregación de Misioneras, quiso él personalmente revisar el **Directorio**. Con este motivo, a 23 de enero, le escribía la Madre:

“En cuanto al Directorio me alegro mucho que lo examine. El inconveniente que le encuentro es estar muy desordenadas las materias y dentro de cada materia los puntos. Lo escribí e imprimí en un tiempo en que tenía fiebre constante y me sentía incapaz de ordenarlo y no pensé en esperar que pasara la fiebre porque creía que moría pronto y me parecía peor no dejarles la doctrina, aunque fuera en desorden. Revisándolo V. E. quedaré más tranquila”.

Fuera de eso tenemos las **consuetas** igualmente desordenadas y el **Manual** que es el único ordenadito y mejor que todo. Mi afán es muy gran-

de porque todo quede consolidado, según la voluntad de Dios, antes de mi muerte”.

Manual de Oraciones, para uso de las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena, calcado en el espíritu de sus Reglas. Segunda edición 1944. Este libro empieza por una dedicatoria a María y dos palabras de introducción a las religiosas Misioneras, y consta luego de cuatro partes: Primera: práctica para todos los días, hasta la página 81. Segunda: algunas novenas y otras prácticas para los diversos tiempos del año. Cada uno de los compatronos de la Congregación tiene su correspondiente novena, con fervorosas y adecuadas consideraciones que, según parece, redactó la Madre Laura con vistas a sus misioneras. Incluye también en esta parte un libro inestimable que se titula: **Manojitos de mirra** o cuarenta temas de meditación para sostener vivo el recuerdo de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo durante la santa cuaresma.

Al cual sigue: **Afectuoso recuerdo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo**. La Tercera: Prácticas propias para las Misioneras. Cuarta: Para los neófitos. El Manual es muy completo y en todas sus páginas respira fervor y celo apostólico. Es una fotografía más del espíritu de la Fundadora.

Circulares. La colección de las circulares enviadas por la Madre Laura a su Congregación forman un libro, en que solo tres circulares pertenecen a la Rvma. Madre María San José nombrada Superiora General en Diciembre de 1931. Pero aún durante el mandato de ésta, la Madre Laura firmó varias circulares por delegación expresa. Es imposible resumir aquí todo lo que en tales documentos se contiene. Las hay de carácter histórico relativas a viajes y fundaciones, las hay bio-

gráficas, pues la Madre tuvo la amable costumbre de avisar a todas las casas las defunciones de las Misioneras pergeñando de estas una semblanza dictada por el cariño y encaminada a la ejemplaridad; las hay de orden jurídico para convocar capítulos o urgir la observancia de algunas leyes, y finalmente, las más adoctrinan sobre ascética religiosa y reclaman con palabras insinuantes o enérgicas el cumplimiento fidelísimo de las Reglas. El estilo o dígame mejor, el tono de las mismas, es de plática familiar, de voz asordinada para la confidencia, de exhortación maternal, a trechos aduciguada y a trechos bien timbrada de valentía o de claridad para decir las cosas por su nombre y sin temores a nada ni a nadie. La Madre Laura es siempre la misma y se retrata de cuerpo entero en todas sus producciones literarias. Sesenta y una fueron sus circulares, desde la primera fechada en Dabeiba el 6 de marzo de 1923 en que da cuenta del fallecimiento de su Madre la Hermana María del Sagrado Corazón hasta la última que firma en Medellín a 16 de Septiembre de 1949, un mes antes de su muerte. Ya la circular N° 66 refiere la agonía y el tránsito de la Madre Fundadora y está suscrita por la Rvma. Madre María del Perpetuo Socorro.

Voces místicas de la naturaleza. Segunda edición corregida y aumentada para uso de las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena. La primera edición fue impresa en 1935; la segunda en 1944; la tercera en Madrid en 1961. El origen de las **Voces místicas** nos fué narrado por la autora, primero en su **Autobiografía** y más tarde en **Brochazos**. Dice en la primera:

“Otra de las cosas personales que recuerdo en la casita de San Miguel, en Antadó, es lo que sigue: Me fuí una vez a visitarla y en el camino

sentí cierta tristeza porque en esas ambulancias las Hermanas carecían de Sagrario. En todo el camino me entretenía como dejándole conocer a Dios —que se me perdone esta expresión— mi pena por eso y pidiéndole remedio. Nada más que pena tranquila sentí, a pesar de pasar todo el camino así como quien le deja ver a Dios lo que siente y así llegué a la Ambulancia.

El sentimiento ése no se me pasaba del todo, sino que me acompañaba en el trabajo con los indios, sin turbarme y como si a Dios le gustara. Un día me encerré en el cuartico del Padre para darme a un ratico de soledad, y como un relámpago pasó por mi mente, pero llena de amor exquisito, esta idea: **No tienen Sagrario, pero tienen naturaleza.** Aquí si dí en el clavo, me dije. Pero es necesario enseñarles a las Hermanas a buscar a Dios en la naturaleza, como lo buscan en el sagrario, pues aunque la presencia de El es distinta, en las dos partes está, y el amor debe saber buscarlo y hallarlo en dondequiera que se encuentre, hasta que nos lleve a su casa en donde no habrá que buscarlo porque se le tiene. Gusté un rato de esta como revelación de la voluntad de Dios y pensé que así como los novios se hablan por medios convencionales, como las flores, los pañuelos, por qué las Misioneras no habían de formar con Dios cierta convención para hablarle por el medio que las rodea? Aquello me pareció encantador y ví que a Dios le agradaba, por lo cual puse manos a la obra y comencé a escribir lo que llamamos "Lenguaje místico de la Naturaleza", que aún no he acabado de escribir". Más tarde —añade la Madre en Brochazos, al ver que a un piadosísimo Prelado le fastidiaba la palabra lenguaje por tener algo de parecido a otras costumbres mundanas, le cambié el nombre por **Voces Místicas de la naturaleza**".

Es conocido el itinerario que siguen los místicos en su viaje hacia Dios a través y por encima de las criaturas. Empieza Dios exigiendo el despojo, el desasimiento, la desnudez para que nada terreno medie en el mutuo amor. De esta suerte, el alma, sin atracciones de abajo, ni ataduras a las cosas, vuela derecha hacia la plenitud de Dios. Pero cuando el alma ha se encumbrado a estelares regiones entonces puede mirar impunemente y hasta con inocente ternura a todas las obras de Dios. Y adelantado ya en su divina aventura, redescubre el sentido del universo y ama en la creación las huellas del Creador. Primero ha evitado el diálogo con las cosas; pero luego, cercano a la plenitud y avasallado por sus irradiaciones, puede pasear la vista por ellas en una comprensión más alta, en una visión del universo en Dios. Así, San Francisco de Asís comienza por despojarse de todo para ser pobre con Cristo pobre y acaba por enriquecerse espiritualmente de tal manera que a todas las cosas las llama hermanas, desde el hermano lobo hasta la hermana alondra. Y así San Juan de la Cruz es el santo de las renunciaciones supremas y sin embargo se regocija entre la limpia hermosura de los campos y llena su poesía maravillosa de resonancias cósmicas.

La Madre Laura —nos parece haberlo demostrado con suficientes argumentos— fue alma encumbrada a excelsitudes místicas; pero la vemos también descubriendo a Dios y escuchando voces místicas en la naturaleza...

Hay en la literatura religiosa un libro semejante a este de la Madre Laura, como si dijéramos de su misma traza y finalidad. Es "**La oración de todas las cosas**" del célebre misionólogo francés Padre Charles. Hay, sin duda, más refinamiento de ideas y de poesía en el libro del Padre Char-

les. Y ello es perfectamente comprensible. Pero el librito de la mística antioqueña no va a la zaga en dotes de observación, de ternura y emoción religiosa. Lo cierto es que las ideas vertidas por el jesuita francés en el prólogo de su libro cuadran en todo a la elaboración e intención de **Voces místicas**.

“Discípulos tal vez inconscientes, pero seguramente demasiado dóciles, de los viejos filósofos del paganismo, separamos con demasiada facilidad el mundo de las ideas del de las cosas, y nos inclinamos a creer que las ideas son nobles y grandes y que las cosas son comunes y vulgares. Al orar damos paso a las bellas abstracciones que nos escoltan hacia las alturas; pero no nos atrevemos a confesar que estas marchas áridas nos fatigan. Y con todo, la Providencia ha multiplicado en torno nuestro los mensajeros discretos, que sin ahogarnos, pueden conducirnos por caminos de ternura a las fuentes santas de la paz. Los viejos salmos de la oración, en su inspirado realismo, bien que nos hablan de las ranas y de los mosquitos, de la lengua de los perros, del mochuelo y de los asnos salvajes, del queso, de la manteca, del aceite y de la cerveza y de las vacas y de las vainas que se dan de comer a los cerdos. Todo ésto no es muy académico, pero el Espíritu Santo no se entorpece con los escrúpulos de nuestros estetas; y el decurso de la oración cristiana, serpenteando a través de toda la obra divina, no está sometido a las reglas artificiales de los preceptistas.

Debe de haber una manera honesta y pura de contemplar las cosas; estas cosas que el Creador formó para cantar su gloria y que el Redentor santificó con su Encarnación. No son despreciables. Conviene no desplegar entre ellas y nosotros, como una pantalla, el espesor de nuestros

prejuicios... No podría el agua inspirar nuestra oración? Y la madera? Y el pescado? Y el rocío nocturno; y el gallo que canta en la mañana? El vestido y las flores; los perfumes y las perlas; el viento que murmura al pasar; el pan sobre la mesa; la cántara, la silla y el techo... todo ha sido santificado, todo ha sido cargado de bendiciones y de inspiración divina por el Verbo; todo habla; corazones atentos hacen falta, **omnia innuunt, sed intellectorem requirunt**. Todo insinúa pero hace falta entendedor.

Rogar siempre no es abstraerse sin cesar de todo lo que nos rodea; no es tampoco, desde luego, distraerse y loquear con todo lo que nos circunda. Rogar siempre es coincidir con toda el alma con el pensamiento divino tal como se manifiesta en su obra; como leer un libro es coincidir con el pensamiento del escritor, tal como se manifiesta en las palabras... Para ir a la zaga de Dios, no debemos, no podemos siquiera dejar la tierra. Es ella su templo y su morada y cada uno de sus detalles cuenta una gloria eterna. Señor, ayúdame a encontraros. Dádme este sentido delicado que, haciéndome amar santamente las cosas, me permitirá comprenderlas y aceptar sus dulces y fuertes lecciones. Enseñadme a mirarlas sin desdén, cuidadoso de descubrir su significación divina y el misterio de amor de que las habéis cargado...

A la buena manera cristiana, yo quisiera, Señor, pasear con Vos mi oración a través de las cosas de este mundo que es vuestro. Yo os encontraré en ellas; porque si no es demasiado difícil saber dónde estáis, es imposible saber dónde no estáis Vos".

Sin conocer la Madre Laura el libro del Padre Charles, que fué publicado con posterioridad a la

composición de **Voces Místicas** y sin expresar sus pensamientos y sentimientos con la finura del intelectual y teólogo francés su postura espiritual con respecto a las cosas era totalmente coincidente con la que se apodriga en las líneas que preceden. Y es que el alma de la Madre Laura era de selección y la mano del Señor no anduvo remisa en otorgarle atisbos e iniciativas geniales.

“Como las Misioneras de María Inmaculada y Santa-Catalina de Sena —escribe la madre— han de vivir en roce constante con la naturaleza y como, por decirlo así, su celda y el sitio de sus amores son los campos con sus aguas, sus peñascos, sus aires, su vegetación, etc., es conveniente que conozcan un poco de las muchas enseñanzas, que Dios, como en jeroglífico, ha puesto en la naturaleza. Y como además es posible que en los campos las encuentre el Esposo cuando venga a darles el toque de llamada para la unión eterna, es muy justo que la naturaleza misma les sirva de intermediaria para sus amores; de vía de comunicación amorosa entre ellas y el Esposo, mientras dura la, aunque corta, larguísima para el amor, ausencia de esta vida mortal.

Otras religiosas tienen constantemente como centro para su amor el Sagrario, de cuya vista no se apartan sino para cumplir algunos deberes ligeros fuera de casa. Las misioneras, al contrario, abandonan el sagrario para ir en busca de sus amados salvajes, a veces por semanas enteras; tienen otras veces que aislarse sin el amado Sagrario, **en ambulancias**, y pasar noches y días de posada en ranchos demasiado helados por la ausencia de todo objeto religioso, algunas veces en sitios que están bajo la influencia más o menos directa del demonio.

Pues bien: todo lo que en este sentido le falta a la Misionera debe llevarlo en el fondo del corazón y en el espíritu haciendo del medio que la rodea un sagrario, un templo y un tálamo de sus virginales amores.

Dios está dondequiera: todo lo llena; todo lo sostiene, todo lo crea, lo nutre, lo ve, todo lo tiene presente. Así, la misionera puede verlo en dondequiera; puede hablarle, concurrir con El en la voluntad de crear, de sostener, de nutrir, de transformar las personas y las cosas. Puede oírlo en los sonidos, y en las alas de los vientos recibir sus besos; puede seguir sus huellas divinas en las montañas y considerar la tranquilidad de su eternidad en los valles; rastrear su belleza en las flores; su majestad, en los ríos; su inmutabilidad en las rocas; su poder en los elementos; su unidad en el fin de cuanto es; su Trinidad en el número, peso y medida de cada ser; su bondad en cuánto la tiene; su justicia en lo nocivo y dañoso, y su amor en todo! Puede en fin imitarle, amarle y arrojarse en su amor por medio de cuanto la rodea.

La naturaleza inerte le habla del reposo eterno de Dios; los seres que tienen vida le mostrarán un pálido reflejo de la vida soberana de Dios. El movimiento le hablará de los atributos operativos de Dios y el reposo le dirá de los quiescentes. En fin, no hay sentimiento o virtud del alma que no pueda ejercitar lanzándose hacia Dios por medio de los seres que la rodean”.

Voces Místicas es un libro minúsculo comparable a un botecillo de perfume. Basta abrirlo para percibir su suave fragancia. El acompaña en sus correrías a estas misioneras de la Madre Laura, habitadoras y caminadoras de la selva, errabundas y navegabundas. Y hay testimonios mul-

tiplicados de que sus páginas han levantado el corazón de las Hermanitas de blanco y azul cuando la naturaleza las ha regalado o las ha sometido al embate de sus mudanzas. En mayo de 1927, una de ellas relataba a la Madre, en larga y amena carta, su viaje de meses a las comarcas remotas del Vaupés. Encontraron, dice, caminos que se diferencian en nada de una pesadilla y ríos grandes y torrentosos como el Umea y el Umadea que hubieron de salvar en una champa o canoa sacudida por el más bravo oleaje. "El susto, dice la cronista, era real; pero cobrábamos aliento al leer y saborear lo que V. R. dice en el tratado de **Voces Místicas** de la naturaleza sobre los malos caminos y lo inseguro de una canoa o vehículo. La seguridad mejor y más dulce son los amorosos brazos de Dios". En **Almas** de noviembre-diciembre de 1954, un anónimo dedica una página a Voces Místicas.

"No hace muchos días, cuenta, en una de esas correrías misionales me tocó con dos hermanas. Todo faltó en el caserío; pero sobre todo el agua, el agua que apaga la sed y reconforta el espíritu. Ni para lavarnos, ni para cocinar. Y en medio de esa escasez, en medio de esa sed de "almas", la Hermana sacó de su bolsillo las **Voces Místicas** y leyó el capítulo del agua. Después de la lectura ya no sentimos la sed ardiente que estaba en nuestros cuerpos. Nuestros ánimos se elevan al ver las maravillas que el Señor ha concedido al agua... Y el agua bautismal regenera en esta ocasión unos siete viejos de más de setenta años haciéndolos jóvenes para el cielo. Gracias, Señor, por todo lo creado. Por tu agua que santifica, que redime...".

Proyecciones de un corazón humano-divino.
Impreso en Medellín en 1948, a juzgar por la fecha de la licencia de la Curia Arquidiocesana. Fué

este libro el último en que la Madre trabajó. Consta de tres partes. En la primera hay 22 proyecciones o meditaciones; en la segunda 39; la tercera quedó empezada: sólo tiene dos. En cuanto al nombre, lo explica así la autora en breve introducción:

“Leyendo el Evangelio, las Profecías y en general la revelación de Dios contenida en la Sagrada Escritura, vemos que, con más o menos claridad, brota de cada línea, de cada pasaje, de cada figura, algo que va formando en nuestra mente como la silueta de un personaje gigantesco, deseadísimo y necesario en el plan de la creación. A la manera que una montaña proyecta su sombra reflejando su imagen cada vez mayor después que los rayos del sol voltean la colina, así mismo vemos que todo en la revelación de Dios va arrojando la sombra de ese gran personaje, que cada vez se agiganta más a nuestra vista y atrae más y más nuestro interés. Este personaje, figurado, pronosticado y proyectado durante cuarenta siglos, es Jesucristo, el que se presentó en la plenitud de los tiempos y el que ahora continúa proyectando sus grandezas en la Iglesia y en las almas santas. El gran Cristo formado por Jesús y su Iglesia.

He ahí el por qué a estas breves reflexiones sobre Jesucristo, les damos el nombre de **Proyecciones** y proyecciones de su Corazón, puesto que aún proyectado, El es la expresión más viva del amor de Dios a sus criaturas”.

Este libro sobre el Corazón de Jesús tiene su historia íntima. Por los días en que lo escribió —cuenta la Hermana María del Dulce Nombre— la Madre andaba embebida en Dios. Me dice un día: —Por fin voy a escribir de tu Corazón de Jesús. Figúrate, hija que hace más de quince días

que este Señor no me deja dormir, me urge a que escriba y casi me dicta. Yo me hago la remolona porque estas cosas me embelesan tanto que me parece me dejo llevar del gusto. Pero anoche, viendo que me inquietaba tanto tuve que decirle: "Déjame dormir, Señor mío, que si amanezco tan trasnochada no puedo cumplir tantos deberes; te prometo que mañana empiezo bien formalita a escribir. Ya con ésto pude conciliar el sueño".

Empezó a escribir las primeras páginas y al leérmelas, me dijo:

—"Anoche me corrigió el Señor; tenía escrita tal palabra y El me dijo: Esa palabra no es apropiada aquí; cámbiala por esta otra y me la indicó.

Alguna noche, según contaba una oblata que asistía a la Madre, ésta le dijo:

—Por Dios, muchachita, sáqueme a ese corredor; estoy ardiendo, me quemó. Ese me va a matar".

La Hermana Oblata creyó que la Madre deliberaba; pero ya en el corredor, comprendió que estaba despierta y advirtió que su rostro estaba encendido y suspirando repetía: Sí, me va a matar.

—Pero, quién Madre, si por aquí no hay nadie?

—Jesús, hija. Pero ya me comprometí con El".

Cada **Proyección** se inspira y apoya en un texto generalmente de la Sagrada Escritura y tal cual vez de algún Santo Padre. El tema y el desarrollo del libro los hizo representar la Madre en un cuadro que se llama "La comarca divina" y que actualmente se conserva en la Casa de Belencito.

Lamos de luz o pequeñas irradiaciones amorosas de algunos textos de la Sagrada Escritura.

Lamos de luz emanados de las verdades propuestas por San Ignacio de Loyola en la primera semana de ejercicios, tomo III (Medellín 1944).

El lector conoce ya la admiración, la veneración y el gusto que la Madre Laura sentía hacia la Sagrada Escritura. No ha de sorprenderle pues, que tales sentimientos vinieran a confluír de manera especial en estos dos tomos de glosas iluminadas y cálidas a versículos de la Biblia que el Señor dió a entender y gustar a la Madre en sus ratos de oración. Pensó la autora que "cuando Dios da, para todos da" y quiso hacer a sus hijas primeramente, y luego a todas las almas, partícipantes de estos íntimos regalos del Señor.

"Comprendiendo, escribe en la introducción, que estas luces recibidas en la oración, son verdaderas gracias actuales que lucen en el alma con rayos o claridades pasajeras y que alumbran por un momento, durante el cual hacen su propia obra en el alma que las recibe, y luego se apagan, determinó darles el nombre de "Lampos", pues según el diccionario español, lampo es un resplandor fugaz. De modo que lo que la autora recibía eso escribía para sus hijas; aunque rebajado por el molde de la palabra humana que no alcanza a expresar las cosas celestiales, tales como son... Oh impotencia dolorosa !Oh negación cruel! Oh luz tan oscura! Qué pequeño sale lo divino después de pasar por el elemento humano! Qué duro es este destierro por el cual hasta las voces que de Dios suenan en el fondo del alma, al salir al exterior se desvirtúan! Hasta las luces celestiales se ennegrecen, hasta los hábitos del Espíritu Santo se rebajan! Bien sabido es que como la gracia se adapta a la naturaleza de la persona que la recibe, estas luces de Dios, verdaderas gracias actuales, también han debido adaptarse a la naturaleza un tanto sencilla y aún campesina y poco cultivada de la autora".

El tercer tomo de Lamos encaja plenamente en la escuela ignáciana de los ejercicios espirituales, con una particularidad; que se ciñen a la primera semana.

“Ordinariamente —dice la Madre en la introducción— en la vida cristiana se estudia y se medita mucho todo cuanto se relaciona con el gran beneficio de la Redención, y con mucha razón porque en ella, más que en ningún otro misterio, es el pecador objeto de las misericordias de Dios y puede decirse que a todo pecador le importan tanto los misterios de la redención como si él fuera el único delincuente del mundo; esto es, como si el misterio asombroso de la Encarnación y redención se hubiera verificado para bien de cada uno, individualmente... Más ésto no nos dispensa de ocuparnos un poco más de lo que ordinariamente lo hacemos, en otro gran beneficio que corre casi parejo con el de la Redención: La Creación. Oh! Creación! Redención! He aquí dos corrientes de la bondad divina derramada en el hombre! Por eso, de inimitable manera, la Iglesia dice y nos enseña a llamar a Dios con la frase: Creador y Redentor mío, en el acto de contrición que anda en boca de todos los cristianos... En unión con el gran santo cuyo lema fué y es hoy para sus hijos: **La mayor gloria de Dios**, quiere esta criatura dar a sus hijas, misericordiosamente llamadas por Dios al apostolado entre infieles y salvajes, estas como complementarias reflexiones, a fin de que más eficazmente trabajen por vivir siempre en los sentimientos que corresponden a la criatura, esto es, en la dependencia y sumisión más absolutas y honrosas para Dios. Oh, si todos comprendiéramos qué es ser criatura, lo que es tener un Creador! Sin duda no pecaríamos y el infierno se habría quedado espe-

rando sus rebeldes habitantes... Recomendamos mucho a las hijas de la Congregación que procuren aprovechar bien estas meditaciones que las escribimos con el alma en la pluma”.

Acerca de **Lamos** emitió un juicio certero y altamente laudatorio el R. P. Juan Gorricho C. M. F., insigne polígrafo y estudioso de la espiritualidad ignaciana. Dice así:

“La Madre Laura de Santa Catalina es un prodigio de la Gracia, elaborado por el Espíritu Santo en las tierras de la “Viña Joven”, en Amé-rica tierra de promisión.

Su vida, cuando vea la luz pública, llamará poderosamente la atención: tan dilatada y múltiple fué su apostolado, tan ricos los dones del Espíritu Santo que colmaron su alma regia, tan fina y constante su correspondencia a los toques de la gracia. Una faceta, altamente simpática de la Madre Laura es su talento de escritora religiosa y aún mística. He saboreado los tres tomos agrupados bajo el expresivo título de “**Lamos de vida**” que son una delicia de las almas. Sobre las macizas verdades en que San Ignacio asienta la ciclópea arquitectura de los Ejercicios, la Madre Laura ha sabido bordar bellísimas filigramas de espíritu que diluyen las altas lecciones del Patriarca de Loyola. Parécese la Madre Laura a las abejas que, aprovechando las quiebras de hirsutos peñascos, cuelgan de ellos sus panales. Cada lampo es un panal y la abeja solícita y hacendosa, la Madre Laura. Así, entre las junturas del arcaico acueducto segoviano anidan los pájaros que con sus gorjeos alegran el histórico azoguejo. Otros **Lamos** se apoyan en textos de las Santas Escrituras. Qué atisbos tan hondos y geniales tiene la Madre Laura sobre las verdades de los Ejercicios ignacianos y sobre las palabras santas! Qué

observaciones tan finas y delicadas para el provecho de las almas! Qué aromas tan confortantes despiden los escritos de esta egregia fundadora! Qué fuego de espirituales afectos circula por estas páginas de meditación! Al fin y al cabo, retrato de su propia alma. Con sus libros en la mano, las almas, particularmente las de sus hijas misioneras, sabrán orar y remontarse a la unión con el Amado. En ellos hay algo de la unción de San Francisco de Asís, de la serena elegancia de San Francisco de Sales, del donaire de Santa Teresa, de los afectos seráficos del Padre Claret. A ratos, como toda alma mística poeta, esmalta sus meditaciones con algunos versos que concentran la esencia de sus pensamientos. Pero los versos no son el fuerte de la Madre Laura y le resultan, por lo común, mediocres. Ella, en su afán apostólico, no escribe por amor al arte, sino por amor a las almas. Su prosa, en cambio, es con frecuencia de la más alta calidad”.

Destellos del alma. A manera de versos para mis hijas cuando crean poder utilizarlos en bien de sus almas.

Desde su niñez la Madre Laura fué aficionada a la poesía, leyó composiciones selectas, aprendió no pocas de memoria y solía recitarlas, aún en sus días postreros, de frente ya a la eternidad. A ratos se puso todavía a versificar. ¿Quién no lo ha hecho en Colombia? Digamos ante todo que la Madre Laura fué la primera en no conceder demasiada importancia literaria a sus versos. Ella misma los denominó **desversos**. Y el Rvdmo. Padre Currea S. J. le decía:

—Madre, sus versos hay que medirlos con un cauchito...

Para poetizar tuvo el pensar hondo y el sentir delicado; pero le faltaron el oído y el numen.

No le fué dado perceber y traducir ese logro inefable que resulta de concertar la melodía interior con la melodía verbal, obedientes ambas a normas de ritmo y de cadencia. Y aún le faltó algo más, ese hálito misterioso gracias al cual puede a veces captarse la poesía incluso en medio de una versificación irregular.

En cambio, en los escritos en prosa de la Madre Laura no es infrecuente sentir el aire en vuelo de la auténtica poesía.

Los versos que en "Destellos" leemos brotaron de su alma en momentos de singulares experiencias religiosas y aún místicas, que la Madre suele describir o narrar como preludio de las estrofas. Y a menudo se entreoje más poesía en estas notas preliminares que en la composición que las sigue.

Valga un ejemplo. Sea la composición titulada "El muerto amado". "Siempre el Señor resucitado impresionó a nuestra Madre de un modo especial y en el año de 1930 confesaba ingenuamente que su fervor hacia El le inspiraba deseos de llamarlo **Muerto**, como con cierta ironía amorosa, por lo cual y como para saciar este extraño deseo hizo las siguientes estrofitas:

“Qué florecido sale
El muerto amado;
del sepulcro viene
oliente a nardo!

Cuatro claveles mi Muerto
tiene en sus manos y pies,
y en el costado divino
hale nacido un vergel.

Chorro de encarnadas rosas
vierte el divino costado

quedando de escarlata, paso
al Corazón del Amado.

Han florecido ellas,
sus llagas amadas,
no con azucenas bellas,
ni con rosas encarnadas,
ni con gardenias blancas,
sino con fúlgidas estrellas.

Su humanidad florecida
viene cariñosa y bella
más que de la mañana
el lucero que rielas
y más que de los Magos
la misteriosa estrella.

Qué florecido viene
mi Muerto amado!
Del sepulcro sale
oliente a nardo!

Catecismo catío-Español para uso de las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena y sus neófitos y catecúmenos”.

En la nota necrológica que **El Colombiano**, periódico de Medellín, dedicó a la Madre Laura a raíz de su muerte, se decía entre varios conceptos, muy elogiosos:

“Para la R. Madre Laura no hubo obstáculos que no venciera su indomable y magnífica decisión. Cuando empezó a misionar por Urabá tropezó con un inconveniente: el idioma. Ni ella sabía el dialecto indígena, ni los indios se expresaban en español. Al principio conseguía hacerse entender por medio de gestos, pero la catequización necesitaba un medio más eficaz y rápido. Y la

Madre Laura, hizo todo el sacrificio porque fué toda vocación: se propuso aprender el dialecto y en pocos días se hizo a los secretos de la lengua catia. Ella misma reconstruyó la gramática y con tan excelentes facilidades compuso un catecismo en dialecto, obra portentosa donde se mide con exactitud la vivísima inteligencia de aquella mujer admirable”.

En esta nota periodística, como en toda producción influida por los apremios y la sicología llamativa de la prensa, habría que aquilatar y ponderar los datos. No parece que la Gramática catia fuera obra suya, sino de una de las primeras misioneras, inducida y alentada a ello por la Madre. En cuanto al catecismo, puede reclamar para sí el proverbio romano: **Habent sua fata libelli**. Tuvo también sus hados y sus hados adversos.

En primer lugar no gustó a los enemigos de la Iglesia.

En “**El Correo Liberal**” de Medellín, martes 11 de febrero de 1919, un periodista, amparado bajo el seudónimo de Juan Mínimo, después de copiar lo que el **Catecismo** dice acerca de la Santísima Virgen, concluye:

“Sobra cualquier comentario que se haga sobre esto. Pero sí cabe preguntar: Cuántos indios serán capaces de leer y escribir los párrafos copiados? ¿Cuánto cuesta al Departamento de Antioquia semejante enseñanza, tan práctica y trascendental, que se da a cada indio? Que para responder se preste atención a la conciencia y no al espíritu de secta o de partido”.

Mucho le dolía al patriota Juan Mínimo lo que las abnegadas y heroicas Misioneras gastaban, con sueldos de hambre y de vergüenza, en civilizar y

cristianizar indios. Por lo demás, habría que ver dónde estaba el espíritu de secta, si escribiendo sueltos embozados en un periódico de Medellín o dando la cara a las durezas del apostolado en el clima ingrato de Urabá.

Pero, la verdad sea dicha, el **Catecismo** tampoco gustó en la Curia arquidiocesana de Medellín. Y por su mandato, según parece, hubo de ser incinerada toda la edición, cosa que la Madre se apresuró a cumplir con absoluta y gozosa obediencia. De ahí que en la actualidad sean muy escasos los ejemplares existentes. El **Catecismo** tuvo un defensor en el Padre Elías que en carta a Monseñor Francisco Cristóbal Toro le decía:

“No he tenido parte en el famoso **Catecismo Catío-Español**, ni sabía nada de él hasta que lo vi impreso; pero no obstante había observado en la enseñanza algunas cosas raras y hasta indiqué algunas a la Madre, pero en las explicaciones de ésta y sobre todo observando la progresiva educación del indio me parecieron hasta convenientes, digo necesarias. Eso de comer en el cielo carne de marrano es un despropósito para los niños acostumbrados a oír de sus madres los dogmas de nuestra sacrosanta religión, pero no lo parece tratándose de estos indios que no tienen idea alguna de otros placeres que los groseros del cuerpo. Con este cebo prestan atención y se dejan enseñar y así paulatinamente —y bien despacio tiene que ser— van aprendiendo.

No es igual dar una clase de teología que una catequesis a los niños y hay una distancia muchísimo mayor del indio al niño de las escuelas que de éste al aventajado estudiante de teología. Yo me maravillo de lo poco que entendía esto cuando vine a Colombia. Es preciso penetrar en las selvas y dar clase a los indios para aprenderlo. Por

eso me he reído desdeñosamente al leer algunos artículos hasta de religiosos, que han hablado del catecismo. Y en parte experimental. Cuando yo les hablo, no me entienden una palabra; es preciso, si quiero dar a entenderme, martirizarme disparatando, pero disparatando bien, es decir, según sus giros y modo de hablar, que es precisamente lo que hace el **Catecismo Catío-Español**. Y alguno ha hecho el grande invento, descubriendo que no está conforme con la Gramática, por lo cual debe ser desechado. Si de mí dependiera reformaría el **Catecismo** quitando algunas frases crudas que escandalizan los oídos delicados y que son miel sobre ojuelas para estos pobres indios... Desde que han entrado estas Hermanas en la vida íntima del indio, está sublevado el infierno. No se necesita ser vidente para verlo...”.

Y en carta de 1º de mayo de 1919 a Don Juan B. Londoño que había influido en la publicación del libro, le dice:

“Mucho sentí el percance del famoso **Catecismo Catío-Español** por lo que a Usted podía afectar. Siempre resulta dolorosa la prohibición de un opúsculo en que tan de buena fe trabajó Usted, solo por la Gloria de Dios y por hacer a esta misión todo el bien que puede.

Dios, que premia no el éxito de nuestras obras sino la intención con que se hacen, se lo tendrá en cuenta. Por lo demás en todas estas cosas yo veo claro que todo el infierno junto se ha complicado contra esta naciente Congregación de Misioneras en la que parece entreverse un árbol frondoso que cobija bajo su sombra a todos los indios de América. Dios, que todo lo hace bien, no puede reunir treinta jóvenes vírgenes misioneras, como las que tiene ahora la Congregación, dotadas de un espíritu de sacrificio a toda prue-

ba, sin un fin grande y éste no parece ser otro que la redención de los indios, algunos de los cuales, sobre todo estos de Occidente suman a un sin número de desgracias la no pequeña de vivir entre algunos llamados civilizados que son mil veces peores que ellos y que están dedicados al ejercicio diabólico de arrancar de los corazones las preciosas semillas que estas vírgenes saben sembrar magistralmente. Oh, que gloria tan grande tiene Colombia en esta Congregación antioqueña”!

Fruterito. Fué costumbre de la Madre sostener el espíritu de sus hijas en constante recogimiento con unas saetillas o máximas que la Madre llamó **fruticas** y legó a su comunidad recopiladas en un cuadernillo titulado y cariñosamente amonorado con el nombre de “**Fruterito**”. He aquí bellamente explicado su origen y su título.

“Cuando un padre sale con su niña a la arboleda, sube a los árboles y comienza a tirarle frutas que ella, embelesada, recibe en su delantal. El padre, al tirárselas, va diciéndole: ésta es para tí, ésta para que lleves a tu madre; ésta otra para tu hermanito; ésta tan hermosa se la llevas a tu maestra, la otra a tu criada. Pues bien, Dios mío, yo soy esa niña. Recibo las frutas del árbol de tu Corazón. las voy a recopilar en este Cuaderno, para que cuando sea tiempo, el señalado por nuestro mismo Corazón, me digas a quienes debo darlas. No importa que ahora no sepa lo que debo hacer de mi precioso depósito. Lo sabré a tiempo, por tarde que me parezca, porque es un hecho probado que Dios no gasta afán y siempre llega a tiempo. Quedo pues, muy tranquila”.

Nociones sobre usos y costumbres de los Catíos en el Departamento de Antioquia. Este notable estudio fué publicado, aunque solo en parte, con

la firma de la Madre Laura, en el "**Repertorio Histórico**", órgano de la Academia Antioqueña de Historia, en los números de abril y octubre de 1923.

El estudio es original de la Madre María de Betania, aunque pudiera ser que tanto la fundadora como las compañeras de apostolado hubieran aportado sus observaciones sobre el tema.

Conocidos los originales por el docto Eudista francés Padre Enrique Rochereau, le causaron tan agradable impresión que decidió enviarlos al Profesor Rivet, secretario general de la Sociedad de Americanistas de París. El Profesor Paúl Rivet, etnólogo y americanista mundialmente conocido, respondió diciendo: "Admirable el trabajo y admirable la mujer que ha escrito tales apuntes" y los hizo publicar, con nota introductoria y aclaratoria, en el "**Journal de la Société**". Conste en todo caso, que si la obra no es de la Madre Laura, ésta, como mujer culta y apostólica, percibía muy claramente el valor de los estudios indigenistas. En marzo de 1928 la Madre enviaba desde Santa Fe de Antioquia unos rudimentos de **Gramática Católica**, ordenados por una de sus Misioneras, seguramente la misma Hermana Betania, al sabio sacerdote don Juan Manuel González, después ornamento del episcopado colombiano por su virtud, su sabiduría y su silencio heroico. Quería la Madre saber si según su autorizada opinión, esa **Gramática** podría ser presentada también a la Sociedad de Americanistas de París. Y añadía:

"Mi único interés en ello es atender a los deseos del Santo Padre que quiere darles importancia a las misiones haciendo que produzcan algo también en favor de las ciencias:..."

El original de la **Gramática Católica**, libro de 88 páginas y dieciséis lecciones con sus correspondientes ejercicios prácticos, reposa actualmente

en el Archivo de la Curia General, en Belencito.
Autobiografía o historia de las Misericordias de Dios en un alma.

Este libro permanece inédito en el Archivo General de las Misioneras. Existe el original, una copia exacta a máquina y otras copias con prudentes supresiones. Estas últimas copias también a máquina.

Su origen es el siguiente. Por los días en que el Ilustrísimo Padre Arteaga predicó ejercicios a las Misioneras reunidas en la casita de Rioverde, según queda referido, hubo una Hermana que se atrevió a sugerirle:

—Ilustrísimo Padre, por qué no manda a nuestra Madre que escriba su **Autobiografía**?

—Lo haré, contestó, Monseñor cuando ella haya acabado la redacción y el retoque final de las Constituciones.

Y así sucedió, con sacrificio grande para la Madre, que sabía muy bien que es bueno y conveniente ocultar los secretos del Rey, pero con alegría y esperanza de grandes provechos para sus hijas las misioneras.

Gracias a esta bienhechora astucia filial la literatura religiosa y hagiográfica se ha enriquecido con un documento de primera calidad que hoy ha prestado inapreciable servicio al primer temerario biógrafo y mañana, de ello estoy seguro, dará mucho que estudiar e investigar a los especialistas de la hagiografía y de la mística.

El libro es fruto de la obediencia y de la voluntad de sacrificio.

“Entra en mi programa —así comienza el prólogo— obedecer hasta morir, porque si el amor es fuerte como la muerte, su hija la obediencia lo ha de ser también. Por ésto, pasando por encima de mi deseo de quedar olvidada, comienzo a es-

cribir esto, que puedo llamar **historia de las misericordias de Dios en un alma...** Me olvidaré por completo de carácter humano de V. R. No atenderé sino al sacerdotal; veré algo más si cabe: a Cristo Jesús en sus relaciones con mi alma y por eso no guardaré consideraciones de molde humano; le escribiré como si lo hiciera a Dios mismo, porque si no es a Dios mismo, no es posible mostrarle lo que El ha guardado en el relicario más cerrado, cual es el alma humana. No le parece, Padre mío?...

Supongo que V. R. no estará todavía muy hecho a mi modo de entender y expresar las cosas que según me han dicho, es raro y un poco fuera del carril común; quizás porque casi siempre que pienso o hablo, me pongo del lado de Dios, y como lo ordinario es que se piensa y se habla colocándose del lado de acá abajo, no todos me entienden. Por eso, Padre mío lo autorizo para que, cuando una idea no me quede comprensible, es decir, cuando no llene el objeto de nutrir las almas, para quienes Dios me las ha dado, me lo advierta con la libertad de quien es dueño de la cosa”.

A continuación la Madre expone de manera sublime su idea sobre el ser y el no-ser de la criatura; sobre las expresiones **yo** y **mi vida**, que le parecen impropias, pues “cuando yo digo **mi vida**, quiero decir, esta **agonía** con la cual es preciso acabar para encontrarla en Tí, **vida Única**” y finalmente su teoría espiritual y vital de los **dos rayones**: el negro y el de luz, el de ella y el de Dios; “el negro porque es un jirón de nada, un poquito de poquedad” y el de luz porque es real, es amor, es vida, es un eterno presente, es lo que es...”.

¿Qué decir ahora de esta **Autobiografía**? No creo me anuble la vista el hecho de contarme entre

los muy pocos que hasta ahora han podido entrar y p̄asearse libremente por este "hortus conclusus", huerto florido y cerrado, por donde antes ha revoloteado el Espíritu de Dios.

Ni creo tampoco que me haga blandear y la-dear mi condición de coterráneo y primer biógrafo de la Madre Laura. Pero, objetivamente sope-sando las cualidades y establecido un cotejo razo-nado con otros modelos del mismo género que go-zan de dilatada sonadía en la literatura eclesiás-tica, no creo desorbitar las cosas si afirmo que la Autobiografía de la Madre Laura Montoya está a unos deditos tan solo de esos monumentos no pe-recederos que son las **Confesiones** de San Agustín la **Autobiografía** de San Ignacio, la **Vida de Santa Teresa de Jesús**, la **Autobiografía de San Antonio María Claret** y la **Historia de un alma**, de Santa Teresita del Niño Jesús.

¿Extraña la afirmación? ¿Audaz? ¿Exagera-da? No ve uno por qué. Y primero de todo, la ma-no del Señor no se ha abreviado y lo que antaño o casi en nuestros días le concediera al Africa, a España o a Francia, bien puede concederlo a las cristiandades de América.

En este libro, —y es lo primero que se sien-te— palpita la vida y una gran vida. Es un docu-mento lleno de humanidad, caliente de alma. To-do en sus páginas está vivido y está dicho con emoción y con pasión hasta subyugar el ánimo y dejarlo muy cerca de Dios. La peripecia humana y la trayectoria mística de la autora discurren por todo el libro tan trenzadas, tan unificadas, que ya se le mire como relato histórico, ya como radio-grafía síquica, ni tiene desperdicio, ni podrá ser olvidado en adelante por los cultivadores de la historia de la espiritualidad.

Discurriendo sobre autobiografías, el maestro Lain Entralgo se pregunta:

“A quién cuenta el hombre su vida cuando en verdad quiere contarla? Tres respuestas son posibles: el hombre puede contar su vida a Dios, a sí mismo y a los demás hombres. Nacen así tres géneros literarios, humana y literariamente distintos: las “confesiones”, los “diarios íntimos” y las “memorias”.

“San Agustín **confiesa** su vida a Dios. Los hombres son testigos de la confesión, la cual en consecuencia, está dirigida a sus posibles lectores con un designio rigurosamente adoctrinador, edificante. Por eso, las confesiones no son nunca cínicas, aunque a veces lleguen a ser terriblemente sinceras...”

Hay autobiografías extravertidas, exteriores, de hechos superficiales o si se quiere importantes en los que se regodea la vanidad del autor y se alimenta la curiosidad del lector. A esta manera pertenecen muchas de las memorias de personajes o actores del mundo político o literario.

Hay autobiografías de carácter intimista, en que parece que un alma se nos entrega con toda su vibración interior y su proyección hacia fuera. Prototipo de ellas es el libro de las **Confesiones** de San Agustín. Y en tal escuela figura y llegará a descollar la Autobiografía de la Madre Laura. Con las **Confesiones** se asemeja en la combustión permanente de su alma y en ese dialogar frecuente con Dios que hace de ambas obras más una meditación suspirante y llameante que una narración atemperada y serena.

Del Libro, además, emana el calor de la sinceridad y de la convicción. Vendrán quiénes aquí latén, particularmente en lo que atañe a interpretación de actitudes adversas a la Congregación,

todos y cada uno de los hechos narrados por la Madre; ella los narra como los vió y como lealmente los creyó y siempre en relación con sus miras altísimas que fueron la gloria de Dios y la salvación de las almas. En cuanto a los fenómenos místicos, en gran parte dilucidados en esta biografía, uno cre que tal como la Madre los revela, no es posible inventarlos. Y dado que una imaginación fecunda y el conocimiento de casos similares pudiera sugerir amañadas imitaciones, lo que no se puede inventar es, por decirlo así, el tono cordial de la voz y del estilo y ese calor de verdad y de sinceridad que emana de las auténticas vivencias. Por otra parte, como ya se indica en otro capítulo, esos fenómenos tienen como argumento de veracidad el respaldo de una vida entera gloriosamente quemada en empresas y virtudes patentes y nada sospechosas.

Por este aspecto de la contribución a los estudios místicos, la Autobiografía podrá constituir una fuente notabilísima pues en ella se dan a menudo aquellas tres mercedes, o separadas o conjuntas de que habla Sta. Teresa en su **Camino de Perfección** (XVII 5): "Una merced es dar el Señor la merced, y otra el entender qué merced es y qué gracia; otra cosa es saber decirla y darla a entender cómo es..." Las referencias de la **Autobiografía**, particularmente las insertadas en el capítulo "**Por la Secreta Escala**" probarán luminosamente que la Madre Laura recibió altísimas mercedes y a la vuelta de inevitables balbucesos ante lo inevitable, que han experimentado y lamentado todos los místicos, supo darse a entender, a veces con tal viveza y grafismo de expresión que algunas de sus páginas pasarán, de seguro, a las antologías de la literatura mística.

Literariamente considerada, la **Autobiografía** ostenta magníficas preesas. Tiene ante todo esa **vitalidad** que varias veces hemos ya ponderado como cualidad avasalladora en toda clase de escritos. San Agustín en una de sus frases lapidarias decía: "**Quid est cor meum nisi cor humanum?**" Late en estas páginas de la fundadora colombiana una humanidad rebotante de vida interior y de actividad exterior. Y por eso, por humano, el libro acompasa con nuestro corazón.

La escritora además, es amena, sabe condimentar con interés los variadísimos episodios, toca unas veces al corazón y otras a la fantasía del lector y todo gira en torno a una idea central: la obsesión misionera de una grande alma y la concreción paulatina de una nueva milicia al servicio de Cristo y de la Iglesia en el escenario a veces maravilloso y a veces terrorífico de la selva virgen americana. En una palabra: todo concurre a hacer de esta Autobiografía un libro clásico, delicioso por su contenido y adoctrinante por su ejemplaridad multiforme.

La Madre al escribirla, pensó en sus hijas. No hay por qué escandalizarse de ello. Las Confesiones de San Agustín fueron devoradas por los contemporáneos y discípulos espirituales del gran Obispo. San Antonio María Claret redactó su autobiografía por mandato del confesor para aprendizaje de sus hijos los Misioneros. Santa Teresita soñaba en el bien que a tantas almas haría la historia de la suya. Y es que, como finalmente advertía **Consummata**: "Hay santos o grandes personajes que son expropiados para utilidad pública", cuanto más si han desempeñado una función de paternalidad y de magisterio espiritual.

Para decir toda la verdad sobre esta Autobiografía, no callaré que tiene un defecto extrínseco notable: carece, casi por completo de indicaciones cronológicas. Rarísima vez pone fechas la Madre. Y ello hace que el lector, y más si este quiere informarse en plan científico o histórico, camine a oscuras y no pueda con facilidad situar, relacionar y sincronizar unos hechos con otros.

Si alguna vez llegare a publicarse —y quiera Dios que se realice cuando la prudencia lo permita— será menester suplir esa deficiencia cronológica, apuntando al margen o en notas las fechas precisas de los acontecimientos sacadas del epistolario de la autora, de otros escritos suyos y de recuerdos de las contemporáneas. Los últimos conceptos sobre la Autobiografía de la Madre Laura los dirá el Excmo. Padre Bernardo Arango S. J. Obispo de Barrancabermeja a expresa petición del autor de este libro:

“Con mucho gusto le doy mi opinión, escrita y firmada, sobre la Autobiografía de la Madre Laura. La leí con atención y cuidado especiales, no omitiendo nada de ella. Tengo que confesar que su lectura me hizo mucho fruto espiritual y que sentía el fervor sensible y como la presencia de Dios mientras la leía. Creo que en toda esa vida se retrata una verdadera y auténtica santa, guiada por Dios desde los primeros días de su infancia hasta el último de su vida, sin querer hacer sino la santísima voluntad de Dios.

Me parece que la lectura de esa vida de la Madre Laura hará sumo bien a las almas bien dispuestas, a las que no la lean con prevención, y aún a estas quizás las convenza de la elevada santidad de esta gran fundadora de misioneras.

Naturalmente que hay en la vida de la Madre Laura cosas de subido misticismo que no to-

dos podrán comprender ni por lo tanto apreciar como se merece; pero eso no creo que sea obstáculo para que la vida se publique cuanto antes y a poder ser, suprimiendo tantas omisiones que se han reemplazado por puntos suspensivos. La Autobiografía debería conservarse exactamente como salió de las manos de la Madre, sin suprimirle nada, a no ser que hoy por hoy, lo reciente de algunos hechos, aconseje proceder con cautela”.

Almas órgano del Instituto Misionero de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena. Empezó a publicarse esta revista en la ciudad de Antioquia, en Abril de 1936. Naturalmente la inspiradora, la directora, la colaboradora en muchos números casi exclusiva fué la Madre Laura. No podía ocultársele a mujer tan perspicaz y tan apostólica la eficacia poderosa de la prensa como vehículo de ideas e instrumento para el bien o para el mal. Y desde 1936 hasta 1949 ella repartió desde **Almas**, sus enseñanzas y difundió su calor misional.

Unas veces con su nombre, otras con las iniciales M. L. o con los seudónimos **Ur de la Mar Diunitri**, etc., rememora, comenta, sugiere y siempre enseña. Maestra al fin y al cabo, de palabra y por escrito, de las ciencias humanas y de las ciencias divinas. De sus colaboraciones podrían formarse nuevos libros: como se hizo ya con las **Cartas Misionales** y con los **Paralelos**, incluidos en voces Místicas; pero la sección **Perlas** o anecdotario misional daría para un bonito volumen y sobre todo los **Brochazos**, que ella empezó a publicar en enero de 1938 y que se detuvieron con un **continuará...** en abril de 1948. Posteriormente aún hay alguna colaboración de la Madre como la titulada: **Una grande alegría** (julio de 1948) en que se refiere a la adquisición de un crucifijo por

parte de un sacerdote y de unas misioneras sumidas en la pobreza.

Volviendo a los **Brochazos** son una historia hacia fuera de los principios y fundación de la Congregación, en gran parte extractados de la **Autobiografía** a la cual, a veces, perfilan o complementan. El futuro historiador de la Congregación, como el que acometa la ardua empresa de escribir una biografía de valor permanente, elaborada con el subsidio de los archivos, con el testimonio oral de los conocedores de la Madre y con más perspectiva histórica, no podrá lícitamente prescindir de los **Brochazos** y deberá intentar la necesaria concordancia de los mismos con la **Autobiografía** y con otros relatos alusivos particularmente a las misiones de Urabá. En alguna de sus cartas, el Ilmo. Padre Toro S. J. le advertía que en **Brochazos** diluía la historia con exceso. La Madre le respondía a 9 de octubre de 1941:

“Muy bien está lo de que diluyo mucho en **Brochazos**; pero no crea que me da noticia; yo misma lo siento y veo y me asusto de cómo los lectores no reclaman. Voy a ver si me enmiendo. Dicen que uno puede todo lo que quiere; pero estoy tan vieja y es resabio tan característico!...”

¿Por qué no terminó la autora sus **Brochazos**?

Seguramente por razones de discreción y de prudencia. Ante los temas que estaba exponiendo, lo reciente de los hechos y la intervención en ellos de personas eminentes por su jerarquía y sus virtudes, su sobrina Ana Teresa Montoya le aconsejó que no continuara.

—Pero, Madre, le decía, ¿todo eso es verdad y se puede comprobar?

—Sí, respondió, todo lo puedo respaldar con documentos.

Peró el consejo oportuno cavó hondo en su alma y esa noche le ahuyentó el sueño.

Y ofreció al Señor cortar el hilo de sus relatos. De ellos se hizo pulcra edición en la Editorial Cocolsa de Madrid con el título "La aventura misional de Dabeiba" (XII-580 pp.). El tema habitual de ALMAS es el misional. Es notable, por su valor etnográfico, la respuesta a un interrogatorio de Monseñor Henao Botero que se publicó en **Almas**, septiembre de 1937.

Los cultivadores de la etnografía no podrán desdenar las humildes páginas de **Almas**. Como tampoco los historiadores de las misiones colombianas. En febrero de 1951 la revista anunció una segunda etapa, en editorial debido a la pluma del R. P. Aníbal Wiedemann, capellán de las Misioneras de Belencito. "No disfrutamos ya —escribe— la exquisita fruición de leer en sus páginas los jugosos artículos de la Madre Laura, tan insinuantes y conmovedores, llenos todos ellos de las más brillantes ideas, de los más tiernos y encendidos afectos y del más apostólico afán por lograr la universal conquista de las almas para Dios... La Madre Laura daba a sus lectores en cada uno de sus artículos un pedazo de su alma. En cualquiera de ellos se advierte ese maravilloso poder de convicción que siempre la caracterizó, así en su ameno trato y exquisita conversación como en sus admirables escritos..."

Desde su humilde y sencilla aparición **Almas** se ha diseminado por todo el territorio del país y aún fuera de él, llevando a todos los buenos corazones el mensaje de Dios. Su presentación pobre y modesta no ha sido óbice para que la luz que difunden sus páginas y la doctrina que ellas entrañan, logren la realización del bien que su Fundadora se propuso al publicarla. Su lectura ha

despertado muchas y firmes vocaciones, ha sembrado apostólicas y santas inquietudes, ha reanimado el entusiasmo de muchos espíritus negligentes y ha contribuido en gran manera a la difusión del reino de Cristo en las almas infieles”.

Para que el recuento bibliográfico de la Madre Laura quede cabal y redondo habrá que mencionar su epistolario, coleccionado en once tomos con cerca de tres mil cartas dirigidas a Prelados, gobernantes, religiosas de su comunidad, sacerdotes a familiares y particulares. En su epistolario hay cartas en todos los tonos, reverentes, admonitorias, persuasivas; para explicar, para suplicar, para rebatir. La pluma le corre en ella con llaneza y siempre con franqueza absoluta. Constituyen un tesoro para el estudio de su alma, para la comprensión de su intensa vida, para la historia de su Congregación.

Fecunda, notable escritora fué la Madre Laura Montoya. También por sus escritos entrará, con señorío y con gloria, en la historia de Colombia.

FELIX RESTREPO S. J.

el humanista dinámico

(1887 - 1965)

SEMBLANZA Y ELOGIO DEL R. P. FELIX RESTREPO S. J.

Desde el corredor alto de la casona campestre de San Claver, asentada en un rellano de los declives andinos, tierras abajo del Tequendama legendario, se divisa un ancho, disparejo, luminoso panorama.

Es grato acodarse sobre la baranda, que exornan enredaderas profusas, pasear las miradas y echar de vuelo el alma por esas vastedades y honduras del horizonte inconmensurable. Al medio día veraniego, bajo un sol de gloria, la casona, entre un espeso batallón de árboles, se arropa en silencio, mientras a lado y lado vigila la crestería de los Andes, que se van abriendo en ángulo y en descenso hacia las hondonadas del patrio Magdalena.

El terreno es quebrado y su geográfica tapicería es multicolor, aunque dominada por los azules del cielo y de las lejanías y por la gama de los verdes vegetales.

A ratos, el joven de dieciocho años —dieciocho años, Dios mío! y el alma enjambrada de inquietudes y de ensueños— apostado en el corredor, de frente a lontananzas neblinosas, percibe las tufaradas de los árboles frutales, los aromas errantes y súbitos de limonares y piñuelas o el revoloteo juguetero de los pájaros más lindos o de los colibríes enjambados y diminutos que vienen a libar en las flores de la enredadera doméstica, suspicaces de su belleza y de su libertad. La tar-

de y el anochecer bajan sobre la casona veraniega y montañesa con una majestad de abrumadora poesía.

En la cordillera esfumada y morenecida ve uno parpadear los collares de luz de los pueblecitos remotos, mientras allá, en el cielo hondo, empieza su desfile lentísimo la más limpia estrellería. En cambio, la noche se puebla del rumor intenso de la vegetación tropical y el muchacho oye atemorizado la orquesta polifónica que el viento levanta de los cafetos, de los guamales y de las anchas hojas de las sonantes bananeras.

Hacia ya años que el estudiante de negra sotana y sus compañeros de clerical milicia no habían dejado la primavera sempiterna de la altiplanicie de Bogotá. Y ahora estábamos viviendo ahí, gozosamente, con el alma joven toda abierta, desplegada y vibradora, el reencuentro con el trópico y sus generosas dádivas de luz, de sonidos, de panoramas y de frutales.

Y sucedió que uno de aquellos días de San Claver, el muchacho de los dieciocho años, observó desde el balcón de sus visiones demoradas y paleadas, que dos jóvenes sacerdotes aparecían ante la casa saliendo de la sombra de los follajes exuberantes. A poco, el grupo claretiano rodeaba a los dos visitantes jesuitas, dueños de la casona y autores de hospedaje tan jubilosamente aprovechado y siempre agradecido. Treinta muchachos, agrupados en el corredor alto de San Claver, puesto el atento oído, seguíamos sin respirar la exposición amena, sugestiva, iluminadora de este amable visitante, famoso ya en la hacienda y en los quehaceres de la cultura colombiana.

Era una delicia oír a este hombre que nos tenía cautivos con su amplia cultura, con el relato

sabroso de sus observaciones y experiencias de viajero, con sus informaciones sobre las universidades alemanas, sobre los literatos españoles o los avances de la filología. Uno, al escucharlo, captaba en el posarse de sus palabras una calidez penetrativa, un poder indefinible de persuasión. Uno sospechaba en este sacerdote una maravillosa capacidad para aplicar a la vida sus conocimientos y para capitanear equipos de jóvenes ambiciosos, inquietos e idealistas. Félix Restrepo se nos perfilaba como un profesor de energía y un conductor de varones eficaces.

Acosado de problemas, fatigado de lecturas, ese día de julio de 1934, había dejado su celda de San Bartolomé y había venido a saturarse de luz, de aires limpios, de campestre sosiego; a saludar con la antigua y linajuda cortesanía ignaciana a los huéspedes claretianos de San Claver.

Félix Restrepo, entonces en la plenitud dorada de sus cuarenta y siete años, dejaba la impresión de una vida centrada en su misión, de un salubre optimismo cristiano, de una cálida simpatía que invitaba, sin decirlo, a las empresas altas y a los vuelos de cumbres.

Aquí estaba entre nosotros, docto, erudito, síquicamente equilibrado, antioqueñamente campechano, contagiosamente optimista, no infortunado por sus triunfos en la extranjería, soñador de altos destinos para la Colombia de sus antepasados y de sus amores e irradiante de afabilidad y de mesurada euforia.

Aquello fue para nosotros una revelación.

El hombre grande —y éste lo era y nos parecía— puede aliar alturas con benevolencia, seriedad de empeños con gracia de comunicación, sabiduría con sencillez, inmóvil reciedumbre de ideología con aperturas de cristiana caridad.

A la hora del regreso, que él, por demandas de apetecida excursión, quiso hacer a pié hasta las cercanías del Tequendama, fuimos varios los que porfiamos en acompañarlo hasta el arranque mismo de un camino que desde esa hondonada de cafetos y cañamelares trepa serpenteando hasta empalmar con la carretera del Salto. No recuerdo bien si ese camino, rayado en la pendiente de la montaña, se llama "El Tirabuzón" o si lo bautizó así la hipérbole de alguno de mis compañeros.

De nuevo, en la charla del Padre, acuciada por la juvenil preguntadera, afloraron los recuerdos sabrosos: sus cartas con Marco Fidel, sus estudios por tierras de Castilla y de Alemania, su profesorado en Bucaramanga y hasta una noticia curiosa sobre el primer colombiano, discípulo suyo, que inauguró la malhadada costumbre de suicidarse aprovechando la cascada y la gloria del Salto de Tequendama.

Dicho el adiós y firmada así una amistad que perduró hasta la muerte nos despedimos de Félix Restrepo y retornamos a San Claver por nuestro camino, sombreado y refrescado por frondosos ramajes y acribillado entonces por la irrefrenable garrulería de las incontables e invisibles chicharras del medio día tropical.

Ya de vuelta, comentando la visita del Jesuíta famoso, decía uno de los compañeros:

—Cuando seamos viejos podremos decir con orgullo y dándonos cierto postín: Yo, en mi lejana juventud, conocí al Padre Félix Restrepo—.

Estas palabras las profirió mi amigo en julio de 1934. No sabía él, no podía siquiera imaginarlo, que dos años más tarde, en ese mismo mes de julio, pero ya bajo los soles estivales de Castilla, en los campos famosos de la Mancha, él su-

cumbiría tronchado por las ráfagas de unas metrallas marxistas. El no llegó a viejo, pero, por designios del cielo, llegó a mártir, que es más apetecible. Y ahora es uno el que, tomando su palabra y cumpliendo su vaticinio, puede decirnos, señores académicos:

—Hubo una mañana de mi vida en que yo alterné con un sabio y con un mártir.

De Jesús Aníbal Gómez, testigo de sangre, me perdura imborrable el recuerdo de su alegría casta, de su juventud prometedora, de su oblación a Dios, de su lealtad a Cristo rubricada con sangre en el supremo testimonio. En cuanto a Félix Restrepo, yo no sabría declararos porque mi remembranza evocadora, en esta noche, lo liga con preferencia, no a su Javeriana soberanamente amplificada para magisterio de Colombia; ni a sus libros, ánforas bellas de pensamiento y de dicción; ni a sus magistrales actuaciones en congresos internacionales, sino a este encuentro primero en el rincón veraniego de San Claver, cuando uno llevaba alucinadamente un corazón nuevo, una inteligencia en surcos, una colmena de ilusiones bellas y el divino tesoro de solos dieciocho años, impacientes por entregarse a las más arduas y nobles servidumbres.

No me preguntéis, señores académicos, el por qué de estas asociaciones síquicas difícilmente explicables pero dignas de respeto. Fue, quizás, que hubo entonces el interior y tal vez no formulado reconocimiento de una sintonía de almas y de ideales: Dios, Colombia, la lengua castellana. O fué también que uno encontró —si-gue encontrando hoy mismo— una deliciosa, llana, lograda asimilación entre la casa veraniega de San Claver y la vida entera del Padre Félix Restrepo: porque en ambas hay exuberancia, cla-

ridad de sol y anchura de horizontes. Gozo de fructificar, gozo de iluminar, gozo de contemplar. Tropical cosecha de inteligencia, espiritual dádiva de luz, pedagógico abanico de caminos y de vuelos innumerables.

Así entendió y trazó su vida, tempranamente y hasta sus postrimerías, el Padre Félix Restrepo y así la consumó, con lujo de espirituales artesanías.

Quién le iba a decir a uno, en ese remoto julio de 1934, que a la vuelta de 32 años, el discípulo humilde, el admirador sin altibajos, el eventual compañero de andanzas madrileñas, había de venir, en este homenaje solemne que hoy le rinde la Academia Colombiana, a pincelar la peripecia de su héroe, a reseñar sus escrituras, a enaltecer sus merecimientos y lo que más abruma a ocupar su sillón, hoy vacante, que fue, por obra y gracia de los predecesores, cátedra de pulcritud, de virtudes y de sabiduría.

A este sillón, que me ha señalado vuestra benevolencia, me preceden, para íntima confusión, para justificable complejo, para estimulante impulso, dos sombras de alto ejemplo, venerandas e inmortales; dos príncipes de la lengua castellana y artífices de nuestra mejor historia: Marco Fidel Suárez y Félix Restrepo, de quienes por supremo encarecimiento pudiera decirse: **Nomen elogium**, porque, a la verdad, entre varones cultos de Colombia nombrarlos es alabarlos.

Podéis imaginar, señores académicos, el íntimo y casi acomplejante agobio con que hoy llego a sucederlos; la fruición transida de perplejidades y desconfianza con que me dispongo a cumplir vuestro mandato de glorificar con la levedad de mis palabras la heroica y multifacética figura del P. Félix Restrepo y el recelo que me sobrecoge

al incorporarme a este cenáculo en que nuestra señora la lengua de Castilla recibe mimos y caricias, cinceladuras y orfebrerías de los más egregios letrados de Colombia.

Hace semanas —desde que me sorprendió vuestra inesperada designación— vengo yo preguntándome en la intimidad del alma, el por qué de este nombramiento y la manera sencilla y elegante de daros las gracias.

En realidad, si uno atisba a la redonda por todo el horizonte de la cultura colombiana le es fácil tropezar en séguida con veteranos y aventajados cultivadores de las letras, merecedores del más alto galardón académico. Pero uno se da a cavilar y suponer que vosotros, al fijar los ojos en el escritor de provincia, habéis pensado en la línea antioqueña del sillón P. solo ocupado hasta ahora por dos hijos —y ellos eminentísimos— del valle de Aburrá; habéis pensado en la gaviella de misioneros claretianos que a lo largo de más de media centuria han quemado sus vidas por Cristo y por Colombia; habéis pensado en la presencia de la Iglesia en esta Academia de la que se han ausentado en los últimos años sacerdotes de tan holgados haberes y tan limpias ejecutorias culturales como Daniel Restrepo, Uldarico Urrutia, Eduardo Ospina y Alvaro Sánchez, cuya presencia nos hace falta y cuyas obras nos siguen tan presentes.

Si así lo habéis acordado, está bien, señores académicos.

Uno se doblega sumisamente a vuestra voluntad y quiere que el haz de lumbres que habéis proyectado sobre la minucia de mi nombre y la insignificancia de mis escritos se desparrame como cascada de luz sobre mis entrañables rincones solariegos del Suroeste de Antioquia; sobre

el Instituto Claretiano de Colombia al que puedo decirle con el poeta Horacio a su inspirador Melpómene:

“Totum muneri hoc tui est,

Quod placeo, si placeo, tuum est...”

Y finalmente sobre el clero de Colombia que anduvo siempre madrugador y adelantado en las más exigentes faenas de la fe, de la cultura y del patriotismo.

Y para daros las gracias sólo me queda recurrir a la fórmula tan acertada, introducida entre nosotros desde Francia y España por Monseñor Rafael María Carrasquilla cuyo nombre —luminarada de gloria—, rafaguea todavía sobre esta Academia Colombiana. Lo que una vez fue bien dicho no admite ajenos retoques y el plagio no es recusable ni vituperable si honradamente se le pide permiso al dueño y se perpetra a la vista de todos. Por eso, mis amigos y colegas de la Academia; os agradezco que me hayáis hecho académico de Colombia y que me hayáis designado en reemplazo del P. Félix Restrepo. Dios os pague la benevolencia; Dios os perdone el yerro.

Hoja de vida y estudios.

Para configurar a un hombre —y más si es grande— hay una misteriosa confluencia de factores lejanos y designios supremos. El Padre Granada dijo lindamente que nuestras vidas son hiladas en el telar de los cielos, más arriba de las estrellas; pero los hilos —añade uno— son de esta tierra.

Félix Restrepo fue antioqueño de prosapia, medellinense de cuna, bogotano de adopción, jesuita por elección, español de casta y de estudios,

humanista por aficiones e influjos; pedagogo por interiores apremios, cristiano y sacerdote por la gracia de Dios.

Nada sucede al acaso; todo se dispone desde arriba con designios de caridad y todo coopera para nuestro bien cuando se ama a Dios.

En la personalidad poderosa, en la obra vasta y perdurable de Félix Restrepo hay trazas y energías de su raigambre montañesa, de la cortesía bogotana, de la rectitud de Castilla, de la ignaciana *Ratio studiorum*, del impregnante aroma que deja el trasiego de los clásicos helénicos y latinos; de la espiritualidad vigorosa de la Compañía de Jesús y de la elevación que confieren la gracia del bautismo y la unción del sacerdocio. Todo ello fue siembra divina; pero todo ello, como semilla del Evangelio, cayó sobre tierra gruesa, sobre surcos esponjados, sobre un natural de las mejores calidades humanas y la más generosa colaboración personal.

Fue Restrepo y fue Mejía. Descendió de la tribu bíblica de Alonso López de R., padre de muchas gentes, autor de progenie innumerable como las estrellas del cielo o las arenas de la mar. El es de los grandes de la gloriosa Restrepería, cordillera humana que levanta sus farallones altaneros con José Félix el educador; con José Manuel y los varios y conspicuos de su apellido que cultivaron la historia y la investigación; con el Larra colombiano que se firmó Emiro Kastos, el mesurado presidente Carlos E., el cervantino hidalgo Antonio J., el cuentista jericano José, los dos ignacianos Juan María, el latinista y polígrafo Daniel, el obispo Manuel Canuto, el humanista oxoniense José María; Don Gonzalo, el pensador de "los círculos concéntricos" y el lingüista Don Roberto, que nos iluminó esta Academia. Entre

ellos y otros numerosos de imposible reseña, no menor en la gloria, descollante por el saber, la austeridad y los servicios a la Iglesia, se levanta, como el ciprés sobre los juncos, Juan Pablo Restrepo, progenitor del Padre Félix y cuya semblanza fue troquelada con soberana acuñación de romanos perfiles por la pluma buída de Marco Fidel Suárez.

Si del Padre Restrepo hubiera poco que contar y el tiempo de este discurso fuera elástico y prolongable, uno se entretendría de buena gana en ponderar la catoniana y cristiana grandeza del padre para extenderla a su hijo; pero el Padre Félix es tarea para extensa biografía y se basta a sí sólo con propios y sobrados merecimientos. Ceda, pues, Juan Pablo a Félix y que se opaque el padre, aunque merecedor de encomios, para que el hijo resalte con más netos perfiles.

Por la línea de la madre fue Mejía, también de Mejías esclarecidos en el solar de Antioquia y en las crónicas del país. Baste evocar el nombre de Epifanio, el poeta de "Crepúsculos y Auroras", el cantor bucólico de "La Tórtola" y de "La Muerte del Novillo", el que emuló con Gutiérrez González en interpretar el alma de su gente y el que en el canto del antioqueño rima, es verdad, los anhelos de la libertad y el empuje de las revueltas lanzas contra los amagos de la tiranía, pero se detiene mucho más en expresar el gozo del retorno a la vida apacible del hogar en los repliegues de la montaña.

Estudiando la obra literaria del Padre Félix el sicólogo descubriría en él más bien la preponderancia del genio de Juan Pablo que del poeta Epifanio; más la línea recta, sobria y austera de la paterna prosa, que la imaginativa, cordial y correntía del trovador antioqueño.

Del Padre Félix nos quedan unas deliciosas páginas de autobiografía: "No fui estudioso en los años de mi niñez la cual pasé correteando por los potreros de la sabana de Bogotá. Trece años contaba ya cuando entré interno en el Colegio de San Ignacio de Medellín donde estudié los tres primeros años de bachillerato y donde empezó a despertarse en mí el sentido de responsabilidad ante la vida. Todas las materias que estudié me fueron fáciles. El ejemplo de mis maestros influyó en mis resoluciones, mostrándome cómo puede emplearse la vida en una noble empresa apostólica; y a los dieciseis años entré en la Compañía de Jesús".

Vienen luego, para el Padre Restrepo, los años de formación jesuítica y sacerdotal: Bogotá y su noviciado con la ascesis ignaciana de reconocida reciedumbre; Oña de Castilla y de Burgos con sus venas anchas, purísimas y hábilmente canalizadas de cristiano humanismo; con sus añejos griegos y latines y el solariego castellano, nunca tan bien sonante como en las tierras nutricias de Mio Cid Campeador; Walkenburg de Holanda, con su filosofía perenne, de milenario tronco tomista y vigorosos injertos suarecianos; y nuevamente Oña, para la consumación de los estudios teológicos y la dádiva suprema del sacerdocio en que uno le entrega a Cristo la vida con su carga de juveniles ilusiones, unas tronchadas para siempre y otras florecientes para el servicio de la Iglesia; y Cristo a su vez, le entrega al sacerdote su Cáliz de Sangre Divina, su palabra que engendra milagros, sus poderes envidiados por el ángel y el campo dilatado de los viñedos y los trigales de mi Dios:

De 1912 a 1915, interrumpidos según madura tradición ignaciana los estudios eclesiásticos, Fé-

lix Restrepo ejercita el magisterio en el Colegio San Pedro Claver de Bucaramanga. Para 1923 ya ha obtenido los doctorados en Filosofía y Teología por la Facultad de Oña y el de Pedagogía en la Universidad de Munich; luego reside en Madrid como colaborador de **Razón y Fé** hasta 1926 y allí, en reconocimiento a sus artículos pedagógicos publicados en **El Debate** recibe el nombramiento de Consejero Real de Instrucción Pública hasta que en ese mismo año de 1926 Colombia lo reclama y el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Paolo Giobbe, obtiene del General de la Compañía que el Padre Félix permanezca en su patria, hecho ya —y esta vez para siempre— el bíblico candelabro de muchos brazos encendido sobre la montaña para maestrazgo de sus connacionales.

Después fue director de la Juventud Católica de Bogotá, Prefecto de Estudios en los Seminarios de la Compañía, Cofundador y Rector de la Universidad Javeriana, iniciador y director de su Revista, Presidente del Instituto Caro y Cuervo, Director de la Academia Colombiana, miembro de incontables instituciones nacionales y extranjeras, hombre de pluma, de acción y de consejo. Su tarea fue magisterio; su vida, plenitud; su nombre, legión.

El pedagogo.

Dijo alguna vez Henry Bergson que la doctrina de cada filósofo podría reducirse, en lo que tiene de personal originalidad, a una intuición matriz, y ésta revelarse y cifrarse en unas pocas palabras o tal vez en una sola.

Félix Restrepo, tocado por Dios para una hacienda culturalista de amplísimos alcances, recibió su iluminación y su intuición matriz en Oña de Burgos.

“Durante mis estudios de teología, que hice de 1916 a 1920, pensé seriamente en la orientación que debía dar en adelante a mis actividades, y siguiendo el primitivo impulso que me había traído a la Compañía de Jesús, resolví, de acuerdo con mis superiores dedicar mis energías a la educación de la juventud; no me atraía tanto la pedagogía que podemos llamar individual o arte para educar y perfeccionar a los individuos, sino más bien, su aspecto social, como ciencia para transformar las sociedades. De aquí mis frecuentes incursiones en el campo de la psicología y mis varios escritos en diversas épocas sobre la organización de la instrucción pública. En ese plano es más eficaz la labor del escritor que la del maestro”.

En los transfondos y en el subsuelo de toda la gigantesca obra del Padre Restrepo se esconde dinámica, palpitante e impulsora la intuición matriz que él, dócil y tenaz, fue convirtiendo en realidad de permanente y vital magisterio. Se ha dicho que toda vida grande no es más que el cumplimiento de un ideal que avasalló la juventud. Félix Restrepo, signado por Dios para la pedagogía, se aparejó primeramente con las disciplinas universitarias de Alemania donde remató su madura tesis, escrita en alemán y laureada en la Universidad de Munich. Luego puso a rendimiento su saber con sus colaboraciones sobre el tema en **Razón y Fé** y en **El Debate** dirigido por Don Angel Herrera, hoy Cardenal de la Iglesia, desde cuyas columnas libró denodadas campañas por la reforma de la organización escolar española, aquejada entonces de grave monopolio estatal; finalmente, ya en Colombia, con sus celebradas “Glosas al proyecto de reforma instructivista” propiciada por la misión alemana de 1925.

Establecido definitivamente en Bogotá, fundó la casa del estudiante católico y con esto “la Providencia —escribe el Padre Restrepo— me acercó a la máxima realización de mi vida, la Universidad Javeriana”, por cuya restauración trabajó sin conocer el descanso ni temer la fatiga. A ella estuvo consagrado con alma y corazón por espacio de 18 años: nueve como decano y nueve como rector. Fué la Universidad Javeriana, en nuestros días, la primera que recibió en Colombia el título de Pontificia y el país entero conoce lo que ella representa como hogar de cultura cristiana.

Ya en el siglo pasado, merced a la iniciativa de Monseñor Juan Bautista Agnozzi, tomó cuerpo el proyecto de crear en Bogotá una universidad católica colombiana a la cual prestaron el apoyo de sus luces Don Marco Fidel Suárez y Don Juan Pablo Restrepo, ambos tan ligados a la memoria del Padre Félix. Pero lo que no lograron consolidar el antecesor y el progenitor le quedó reservado al vástago incorporado a la milicia de San Ignacio. De suerte que él pudo apropiarse aqué-
llo del romance:

“De ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada”.

Con la Universidad Javeriana —escribe el Padre Restrepo— “mis primeros ideales de dedicarme a la educación de la juventud quedaron realizados en una forma mucho más alta de lo que yo hubiera podido sospéchar”. Fué el galardón del cielo a su obediencia a la intuición matriz.

Cuando se escriba algún día la historia de la pedagogía en Colombia, en el capítulo referente a los maestros que desde las tareas de la cátedra

influyeron decididamente en la configuración del alma colombiana, junto a José Celestino Mutis, Rafael María Carrasquilla, José Vicente Castro Silva, Monseñor Henao Botero, o Don Agustín Nieto Caballero, el Padre Félix demandará espacio dilatado y encomios de justicia. Y no tan sólo por estas realizaciones estrictamente pedagógicas sino porque resultaría hacedero adscribir a este acotamiento de su personal vocación sus demás libros y textos, encaminados todos ellos a formar la mente y el corazón de los colombianos en las asignaturas de la lengua, de la religión o del patriotismo. En todos sus escritos hay pedagogía: como finalidad o como método. Solamente la modestia, que es propia del sabio y del cristiano, le impedirían al Padre Félix adueñarse de aquel grito eufórico que lanzó Lorenzo Valla, el famoso renacentista italiano: "Yo soy aquel que enseñé a mi pueblo dos mil cosas nuevas".

Si, achicando el campo, uno piensa en la pedagogía social, bien pudiera establecerse el paralelo entre el Padre Félix Restrepo y otro colega de nuestra Academia, tan modesto como laborioso, que en ancianidad fecunda sigue cubriendo de luz a Colombia en la fraterna España. Hablo del Padre Rodolfo Fierro Torres, salesiano, autor del libro, varias veces editado, "**La Pedagogía Social de Don Bosco**" y de una galería de libros y folletos tan densos de normas educativas como deliciosos por la elegante sencillez de su prosa muy parecida a la del Padre Restrepo. **Arcades Ambo.** El Padre Félix y el Padre Rodolfo fueron condiscípulos en las aulas primarias de Bogotá y ambos son maestros de Colombia y ornamento de nuestra Academia.

El humanista cristiano

En lo que va de siglo la Compañía de Jesús le ha dado a Colombia un equipo de humanistas de aquilatada alcurnia. Entre ellos sobresalen, para sólo citar a los muertos, el Padre Uldarico Urrutia, autor de "Los Nombres de María", y de otros libros esmeradamente redactados, el Padre Daniel Restrepo y el Padre Félix.

Nacida la Compañía de Jesús en la coyuntura del Renacimiento y de la Reforma no pudo sustraerse a los influjos y las reacciones de esa crisis total del pensamiento, tan semejante a la que hoy mismo estamos atravesando y padeciendo. Martín Lutero reprochaba amargamente a Santo Tomás de Aquino el haber saqueado a Aristóteles para paganizar el Evangelio y corromper el cristianismo. Hubo entonces lo que Monseñor Castro Silva estudió en páginas de penetrante sagacidad y destellante belleza: los dos humanismos: el pagano y el cristiano. El de la Reforma y el de la Contrarreforma, si bien es cierto que esta última la consumaron los santos más que los humanistas y que a ratos la Iglesia, en sus tácticas de estrategia defensiva y por instinto de conservación frente a los cercos insidiosos de los reformadores se atrincheró como en una plaza fuerte erizada de anatemas. Pero amaneció por fin un día en que la paz se hizo en los espíritus rectos y el humanismo cristiano fué considerado como escudero de la contrarreforma. "Hubo en la Iglesia —dijo certeramente Henri Bremond— una contrarreforma; pero no hubo, ni podía, ni debía haber un contrarrenacimiento".

Los jesuitas no anduvieron extraños al fecundo acercamiento entre las humanidades, "Humaniores Litterae" y la defensa de la fé. Ellos, en

hora providencial, sirvieron de puente entre el humanismo y la reforma católica. Su método formativo —cifrado en el monumento pedagógico de la **Ratio studiorum**— aprovechó los logros de la pedagogía antigua y cosechó las más puras y limpias creaciones de la gentilidad greco-romana para formar a los modernos servidores de la Iglesia y militantes de Cristo. Marco Fabio Quintiliano fue preceptor de jesuitas y de erasmianos.

El latín de los primeros jesuitas tiene el andar, el aroma y la acicalada hermosura de los más atildados renacentistas. Ellos se asimilaron a Cicerón; ellos anotaron y calcularon a Virgilio y hasta en nuestra América, todavía no sujeta a la coyunda amorosa del Evangelio, ni a las lecciones de la cultura española, el Padre Landívar cantaba en hexámetros las frutas del trópico y las molliendas de los campesinos de Guatemala y el Padre Anchieta desahogaba sus amores a la Virgen María escribiendo, con un bastón, a falta de papel y de pluma, irreprochables y fervorosos dísticos latinos sobre las playas arenizas del Brasil.

El humanismo cristiano es, ante todo, un método, una voluntad, un espíritu. Un método de asimilación y de formación, una voluntad de belleza, un espíritu de mesura y de optimismo. Es un retorno a las fuentes que, para unos, significó la asimilación sin discernimientos de todo el legado de la antigüedad pagana, lo mismo fuera la forma bella que el ideal de exaltación naturalista, y para otros significó la conquista de la perfecta expresión pero hermanada con la ideal aplicación de los métodos humanistas a los textos sagrados, a las lenguas originales de la Biblia, a los escritos genuinos de los Padres, a los datos y monumentos de la antigüedad cristiana.

En tal sentido los jesuítas, fieles a sus métodos tradicionales, lograron apropiarse las armas con que los novadores amenazaban el castillo del dogma, y sometieron a Cristo, gallardamente, esa erudición, esa filología y esa belleza formal que fueron espigando en sus estudios de lo añejo hasta reconciliarlas con la Iglesia y con el espíritu del Evangelio.

Cumplieron así la consigna: **Christum ex fontibus praedicare**, que pregonaba Erasmo el humanista, cuyas páginas le congelaban el corazón a Ignacio hasta el punto de que "a la fin, como escribe deliciosamente el Padre Ribadeneyra, echó de sí el libro "Del Milite Cristiano" y cobró con él y con las demás obras de este autor tan grande ojeriza y aborrecimiento que después jamás no quiso leerlas él ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen, sino con mucho delecto y mucha cautela".

El humanismo cristiano escapó a los contagios del paganismo porque en los bellos libros de la antigüedad no reconoció la última palabra de la filosofía o del saber sino solamente la primera, el preámbulo a la inteligencia de los libros santos. La sabiduría y la belleza antiguas en sus más altas expresiones fueron pedagogas y conductoras hacia Cristo. El cristianismo es el remate y la cúpuia del helenismo; es la salvación, por vía de trascendencia, y la integración prudente de los más nobles valores del humanismo pagano. Solamente por el cristianismo se realiza la plenitud de las más hondas aspiraciones del hombre de siempre. Toda la historia del cristianismo es una lucha por mantener el concepto del hombre perfecto, divinizado en su cuerpo y en su alma por la vida interior de la gracia, según el modelo del Hombre-Dios.

Surge así un ideal de equilibrio, de perfección y de plenitud contra las doctrinas antihumanas que pretenden angelizar al hombre o mostrar una oposición irreductible entre el alma y el cuerpo o deprimir la naturaleza del hombre considerándola como irremediabilmente viciada y corrompida en sus más hondas raíces.

El humanismo cristiano ha evolucionado hacia la síntesis armoniosa de la sabiduría antigua y de la caridad cristiana. Triunfó en el Concilio de Trento con los decretos sobre la naturaleza humana, que tanto maravillaban al pensador español Ramiro de Maeztu, y hasta afloró en las normas tridentinas sobre el arte religioso, influenciadas, según Bremond, por el fantasma friolento de Erasmo que vagaba por las salas del Concilio.

Allí donde se implanta y florece la Compañía es visto gallardear y florecer el cultivo de las humanidades. Así lo comprueban, por lo que atañe a este país, las investigaciones de nuestro docto colega José Manuel Rivas Sacconi, en su erudita obra "El Latín en Colombia" y los volúmenes densos de documentación que el Padre Pacheco está dedicando a la historia de la Compañía en Colombia.

El Padre Daniel Restrepo fue entre nosotros espejo de humanistas cristianos. Como los eruditos del Renacimiento dedicó asiduas vigiliass al reconocimiento, la depuración y la publicación de las fuentes históricas de la primitiva Compañía, particularmente de los Padres Bobadilla, Ribadeneyra y Polanco; cultivó con facilidad los más variados géneros literarios: poesía, cuento, crónicas, biografía ascética, crítica histórica y literaria. Son notables sus estudios sobre aquellas dos joyas de la sonetería castellana: "No me mueve mi Dios para quererte" y "A vos corriendo voy, brazos

sagrados". Descolló, como nadie tal vez, en Colombia —sin contar a Miguel Antonio Caro— por su copiosidad y elegancia en el cultivo de la poesía latina. Son las suyas, odas sencillas, perspicuas, llenas de dulzura y de espontánea fluidez. Revelan más el magisterio de Horacio que el de Virgilio. Añoso como los cedros del líbano, venerable como los patriarcas antiguos, alcanzó a vivir cerca de un siglo y aún más que por sus preceas de humanista resplandeció por sus virtudes de sacerdote y de religioso.

En el Padre Eduardo Ospina había del renacentista y del apóstol. Pocos serán en Colombia los que hayan disfrutado de una sensibilidad tan exquisita para vibrar ante las emanaciones y los hechizos del arte. El, en ocasión solemne, habló en esta misma Academia, de su viejo y fiel amor a la poesía, de los estudios clásicos de su juventud religiosa, de sus intensas meditaciones mientras estudiaba literaturas modernas en la universidad alemana, de su perpetuo e íntimo contacto con el Arte como belleza, como Historia, como Filosofía; de su mundo interior, cuyo molino rueda sin vagar y en el que habita una especie de demonio íntimo que desde la juventud posee; inspira y atormenta.

Una doble vertiente puede mirarse en la tarea literaria del Padre Ospina: la crítica de arte y la divulgación doctrinal y apologética, ambas realizadas con la más fina sensibilidad.

Su tesis doctoral sobre el romanticismo fue justipreciada por la autoridad del hispanista alemán Karl Vossler cuando dijo: "El mérito más característico de esta obra es no sólo de ciencia crítica sino de cultura general y reside en la muy hábil, comprensiva, diáfana y sencilla unión del criterio literario de un europeo y de un colom-

biano. Despierta una singular simpatía la forma elegante y discreta y la seguridad en el aprecio de los valores poéticos”.

Desde las páginas de **Revista Javeriana** el Padre Ospina alzó una cátedra de educación estética del país y nos reveló aquellos cánones y aquellos secretos que facilitan la contemplación gustosa y provechosa de las creaciones eternas de la pintura y de la arquitectura, estudiadas por los métodos de la comparación y del contraste.

Pero sacerdote por encima de todo y como tal con funciones de magisterio, él se consagró a divulgar teología en páginas que saben aunar la transparencia expositiva con el temblor de lo vivido y lo sentido. Diría uno que consumó, dentro de nuestro ambiente religioso e intelectual, una hazaña mental semejante a la del francés Contenson con su **“Theología Mentis et Cordis”** y que, aunque, humanista, y de los grandes, se situaba en el polo opuesto de Erasmo, ya que este hombre de gracias ligeras, de estiletos vindicativos y de irreverentes procacidades revolvió su ingenio para punzar y malherir a la Madre Iglesia, al paso que nuestro humanísimo apologista la cibió y la atavió con adornos rebuscados por el amor y la sabiduría.

Junto al Padre Daniel y junto al Padre Eduardo, tal vez más bizarro que ellos, más caudaloso en las escrituras, más dinámico en las ejecuciones, más irradiante de juvenil euforia, surge este varón de deseos, caudillo de hombres y artífice de empresas que es Félix Restrepo en quien, al primer vistazo, sorprende uno ciertas notas que lo acreditan como singular humanista: la universal curiosidad de su inteligencia, su trajinar por el mundo de los antiguos clásicos, su atención a los fenómenos de la cultura moderna, su inaltera-

ble actitud de espiritual equilibrio y de cristiano optimismo.

Quien acuda a solazar el ánimo y enriquecer la mente, leyendo, por ejemplo, "Astros y Rumbos", o "Diálogos en otros mundos" del Padre Félix quedará maravillado con la versatilidad de su ingenio, la opulencia de sus conocimientos, la multiplicidad de los temas y el señorío con que de todos discurre. Pocos hombres, como él, podrían apropiarse, dentro de lo decorosamente permisible a un sacerdote de esmeradas virtudes, el verso eterno del poeta Terencio: "Homo sum et nihil humanum a me alienum puto". Hombre soy y nada humano me es ajeno....

El Padre Restrepo no achicó sus preferencias espirituales ni parcializó su espíritu. No perdió jamás de vista el último fin del hombre ni el ignaciano lema de la "mayor gloria de Dios"; tomó la vida muy en serio por lo divino y por lo humano; pero no desdeñó el moderado uso de las demás criaturas que están sobre la haz de la tierra... Le encantaban el deporte, el cine y la televisión y entendió que también con ellos y por ellos Dios podía y debía ser glorificado.

"Yo fui —escribe— el primero que enseñó a jugar fútbol en Bucaramanga y tracé el primer campo para este deporte en el Llano de Don Andrés. Pero me sobró tiempo para fundar, en compañía de los Padres Joaquín Emilio Gómez y Enrique Torres, la revista **Horizontes** y así salió a flote mi vocación de periodista que no me ha abandonado en toda mi vida".

Ojeando su bibliografía se verifica que escribió con igual dominio sobre las leyes mendelianas de la herencia, sobre la relatividad einsteniana, sobre los temas y los prohombres de nuestra historia, los prodigios de la astronomía o los misterios

de la subconsciencia. Recuérdese su sagaz estudio acerca de la inicial y latente inspiración del poema "La Luna" de Diego Fallón. Dispersión intelectual que pudo serle impuesta por las exigencias del periodismo, pero que le venía dictada desde adentro porque tenía refinadamente vibrátiles y captadoras las antenas del alma.

El helenista

Fué todo un hombre, fué humano, fué humanista. Zambullido en las coyunturas de su tiempo no por eso apartó sus ojos del hombre eterno y del mundo antiguo. "El humanismo —escribió en sus mocedades Ortega y Gasset— es sólo una función del clasicismo", A uno le parece discutible el aserto. Porque en la raíz está el hombre y de ella florece el clásico. "Clasicismo —añadía— sólo hay uno; el clasicismo griego. Y los renacimientos serán siempre, forzosamente un volver a nacer de Grecia, un volver a abrevarse en la energía perenne de las ruínas helénicas".

De Grecia nos llegaron y perviven las categorías del pensamiento y las normas inmutables de la belleza, aplicadas después por la cultura de todos los pueblos occidentales. Pero sea como fuere, el Padre Restrepo, hombre tan de su siglo y tan de su tierra, sintió un atractivo irrefrenable por las creaciones helénicas, por su lengua que no es ruina ni muerte, y por su cultura que vive transfundida y fermentadora en las hablas, en las costumbres y hasta en las formulaciones de nuestra santa religión. Hoy mismo, cualquiera de nosotros, sin percatarse de ello, esmalta con vocablos griegos la más popular de las conversaciones; juzga, según los cánones de la estética griega, las hechuras del más joven artista y bautiza con vo-

cablos helénicos los misterios que introdujo en el mundo el Evangelio.

Es cosa sabida que en París, allá por los años de la Compañía naciente, se recelaba del estudio del griego como vehículo fácil de las novedades reformistas. Ignacio de Loyola, advertido de que muchos por darse al estudio de las letras griegas sin estar nutridos de teología, declinaban a insidiosas novelorías doctrinales quiso precaver a los suyos contra posibles y solapadas influencias de la culta herejía.

Qui graecizant, lutheranizant, decían por entonces en París.

Los jesuítas —sabiamente cautelados— acabaron entendiendo que la lengua griega favorecía el acercamiento a la palabra de Dios y al mensaje del Evangelio. El que heleniza cristianiza. Y el Padre Restrepo, pudo añadir: “El que heleniza, castellaniza”.

Eso es lo que, en el fondo de las cosas significan sus tres obras: “La llave del griego”, “Raíces griegas” y “La cultura popular griega a través de la lengua castellana”. Fué este su inolvidable discurso de posesión en nuestra Academia y ésta contempló embelesada cómo el Padre Restrepo, argonauta de una ingente peripecia mental, usando con garbo su llave famosa iba sacando de su cofre y mostrando con amenidad y gracia los tesoros viejos y nuevos que él había ido acopiando en sus andanzas y navegaciones por el mundo prodigioso de la cultura popular helénica.

“La llave del griego” fué obra de juventud. De ella, como de su tratado de semántica, no fácil de superar, podría decir lo que Luis de León del milagro inmarchito de sus poesías: “Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad y casi en mi niñez, se me cayeron de entre las manos estas

obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio y voluntad”.

Recuerdo que en Madrid, hace diez años, el obispo Eijo y Garay, varón muy versado en diversas disciplinas, a la manera de tantos preladados del renacimiento, el día que invitó a su palacio al Padre Restrepo, por el cual demostraba verdadera veneración, le señalaba en los anaqueles de su biblioteca un manoseado ejemplar de “La llave del griego” y le decía:

—Lo estudié mucho hace años y lo consulto con frecuencia.

—Monseñor, decía el Padre modestamente, esa obra la hice de muchacho...

“Estudié humanidades en Burgos y me inicié en el oficio de escritor traduciendo la pequeña Antología de Maunoury, texto francés que me pareció útil para la enseñanza del griego. Más, al empezar en el célebre colegio de Oña mis estudios filosóficos, me encontré como condiscípulo a Eusebio Hernández, joven de talento poderoso, quien me inició en la lingüística indoeuropea y me propuso que, adoptando el texto griego de la Antología de Maunoury, desechásemos el resto de su obra como anticuada y compusiéramos una obra original. El se encargó de la segunda y mejor parte de ella, Etimología y Sintáxis. Yo tomé por mi cuenta el léxico y reuní en mi comentario, valiéndome sobre todo de los romanistas alemanes Diez, Walde y Korting, más de tres mil palabras castellanas derivadas del griego, cuyo sorprendente hallazgo cautiva a los alumnos y les facilita extraordinariamente el dominio de esta bella lengua”.

Lo que esta obra entraña lo dijo aquí con su lenguaje de castellana vestidura y vuelo anchu-

roso, el Doctor José Joaquín Casas, cuando recibió al Padre Restrepo en esta Academia.

“Es **“La llave del griego”** la primera obra castellana en que para facilitar los significados griegos se indica su derivación y orden semántico, y con mucha frecuencia se añaden al lado de las nuestras las etimologías griegas correspondientes del catalán, portugués, italiano, provenzal y francés, aquilatadas con el rigor de la lingüística moderna. Así, pues, este libro de nuestro compatriota, que en la versión y comentario del texto griego precisa con todo esmero los significados, corrigiendo a veces a insignes lexicógrafos, y escoge los términos más castizos suministrando además sinónimos castellanos, fija las delicadas leyes de las alternancias, adiestra en los principios de la etimología y derivación, inicia en el trato y manejo del verbo, ese hilo sutil y ondulante, ese mágico prodigioso del alma y de la voz, esa ágil anguila o camaleón centellante del verbo griego, que la ciencia lingüística ha bregado tanto por aprisionar entre sus mallas; ejercita en el uso de las partículas y con todo ello nos lleva por la mano a penetrar los secretos de la sintaxis”.

El lingüista

De Grecia y sus islas desposadas con la luz, el Padre Restrepo navegó hacia las Costas de España, gratas a su corazón. De la lengua de Homero y de Platón a la lengua de Cervantes, de Teresa y de Marco Fidel.

Retorno a mis recuerdos. Es la mañana del lunes 30 de abril de 1956. Del palacio de la Real Academia, basílica mayor de nuestro idioma, en la madrileña calle de Felipe IV, salimos un día de primavera hacia Salamanca, la ciudad que

hechiza los ánimos con su historia y su sabiduría. Se está celebrando el segundo congreso de academias, fiesta solemnísimas de primera clase para todos los fieles de la castellanía. En lujoso autocarro vamos atravesando la tierra de Castilla. Tramontamos el espinazo roqueño de Guadarrama, trepado por batallones de pinos y todavía blanqueado a trechos por parches de nieve tardía. Cruzamos la llanura decorada de trigales verdes, de encinares achaparrados, de aldeas grises y dormilonas. El Padre Restrepo va a mi lado. Observa, pregunta, comenta, España lo mantiene asediado de interrogantes. No es la España que él conociera en sus años juveniles, cuando la secular monarquía estaba atardecido. Era una España remozada que él reconocía con gozo y —me atreveré a decirlo.— con cierta sorpresa, como de quien debe atestiguar algo que le ha costado admitir.

A la hora del alzamiento nacional él contribuyó como pocos a poner una gran parte de la opinión colombiana del lado de las fuerzas anticomunistas con sus dos libros "España Mártir", "España Anárquica".

Ahora, sencillamente y en forma impersonal, se limitaba a proferir:

—Se ha progresado ciertamente. Esta es una España nueva.

De paso por los pueblecitos castellanos, los mismos que uno encuentra en las acuarelas de Azorín, comentaba:

—De estas villas fueron a nuestra América hombres de hierro que eran labriegos y resultaron héroes; hoy mismo de estos pueblecitos quietos y silenciosos tenemos allá misioneros infatigables. Esta tierra es de una maravillosa fecundidad humana y espiritual.

El lápiz en la mano y el cuadernillo a punto, copiaba los avisos y títulos de ventas o almace-
nes que incitaban su atención de lingüista, cui-
dando de anotar el nombre de la población y de
la provincia. Era el lingüista, atento a los fenó-
menos del idioma vivo. Recordaba uno a Don
Marco Fidel Suárez que durante su excursión por
Colombia, cuando se hizo presidente andarín o
andariego, iba apuntando asimismo lo que en su
conversación con los hombres del pueblo le pa-
recía giro extraño, novedad reprehensible o arcaís-
mo sabroso.

La lengua castellana fue para el Padre Restre-
po vocación de siempre. Fué desasosiego de sus
primeras vigiliass estudiosas, preocupación de su
juvenil pedagogía, lucimiento de sus doctas pu-
blicaciones, académica inquietud de unidad para
vinculación del presente con el pasado, de los
pueblos filiales con la estirpe materna. De niño
la estudió con tedio; de joven se prendó de sus
raíces remotas y del alma de las palabras; ya ma-
duro se dedicó a la defensa de su imperial des-
tino y tuvo la predestinación de morir —cuando
Dios quiso— mientras velaba por sus tesoros mi-
llonarios.

La producción lingüística del Padre Restrepo,
dilatadora de su nombre y de su prestigio, lleva
la nota de lo original y, para su tiempo, de lo nue-
vo y de lo revolucionario.

También de su "Diseño de Semántica" decía:
—Fue cosa de juventud.

Dios le otorgó la dicha de componer el mejor
de sus libros cuando la vida no le había puesto
nieves ni en la cabeza ni en el corazón.

De treinta años, Félix Restrepo estudia filoso-
fía en Walkenburg de Holanda. Viajado, ambi-
cioso de ideas, abiertas todas las puertas y las ven-

tanás de su interior castillo a las luces de la cultura europea, capta con avidez los métodos científicos de la universidad alemana y piensa en el idioma nativo y en el misterio de las palabras.

La palabra tiene alma, tiene genealogía, cobertura, irradiaciones. Le circula savia por dentro, nace, verdea, se matiza, se diversifica, llega a envejecer, a morir, a quedar archivada como antigüalla inexprésixa. Un día los eruditos la catalogan con sambenitos de arcaica, anticuada, rara. El prosista, si la conoce, la rehuye; el pueblo no la entiende. Al Padre Restrepo le atrae "el alma de las palabras". Y compone su "**Diseño de Semántica**".

Pero él, tan sabio ya, sigue conservando la modestia. El saber, lejos de producirle vértigo y envanecimiento, le inspira desconfianza en lo propio y recurso a los entendidos. Acabado ya el **Diseño** en 1911, lo somete al criterio de Marco Fidel Suárez y de Antonio Gómez Restrepo. Suárez —tal vez mejor hablista que lingüista— ¿no me equivocaré? le dice: "Es verdadera aplicación de los principios científicos; es libro de profesor, no de mero aficionado; brilla por los conocimientos lingüísticos y más que todo, por la sagacidad y fina observación de los fenómenos..." Aún así el "**Diseño**" permanece inédito hasta 1917. La prisa es mala consejera. Tal vez tendría en cuenta la admonición de Juan Luis Vives en su obra "**Las Disciplinas**": "Concebido cualquier empeño quede advertida la prudencia para no echar al mundo alumbramientos prematuros..." Pero sí es bueno observar que el **Diseño** fué concluído el mismo año que en París se extinguía la vida de Rufino J. Cuervo, lumbrera de la filología en Colombia y en la hispanidad. El joven jesuíta colombiano de Walkenburg recogía la antorcha del

cristiano viejo, del sabio modestísimo que se nos apagaba en París. Con cuánto garbo la haya portado, con cuánto lucimiento enaltecido lo está comprobando esta sesión y esta presencia vuestra que representa la gratitud y la admiración del pueblo colombiano.

En 1956, por los días inolvidables del segundo congreso de Academias, el Padre Restrepo me pidió que lo relacionara con posibles editores españoles del "Diseño", cuya cuarta edición se estaba agotando. Lo presenté entonces al director de una colección de libros de filología y literatura. Mas, por razones que se me ocultaron, se rechazó la oferta. Supe posteriormente que habían encargado a un joven catedrático la composición de un tratado de Semántica más moderno, según decían...

... Pero el catedrático desistió de la empresa.

"A medida —explicaba— que recorro a la obra del Padre Restrepo para orientarme, la encuentro tan sencilla, tan ordenada, tan diáfana y aún tan actual en los mismos ejemplos que me siento paralizado para crear obra nueva. Mi libro resultaría un arreglo contrahecho o un plagio vergonzoso". Sin saberlo, este discreto y avisado lingüista coincidía con el filólogo francés Meillet cuando estimaba que el libro del Padre Restrepo había logrado exponer en un manojo, todas las ideas maestras sobre la materia, de tal manera que en ninguna parte se encontrará un instrumento tan bueno para iniciarse en la semántica. Por los ejemplos españoles tan oportunamente citados, los extranjeros lo encontrarán precioso; y en los detalles él introduce observaciones nuevas, ya que sabe unir el sentido de la lengua literaria con un conocimiento extenso de los hechos lingüísticos".

Al paso de las hojas, ese tratadillo, prodigiosamente sustancioso y sintético, suscita ante el lector el milagro cotidiano del lenguaje viviente, influído y avasallado por la lógica, por la sicología y por lo social, por lejanos pueblos y por diversas culturas. Qué mensaje, qué asaltos, qué reflejos entraña, padece, recibe, emite una sola de esas palabras que nosotros vamos soltando con superficial ligereza! Y de qué manera tan misteriosa, una misma palabra, en diversas lenguas, unas veces se corresponde con estable, fraterna fidelidad y otras se destiñe y diversifica.

El gramático

Esa mañana de 1925 un muchacho de nueve años se despierta —lo despiertan— en su casa del marco de la plaza de Jericó, el pueblo encaramado sobre un descanso de los altos farallones del suroeste antioqueño. Sobre la ciudad todavía oscurecida y adormilada llueve, llueve tediosamente. El muchacho de nueve años camina por las calles solitarias hacia el colegio de sus pesadillas. En los contornos hay nieblas; en el ambiente, frío; en el alma del escolar, hastío y aburrimiento. Ese día tiene que responder en clase sobre los modos del verbo. Y el niño de nueve años, hace poco arrancado de los naranjos de sus vacaciones campestres y a las cometas voladoras y cabeceantes, lleva en este momento oprimida el alma por docenas de áridas reglas y taladrada la memoria por extrañas denominaciones: antecopretérito, ante-pospretérito, antefuturo-hipotético... Sobre Jericó sigue lloviendo implacablemente. El niño, en la clase, no entiende nada, nada. El niño, de pronto, siente las lágrimas en los ojos y piensa en huír corriendo, libre como el vien-

to de las selvas antioqueñas, a su casa aldeana de Tarso, donde no hay antefuturos-hipotéticos. Pero en cambio hay cariño de madre, mangos, piñuelas aromáticas, naranjos cargados de doradas frutas, cometas para elevar en la tarde azul y caballos para bajar de paseo hasta Bolombolo.

Diez años después, el niño, ya joven y desgarrado de sus lares domésticos por exigencias de divina vocación, recibe un día, desde Bogotá, un libro titulado "El Castellano en los Clásicos" por Félix Restrepo.

Abre el primer volumen y lee: "Siempre he recordado con pesar las horas muertas en que en mi niñez aprendí gramática castellana. Siempre he compadecido de corazón a los niños que están estudiando castellano y también a los profesores que lo enseñan. Y más de una vez hice el propósito de componer un manual que hiciera gustoso el aprendizaje más necesario cual es el de la lengua patria".

Esa sinceridad me tornó simpático el libro. El famoso académico había sentido y adivinado los tedios infantiles del escolar de Jericó. Y ahora, compasivo y docto, nos brindaba la manera de llegar a la gramática regulada a través de la gramática vivida, sentida y practicada por los magos de la inspiración y de la creación. Uno comparaba su gramática, atiborrada de reglas y conceptos filosóficos, comprobados muy de trecho en trecho por una frasecilla de Cervantes o un desarticulado fragmento de un clásico desconocido, con esta antología deliciosa, tan hábilmente seleccionada y tan sobria en la regla, en la definición, en el encasillado gramatical. El P. Restrepo, de acuerdo con los métodos de la moderna pedagogía, hace que a los ojos del niño las reglas broten del mismo idioma vivo y logra que el aprendiz ve-

rifique las categorías gramaticales sobre páginas de viviente y ejemplar hermosura. En mi libro viejo —la gramática de mis tedios, de mis odios y de mis antefuturos-hipotéticos— el ejemplo era un arbolito o un minúsculo oasis en la planicie calcinada de los preceptos. Aquí el libro era pensil y la regla, como el aroma, se desprendía espontáneamente de los clásicos eternos.

En el prólogo de su libro el Padre Restrepo se nos aparece tan dueño de los secretos gramaticales como de los adelantos de la pedagogía.

¿Qué decir ahora del "Castellano naciente"? El volumen es parvo. Uno lo hojea y le parece de sencilla factura; pero enseguida se convence de que ha sido madurado con la difícil facilidad de los sabios que dominan un tema.

Félix Restrepo sabe que el castellano es una lengua semejante al árbol añoso que simultáneamente sostiene el retoño nuevo y la rama seca, la hoja verde y la hoja amarillenta y caediza; el injerto que acaba por ser incorporado o por ser eliminado. Y he aquí que este observador minucioso, este herborizador cariñoso de la lengua se propone ofrecer un muestrario de voces nuevas o nacientes, espigadas por él durante una sola semana, del 18 al 25 de junio de 1956, en los títulos o en las leyendas pictóricas de 4 periódicos bogotanos. No recopila con intención correctiva; registra simplemente el fenómeno léxico; trata de explicarlo, aventura una predicción sobre la suerte que a ese neologismo le aguarda y se ciñe exclusivamente al aspecto lexicográfico, dejando intacta la parte fonética, la morfológica, la sintáctica. La conclusión pone a pensar al gramático, al sociólogo, al filósofo. De 210 neologismos registrados en una sola semana por Félix Restrepo, 61 pertenecen al deporte y 60 a la vida política y

social... Incitadora sugerencia para devanear en ágil ensayo sobre el **homo ludicus** o el **homo politicus** o sobre la jerarquía de los valores subvertida frívolamente en nuestra época o quién sabe si en todos los días de la humanidad viandante.

Hasta la hora del ocaso el Padre Restrepo le guardó fidelidad a la lengua de Castilla, señora de sus altos pensamientos. Y si en "**El Castellano naciente**" recogió en una semana 210 neologismos no reconocidos por la Real Academia, en su trabajo de 1964 sobre "**Evolución semántica del castellano de Gonzalo Jiménez de Quesada**", mostró a base de un espiguelo en el "**Antijovio**" del Mariscal letrado, cuántos términos de buen castellano, traídos a esta altiplanicie por los fundadores de nuestra nacionalidad han caído en desuso, cuántos han cambiado totalmente de sentido y cómo algunos de nuestros pretendidos colombianismos esmaltan los escritos de nuestro padre y señor Don Gonzalo.

En la introducción a su libro "**La Ortografía en América**", el Padre Restrepo habla "**tanquam auctoritatem habens**". Hombre con sentido jerárquico, a fuer de ignaciano, pero más atento a las leyes interiores y a los supremos imperativos que a las arbitrarias o anticuadas imposiciones, empieza diciendo llanamente: "La ortografía de la Academia Española no ha sido hecha para los americanos, sino para los españoles. Necesitamos los americanos tratados especiales de ortografía. Las reglas de ortografía que traen los manuales corrientes suelen ser arbitrarias y llenas de excepciones. Proviene esto de que consideran las palabras como bloques cerrados. Yo por el contrario he pensado que las palabras se deben considerar como artefactos y que pueden desarmarse. Al desarmar las palabras sacando por un lado su nú-

cleo y por otro los diversos accesorios, se ve fácilmente que las reglas de la ortografía adquieren un nuevo valor y que no tienen excepciones”.

Fue curiosa la peripecia intelectual del Padre Félix con respecto a la ortografía. En “**El Castellano en los clásicos**” acató la doctrina de la Academia en contra de Andrés Bello. Pero ya en su tratado de Ortografía se emancipó visiblemente de la Academia y legisló por su propio talento, según su leal saber y entender y finalmente acabó consiguiendo de la Corporación matritense acuerdos y concesiones ortográficas en favor de los castellanos de ultramar.

Bastarían estos merecimientos para granjear al Padre Restrepo el título de “gramático” ponderado como altamente honroso por el humanista español Luis Vives, el cual hacía notar cómo Elio Antonio de Nebrija, varón aventajado en varios campos de la cultura humana, se contentó y anduvo siempre muy satisfecho de ser denominado “el gramático”. Y lo fue, por cierto, con lúcida conciencia de lo que la lengua, compañera de las armas, significaba en aquella hora feliz en que se alzaba el destino imperial de España.

El prosista y su claridad.

Pero no se detuvo ahí ni se cifró en ello solamente el haber, el merecer y el justo elogio del Padre Félix. Diríamos con la Escritura que en menesteres de idioma, él también *fecit et docuit*.

Antes que preceptista fué escritor; hizo de prosista antes de ser gramático. Señoreó la lengua y enalteció el castellano más con las páginas creadoras que con la ordenación de los preceptos aglomerados en las antiguas “Instituciones” o regulados por la lingüística moderna.

En el prosista fecundo y tildado que fué el Padre Félix cree uno que la virtud primera, por lo que atañe al pensamiento mismo, fué el perpetuo equilibrio, la sazónada y sapiente madurez; por lo que toca a la forma, fué sin duda alguna, la diafanidad, aquella "perspicuitas" que el preceptor Marco Fabio Quintiliano consideraba suprema cualidad de la oración: "Oratio cujus summa virtus est perspicuitas".

Intencionadamente, para aminorar las letras francesas en su cotejo con las alemanas, dijo Ortega y Gasset que "la claridad es una gran virtud del intelecto; grande, pero solo una. No se vaya a creer que pensar claro es, sin más, pensar bien, pensar todo lo que hace falta pensar".

Por eso, aposta, sobre caso pensado, se ha dicho arriba que en la prosa del Padre Félix se dio el feliz maridaje entre la hondura del saber y la transparencia del decir.

No se ha intentado —que yo sepa— el estudio de su prosa, a la luz de los hallazgos de la moderna estilística y al corte y manera que en España se han empleado para discriminar los escritos de Gabriel Miró o de Valle Inclán o en Colombia el frasear magnificente y lujoso de Monseñor Castro Silva. Tal vez la tarea resulte más hacedera, más fértil en conclusiones y sorpresas en quienes han trabajado su prosa con esmeros de estilistas o de preciosistas. No creo que a este linaje perteneciera el Padre Félix.

Pero los críticos de ocasión o de oficio, han dicho con Camacho Carreño que el P. alumno de la severa escuela ignaciana, practicante de la ascética mortificación, tronchaba el halago de la metáfora naciente o acudía a sofocar el brote imaginativo. O han opinado con nuestro docto colega el

Dr. Sanín Echeverri, que en Restrepo la pasión fué la palabra, quizás un tanto en desmedro de la frase.

Uno, en ocasiones, se ha puesto a cavilar cuál sería el secreto de la diafanidad y tersura de sus escritos. Al hombre lo configuran la raza, los estudios, la función o el quehacer que desde arriba se le impone.

En la prosa del Padre Félix hay algo de aquella austeridad nativa, de aquella línea recta y sobriamente adornada que se aprecia en las páginas de su progenitor Don Juan Pablo y que Marco Fidel Suárez señalaba en la conocida obra **"La Iglesia y el Estado en Colombia"**.

Desde su juventud el Padre Félix se formó en disciplinas medulares y según métodos de estricta ordenación intelectual. Gran parte de los estudios eclesiásticos, por circunspecto servicio a la verdad y al dogma, vigilan y exigen la sustancia del concepto, la precisa justeza de la expresión. Y ello se hace imperativo funcional cuando la vida se convierte en profesión de magisterio y la palabra y la frase son, deben ser instrumentos de la verdad, de la sabiduría, de la enseñanza. El pedagogo debe ser, por excelencia, el hombre de la claridad, el dueño permanente del "lucidus ordo" que aconsejaba el preceptor Horacio.

Del Padre Restrepo se podría afirmar lo que Eugenio D'Ors dijera en su **"Nuevo Glosario"** (I p. 607) del humanista español Don Gregorio Marañón, que fué por cierto admirador y amigo del Padre Félix: "Marañón es, por definición, una mente lúcida. Pertenece a la raza de los hijos de Febo, de los que ya han recibido por patrimonio la luz, sin necesidad de esforzarse trágicamente por ella. Así escribe tan bien".

Hay un estilo, hay una prosa que es la peculiar de los sabios: la que se admira en Jovellanos, en Ramón y Cajal o en Rufino J. Cuervo; aquella que procede de la simplicidad de la idea que, más que de vestirse y ataviarse para lucirse en las plazas, gusta de llegar hasta la mente en una virginal y paradisíaca desnudez.

Finalmente, el Padre Restrepo, aunque hundi6 y asent6 los fundamentos de su sabiduría en el subsuelo del pasado: las lenguas clásicas, los maestros del llamado siglo de oro, la filosofía y la teología parrnes, fué en todo perfectamente contemporáneo y se expresó a tono con el estilo de su hora. No se imagina uno al Padre Félix atesorando vocablos viejos o frases del siglo XVI como lo hicieron Miguel y Juan Mir y a ratos Don Marco Fidel para engastarlos en sus escritos.

En castellano, particularmente desde el Maestro Azorín, practicamos la eliminación y amamos la brevedad, la concisión, la tersura.

Por eso, concluiré con el Dr. Sanín Echeverri "tiene el Padre Restrepo una sencillez entre bíblica y litúrgica en la que se encarna la difícil facilidad lograda solo por los escogidos".

Pero uno añadiría que a través de la limpia cristalinidad de su prosa destellan otras preesas interiores del buen escritor: tales la amenidad, la gracia, un leve humor dosificado, alguna vez el sarcasmo nunca sangriento y con más frecuencia de lo que uno pudiera sospechar, la emoción y el sentimiento. Rectificando a Camacho Carreño diría uno que no fué tan tronchador de metáforas como se dijo ni tan seco y desjugado de sensibilidad. Como tampoco lo fué aquel Ignacio de Loyola a quien una falsa leyenda nos desfigura como espíritu enjuto, ordenancista e insensible cuando en verdad fué hombre de tierno co-

razón, de cortesanas finuras y de frecuentes y copiosas lágrimas.

Es curiosa la reacción y la observación que una antología de escritos del Padre Félix suscitó en el jesuita holandés L. Stinglhamber, cuando hizo la reseña en "Les Etudes Classiques" (Tomo VIII (1939) p. 428): "Serà necesario —dice— alabar el lenguaje, ese lenguaje castellano tan castizo o la elevación del pensamiento o más aún esa distinción refinada que yo no he captado siempre en España pero que he tenido la sorpresa de descubrir inexplicablemente entre los suramericanos? No será quizás ese refinamiento personal el que justifica la tesis del autor cuando asegura que en las resonancias de su noble lengua palpita la vida de Grecia?".

Puestos ahora en el apremio de revelar personales preferencias uno mostraría el **Diseño de Semántica** como ejemplo de prosa didáctica en que ciencia y expresión se consubstancian; las **Flore-cillas Franciscanas en el Nuevo Reino**, como dechado de sabrosa ingenuidad; el discurso académico sobre la **cultura popular griega** como didascalia erudita y amena; el **Diálogo de la Iglesia y el Estado**, primero de su libro de Diálogos, por el sentido transparente y pulcro de la frase; el discurso inaugural del Congreso de Academias de Méjico, por la cervantina y rozagante solemnidad de los períodos; el que lleva por título "**El Castellano imperial**" sabroso por la evocación de Don Marco, por su itinerario histórico de la lengua castellana y por sus ideas optimistas sobre la futura unidad del idioma; el dedicado al "**Día onomástico del Libertador**", que recuerda los limpios cromos del maestro Azorín o finalmente el libro de sus postrimerías "**Entre el tiempo y la eternidad**" por lo denso del pensa-

miento, la lógica trabazón de las ideas, la madurez espiritual que revela, la suave y serena consolación que respira y que inspira y la otoñal luminosidad que se difunde con casto brillo de todas sus cláusulas acendradas.

El Académico

Ante todo este cúmulo de excelencias literarias, cómo extrañar que ya en 1915, a propuesta de Suárez y de Gómez Restrepo, fuera nombrado miembro correspondiente de esta Academia? Cifra entonces en los 29 años; no era todavía sacerdote ni había cursado teología; pero ya había publicado "La llave del griego"; ya tenía escrito el "Diseño de Semántica" y ya se había ejercitado copiosamente en los menesteres de la pluma en la revista **Horizontes** por él fundada en Bucaramanga. Diecisiete años más tarde, en 1933, entraba en esta Academia como socio numerario para ocupar el sillón que dejara vacío aquel prócer del pensamiento, de la lengua y de la Iglesia que fué Marco Fidel Suárez y en 1955 tomaba la dirección de nuestra Academia para no dejarla de sus manos sino repentinamente fulminado por la muerte.

Para el Padre Restrepo no fué encomienda excesiva suceder a Suárez. Oriundos ambos del Valle de Aburrá, Don Marco fué discípulo y biógrafo de Juan Pablo Restrepo e incluso apadrinó la matrícula, que a la postre vino a frustrarse, del joven Félix en el colegio de San Luis que regía en Zipaquirá aquel hidalgo de la vida y de las letras, de la poesía y de la diplomacia que se llamó José Joaquín Casas, a quien, por los designios del cielo, le correspondió recibir en esta Academia al que no fué su alumno, pero sí su amigo muy admirado.

Hacia 1913 Suárez, para justificar pretéritas y discutidas actitudes, envió al Padre Félix una histórica carta sobre la delicada y espinosa materia de la intervención del clero en la política, carta que fué publicada en **Horizontes** y que en ocasiones posteriores le fué aireada y esgrimida al caudillo político.

Hacia 1925, en el **Sueño del liberalismo**, Luciano al encarecer el "Tesoro de la lengua castellana" de Julio Cejador, por cuya vida, ya cercana a la postrimería, hace espontáneos votos al cielo, añade: "También los hace porque Dios prospere la de otro religioso loyolista, paisano nuestro y heredero del nombre circuido de luz y de bondad de Don Juan Pablo Restrepo, a fin de que, continuando la senda de estos estudios, siga acrecentando su fama para honor de su tierra y nuevo lustre de la Compañía. Hablo del P. Félix Restrepo, muy joven todavía y ya famoso en la ciencia que fundó a la par de Leibniz, aquel otro jesuita eminente Don Lorenzo Hervás" (**Sueños**, tomo V, 2ª ed. págs. 111-4).

Don Marco, bajo el seudónimo famoso entre los colombianos, de Luciano Pulgar, se entretuvo en dialogar con otros personajes en gran parte reales pero encubiertos, de **omni re scibili** en el monumento de los **Sueños**, que fueron desahogo del político malherido, varia silva de eruditas curiosidades, nartecio de cordiales remembranzas y muestrario de fraseología castellana de rancia solera. A su vez, el Padre Félix, bajo el nombre de Lope de Ochoa empezó sus **Diálogos en otros mundos** que atestiguan su humanista curiosidad por la astronomía, su admiración hacia Don Marco que interviene con el seudónimo de los **Sueños** y su interés por diversas provincias de la cultura. Ni los **Sueños** ni los **Diálogos** fueron terminados,

como sucede con ciertas estatuas griegas que ahora, para desesperación de artistas, encontramos inconclusas.

Séame lícito, de paso, insinuar una antigua sospecha mía que someto al estudio de los suaristas de Colombia. Parece que Lope de Ochoa quiso nombrarse así por alusión a Don Alonso, el patriarca asturiano de la restrepería antioqueña. Y tal vez, el seudónimo de Luciano, grato a Marco Fidel y que ha cosquilleado la curiosidad de muchos, habría que ir a buscarlo no en el ático y atildado Luciano de Samosata, autor es verdad de diálogos y hasta de algún Sueño, sino en Don Luciano Barrientos, cristiano señor a quien alcancé a conocer en mi niñez lejana por tierras de Jericó y que era pariente muy querido del presidente y soñador de Hatoviejo.

En nada fué vulgar el Padre Restrepo. Empresa que recibía, se le magnificaba entre las manos. Por eso la distinción académica no fué para él, solamente, una distinción: fué una exigencia y una función. Entendió su nombramiento no como un premio al antiguo esfuerzo sino como un estímulo al futuro trabajo, según dijera Suárez cuando tuvo su epifanía académica y repitiera en su discurso de posesión el Padre Restrepo.

La Academia fué para él, ante todo, una responsabilidad con la lengua, con la cultura, con su personal y primitiva vocación de pedagogía social.

En el ámbito colombiano, la Academia nuestra, primera de las correspondientes de América, fué su ilusión y su tarea. Gracias a su empuje inició una serie de publicaciones, entre las que figuran las Obras Completas de Monseñor Carrasquilla; se reanudaron el Anuario y el Boletín; se atendieron numerosas consultas idiomáticas, porque en Colombia, a Dios gracias, todavía hay nego-

cientes y empresarios que respetan la lengua y consultan sus dudas con la Academia y se mantuvo una correspondencia activa con la Academia Española.

Orlado de prestigio, el Padre Félix llegó a ser, en altas ocasiones, la voz grande de la patria en tres congresos internacionales: en Méjico, en Madrid, en Bogotá.

En el congreso académico de Méjico el Padre Félix, encargado de la oración inaugural, alcanzó con el soberano vuelo de sus palabras una estelar altura para su nombre y una inmarchitable corona para la patria.

En el Congreso de Madrid uno pudo comprobar, con indecible complacencia, cómo se consultaba su dictámen, se acataban sus sentencias, se le otorgaban honores, se le citaba a par de Bello, de Don Rufino o Don Miguel Antonio. Indicio de la simpatía que inspiraba como sabio y como hombre fué la invitación que a él, personalmente, con siete académicos más, entre un centenar, le hiciera Don Gregorio Marañón para pasar una tarde en su cigarral y en la ciudad de Toledo.

“aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios coronada”.

Esa tarde —rememoraba el Padre Félix— fué como un simposio; en él se hubiera inspirado Platón. Allí se encontraban unidos en el más cordial respeto y la más fina amistad peregrinos de todos los ámbitos de América. Qué grata la conversación, llena de recuerdos vivos, de erudición velada, de gracia chispeante, de reminiscencias literarias...

Ese fué el homenaje del cultísimo español al cultísimo colombiano.

Para unir una vez más —en esta desteñida semblanza y apresurada evocación el nombre de mis

venerandos antecesores— no olvidaré decirlos que el congreso madrileño rindió un homenaje al nombre y a la obra imperecedera de Marco Fidel Suárez y fué entonces cuando el Padre Restrepo se levantó y con emocionadas palabras dió las gracias en nombre de Colombia por este homenaje “al gran escritor, humanista y mártir”.

En Bogotá, del 26 de Julio al 6 de agosto de 1960, se reunió el tercer congreso de Academias de la Lengua. Presidente fué el Padre Restrepo y sitio de reuniones este mismo elegante, decoroso y señorial edificio de la Academia, que fué sueño y realización de este varón de deseos y de obras.

Lingüista de afición y de frutos maduros, fué también promotor, defensor y campeón de la unidad de la lengua castellana. Entre la tesis pesimista del sabio Don Rufino, mantenida en su declinación crepuscular, sobre la posible y no lejana fragmentación del idioma, y la teoría de Menéndez Pidal de que “no actúan fuerzas ciegas en el lenguaje y que este hermoso idioma, modelado por nuestra voluntad, nuestra inteligencia, nuestra sensibilidad, nuestra fantasía tiene siempre su vida en nuestras manos”, el Padre Restrepo se adhería al filólogo español y afirmaba su fe en el quehacer y en el destino unificado del castellano imperial.

En esta Academia viven, trabajan, enseñan los ilustres colegas Don Luis Flórez y Don Antonio León Rey, que estarán ahora mismo recordando los asertos, las predicciones y las teorías de nuestro llorado presidente sobre la unidad del idioma, claramente expuestos en “El castellano y sus afluentes” y “El castellano imperial” con que, en gratas solemnidades, dió la bienvenida a quienes son ornamento de nuestra Academia y colegas muy estimados y reverenciados.

La unidad lingüística —pensaba el Padre Restrepo— está reclamada por imperiosas razones políticas e históricas y se sentirá más asegurada, en contra de innegables fuerzas disolventes, por numerosos y poderosos factores que la defienden y la facilitan. Tales son la difusión de la escuela y de la prensa en el mundo hispanohablante; la facilidad y celeridad de comunicaciones que torna imposible aquel aislamiento que ocasionó la disgregación de la lengua latina; el invento de las ondas hertzianas que podrían unificar la fonética y fomentar la corrección del lenguaje y finalmente la labor unida y conjunta de todas las Academias para el manejo de esta maravillosa y utilísima herencia común. La causa es noble; la necesidad de unión entre nuestros pueblos, imperiosa; el porvenir de esta unión, brillante y seguro. El Padre Restrepo seguía obrando como pedagogo social y creía que a los pueblos, como a los hombres, se les puede instruir, formar y capacitar para que estimen, respeten y defiendan sus más nobles tesoros espirituales.

El humanista dinámico

En el decurso de esta semblanza nos hemos acercado ya al hombre Félix Restrepo.

Con intuición acertada el P. Angel Valtierra nos ha definido a su hermano jesuíta como "humanista dinámico". En los apuntes autobiográficos del Padre hay una aseveración sugestiva: "Todas las materias que estudié me fueron fáciles; pero mi espíritu se inclinaba más a la acción que a la contemplación.

Poseía en alto grado el sentido organizador. Emprendía cosas posibles, con finalidad concreta, con los hombres adecuados. Fué hábil para

conseguir el preciso instrumento humano que necesitaba. Tuvo lo que Ortega y Gasset llamaba "el ajuste intelectual con el contorno".

El fundó la casa del estudiante católico en Bogotá que en aquel momento acabó con insidiosos monopolios; la Librería Voluntad, para abastecer al pueblo de libros escogidos y sanos; la Cooperativa de Crédito, que aliviara las cargas de la clase media, ya que él anduvo siempre inquieto por la cuestión social; la **Revista Javeriana**, alta cátedra del pensamiento católico y colombiano; finalmente y muy en particular, el **Instituto Caro y Cuervo** que encontró en el humanista jesuita su guía clarividente y su arquitecto eficaz.

En 1940, el gobierno colombiano, por iniciativa del Dr. J. E. Gaitán, fundó el Ateneo Nacional de Altos Estudios, institución destinada al cultivo de la investigación científica y que debería continuar dos obras que marcaron época en la tradición cultural de los pueblos hispanos: la **Expedición Botánica** de José Celestino Mutis y el **Diccionario de Construcción y Régimen**, de Rufino J. Cuervo.

Vicepresidente del Ateneo y primer director de la sección de filología fué designado el Padre Restrepo; su obra fué la única que sobrevivió. Cuando en 1948 pasó a presidente honorario, el correspondiente decreto decía: "La intervención y los trabajos del Padre Restrepo fueron decisivos en la preparación y organización del Instituto, que es hoy alto centro de cultura del país, de suerte que puede ser considerado como su promotor, fundador y animador constante".

Para los que hemos vivido largos años ausentes de la patria era un título de orgullo y —por qué no decirlo— una compensación de alivio y de consuelo frente a la reiterada noticia denigrante

que la prensa extranjera publicaba de nuestro país, el refugiarse a los nombres de Caro y de Cuervo y el ostentar la revista y los libros del Instituto, sobre el cual, en repetidas ocasiones, oí ponderados encomios al filólogo Don Julio Caesares, secretario perpetuo de la Real Academia.

Quienes convivieron con el Padre Restrepo no ahorran elogios a su curiosidad intelectual, a su avidez de lector, a su memoria prodigiosa, a su capacidad de síntesis, a su intuición para captar y justipreciar ideas, hombres, situaciones, instituciones. En los días que me fué dado acompañarlo en Madrid observé que de todo personaje que le presentaba apuntaba en su libretín el nombre, la especialidad, la dirección. Un medio día, en un restaurante madrileño, trabamos conversación con un comerciante vasco especializado en los oficios de la pesca. Ahí mismo apuntó todos sus datos personales, porque este hombre —me decía— algún día le puede ser útil a Colombia donde tenemos dos mares y tantos ríos.

El Padre Restrepo fué un colombiano de alma en ascuas. Su vasto conocimiento de valores y de libros extranjeros no lo llevó jamás al desdén de lo nuestro y más bien al aprecio, al estímulo, al optimismo.

Tres obras suyas: **"Corporativismo"**, **"Respice polum"**, **"Colombia en la encrucijada"** nos ofrecen un claro y caluroso compendio de su ideario social, político y colombiano. El creía en Colombia. El la miraba estratégicamente situada por la Providencia para ejemplo y magisterio de los pueblos hermanos y él pensaba que la futura cristianización del continente asiático podría estar reservada a los pueblos de América Española. Hasta no sería difícil comprobar que un buen manejo de sus observaciones sociales y políticas vie-

nen, con antelación de años, a coincidir con fundamentales doctrinas de los últimos Pontífices y del Concilio Vaticano II.

Para defender al país no se achicaba ni amilabanaba ante nadie, por egregio que fuera. En la entrevista a que fué especialmente invitado por el Dr. Eijo y Garay, Patriarca Obispo de Madrid-Alcalá, este Prelado mantenía puntos de vista un tanto errados acerca de la historia religiosa de nuestros países americanos que él veía manejados siempre por fuerzas tenebrosas, al paso que trataba de lograr el asentimiento del Padre Félix. Pero éste, a pesar de sentirse claramente admirado y elogiado por el Señor Patriarca, le contradecía, le dilucidaba, le refutaba, todo ello —como es natural— con palabras de tanta claridad como cortesía.

El hombre

Nota sobresaliente de su espíritu fué la difusiva y cordial simpatía. Era notoria la facilidad con que entraba en relaciones con personas que por primera vez trataba y el interés que despertaba con su charla y su ortodoxa apertura.

Aquel día de mayo de 1956, en Madrid, un paisa andariego, vivido, sabido, rodado, nos invitó a un almuerzo español en una típica fonda del Madrid antiguo. Se buscó de intento ya en ella, un rinconcito sosegado. Entonces, más que nunca, descubrí a ese Padre Restrepo, que va se me hacía tan humano dentro de su intangible dignidad sacerdotal y religiosa, que en varios casos me pareció edificante.

El paisa prodigó gracejos vernáculos y sazónó las succulentas viandas del buen yantar español con sus relatos de interés novelesco; pero el

Padre Restrepo no se quedaba atrás: celebraba alborozado, intercalaba sus ocurrencias, nos regocijaba con su risa espontánea y franca. No era el sabio o el personaje famoso, empujado e inasequible sobre su pedestal; era el hombre afable, amigo de sus amigos, abierto de mente, de corazón y de ademanes. Hombre en todas sus calidades y vertientes. Humano, humanitario y humanista.

En España —palenque de nobles rivalidades del espíritu— hubo, años atrás, quiénes se dieron a repartir a sus conciudadanos entre excluyentes y comprensivos, según se pretendiera reafirmar la actitud de atrincheramiento en una cerrada tradición doctrinal o de abrir las puertas a los que coinciden en el aprecio siquiera de unos cuantos valores fundamentales.

Uno situaría al Padre Restrepo en el grupo de los comprensivos. No porque cediera un solo ápice de su adhesión al dogma, sino porque entendía el precepto de San Pablo de dilatar los espacios de la caridad o la máxima de San Agustín de guerrear contra el error, pero acoger al hombre.

“Veinte años hace —escribía el Doctor López de Mesa— que andamos juntos en estos ministerios de la cultura en el seno de la Academia Colombiana, sin un disentimiento moral ni político ni literario siquiera, antes unidos por el vehemente anhelo de ser útiles dentro de los apartados orbes de nuestra concepción filosófica del mundo”.

Su benevolencia intelectual y la anchura de su alma evocaba la comprensión que distinguió en España a Don Marcelino Menéndez y Pelayo, el autor de la “**Historia de los heterodoxos**”, el sabio católico que no desconoció las preesas de los clásicos greco-romanos, ni las soberbias construc-

ciones de ciertos filósofos heterodoxos ni los méritos literarios de contemporáneos y colegas de la Real Academia que, como Núñez de Arce o Pérez Galdós, militaban en opuestas ideologías.

Hay algo más: como todo hombre grande atrajo el rayo, que suele amar las cumbres y los árboles solitarios. En puntos de gramática hubo letrado que atacó sus teorías con ademanes de inusitada violencia. En estos y semejantes casos, el Padre Restrepo, sin retroceder de sus puntos de vista o de sus actitudes prácticas que él solía medir y proyectar con alteza de miras e intenciones, respondía con serenidad, razonaba con equilibrio e invitaba a la cordura, al sosiego, a la caridad peculiar del buen cristiano. Fué siempre así por temperamento, por educación, por convicciones religiosas.

Por los días del Congreso Académico de Madrid andaba exacerbada entre los españoles la contienda sobre los méritos de Unamuno: admitidos por todos pero empañados, en opinión de los tradicionalistas, por las contradicciones notorias del célebre Rector de Salamanca. Unamuno fué pensador originalísimo e independiente, prosista modular e incitante, alma agónicamente religiosa. Pocos hombres tan sedientos de inmortalidad; pero acerca de su cristianismo habría bastante que esclarecer y puntualizar. En ese clima, el Congreso de Academias decretó ofrecerle un homenaje en la Facultad de Letras de Salamanca, ante la estatua que le labrara Victorio Macho. Llegada la hora del homenaje, el Padre Restrepo me decía:

—Hay que reconocer todos los méritos de este hombre como escritor, pensador e hispanista. Pocos españoles habrán estudiado y comentado los valores de América con el cariño y el calor de Unamuno. Recuerde su prólogo a las poesías de Sil-

va o su juicio sobre los escritos de Tomás Carrasquilla. Pero en este momento de España los sacerdotes extranjeros debemos proceder con cautela y no favorecer posturas rebeldes frente a las enseñanzas o criterios de la Jerarquía.

El Padre Espinosa Pólit, gloria purísima del Ecuador, aprovechó las horas del homenaje para visitar en Alba de Tormes el sepulcro de Santa Teresa de Jesús, cuya familia estuvo tan ligada a la primitiva historia de Quito. Y el Padre Restrepo, que además se sentía fatigado y debía vigilar el ritmo de su corazón, prefirió invitarme al sosiego de un parquecito, engalanado entonces por la sobria dádiva de la primavera castellana y allí, sentados en un banco de piedra, nos entretuvimos leyendo los vítores universitarios pintados con sangre de toro en los muros amarillentos de la catedral y mirando los pasos, los lances y los giros de un corro de niñas que acompañaban su danza antigua, tal vez milenaria, con el canturreo de un sabroso romance.

El Padre gozaba haciendo conversar a las niñas castellanas para sorprender su fonética y su vocabulario y les hizo repetir el romance para trasladarlo a su inseparable cuadernillo de apuntes.

En esta ocasión el comprensivo cedió su paso al sacerdote discreto.

El no podía permitir que su nombre, nimbado de prestigio, pudiera esgrimirse por cualquier aprovechado, para lanzarlo al certamen de ideas en que entonces se debatían algunos intelectuales españoles.

El sacerdote

Qué diremos ahora —para concluir— del sacerdote y del religioso?

Florecieron estos dones sobre su estupenda calidad humana y florecieron con gallardía porque él vivió amando su vocación, ajustándose a las reglas de San Ignacio, ejerciendo con decoro su sacerdocio, que es oficio de mediación. Situado entre Dios y los hombres, él se acercó a Dios por la liturgia, por la pureza de la vida, por la oración y la contemplación; pero se volvió hacia los hombres para el ministerio, la enseñanza, el múltiple mensaje.

El recuento de su prodigiosa actividad cultural pudiera eclipsar los haberes y merecimientos de su vida de religioso y sacerdote. Pero no fué así, entre varias razones, porque todo lo que hizo y enseñó lleva intenciones de apostolado y fué tan solo un desbordamiento de su vocación de servicio a Cristo y a la Iglesia.

Sucede además que en su hoja de servicios sacerdotales, se registran a menudo la dirección de los ejercicios ignacianos en colegios, seminarios y comunidades, la predicación de semanas santas en humildes pueblecitos o grandes ciudades, la colaboración fraterna con sacerdotes que lo reclamaban y hasta la capellanía, por largos años, del barrio obrero del Nordeste en esta misma ciudad de Bogotá. Sin esta referencia a su ministerio ceñidamente sacerdotal hubiera quedado incompleta y falsificada la semblanza de quien ante todo se preció y se gozó de colaborar en la implantación del mensaje del Evangelio.

“Mi mayor consuelo —escribía en su última obra— es haber dedicado mis fuerzas y mis años a cooperar en la difusión del reino de Cristo en la obra de la redención”.

La vida sacerdotal del Padre Félix queda encerrada entre dos libros suyos de directa finalidad apostólica, el uno de su juventud y el otro

de su ancianidad: "San Agustín: sus métodos catequísticos, sus principales catequesis" (Madrid, 1925) y "Entre el tiempo y la eternidad" (Bogotá, 1960).

Con el libro agustiniano empezaba el Padre la colección "Los grandes maestros de la doctrina cristiana". En él ofrece una versión clara de los escritos catequísticos de San Agustín, enriquecida con erudita introducción, con atinados comentarios y anotaciones.

La empresa de traducir a San Agustín no es tan fácil como pudiera imaginarse, dado el latín peculiar y los juguetes conceptuales y verbales de aquel gran retórico africano; pero el Padre Restrepo consumó la proeza con su acostumbrada sencillez y diaphanidad. Uno de los postulados de la introducción se refiere a la oportunidad de reanudar en las misiones de infieles la primitiva institución eclesiástica del catecumenado. Vivió el Padre Restrepo hasta verla decretada por el documento conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia.

En la madurez del ocaso el Padre Restrepo sorprendió a sus amigos con una obra cuajada y rezumante de enseñanzas: "Entre el tiempo y la eternidad". Fué su testamento espiritual. El Dr. López de Mesa, lumbrera de esta Academia y de la ciencia colombiana, prologó la edición de Bogotá y el Padre D. Domínguez, profesor de filosofía en la Universidad de Comillas, prologó la edición de España en 1963.

Domínguez estudia al autor como filósofo científico, como apologista muy personal y original que trae a la memoria las **Confesiones** de San Agustín y brinda la fórmula cristiana frente a las fórmulas del existencialismo y finalmente como escritor de rico y castizo vocabulario y de estilo terso, preciso, sencillamente elegante.

¿Cuál sería, según el comentarista español, el mensaje peculiar de esta obra, el aroma que de sus páginas se desprende?

—Ante todo, firmeza de convicciones frente a los sistemas opuestos, que él no desconoce;

—Luego la ingente y exquisita cultura de quien ha logrado, con labor muy personal, acendrar y aquilatar así su pensamiento;

—Y por último el perceptible y tonificante efluvio de paz y de placidez que respira el autor —entonces presunto moribundo— como sobrecogido por la Eterna Verdad que se avecina. Libro de quintaesencias, todo un acervo de saberes cristaliza y fructifica en esta poma exquisita, que tiene la belleza de lo maduro y de lo crepuscular.

Por su parte, el Doctor López de Mesa, se pregunta, urgido quizás por la novedad del libro: “Dentro de cuál especie literaria cabe este documento? Decimos **divagación** del escrito que discurre con el inseguro “a mi me parece” sin fundamento ideológico abonable; **disertación** cuando opina con buen criterio acerca de alguna tesis meritoria; **ensayos** si el autor añade doctrina eminente al tema en que se ocupa; **tratado**, en fin, del asunto que ofrece estructura conceptual nueva o muy firme y armónica, como en las magnas producciones de los maestros. En el presente caso, yo diría que es un **discurso**, en la noble acepción que este título obtuvo en los siglos XVII y XVIII; una tesis preparada con nociones preliminares que la iluminen, enunciación exacta, razonamiento estricto y conclusiones genuinas, útiles al bien común; todo ello incorporado en ágil dicción profesoral, amena, sencilla, pulcra... Su cuerpo de verdades científicas, discursivamente presentado de memoria, sin dilaciones librescas, denuncian la reciedumbre del autor en menesteres de cáte-

dra y el buen ordenamiento mental que las ideas tienen en su espíritu”.

Ved aquí algunas de las manifestaciones que nos hace el Padre Restrepo: “Ya el sol se pone en occidente. Atrás queda la tierra, delante se abre el mar de la eternidad. Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso. Las sombras de la tarde empiezan a cubrirme de melancolía, pero en el fondo del alma me siento feliz porque me fué dado conocer al Salvador y sé que en pos de El resucitaré en el último día”.

En acto de servicio

Así, con esta majestad de ocaso, con esta serenidad de tarde en la llanura infinita, va llegando el Padre Félix Restrepo a la hora del tránsito. Pero el presentimiento de la partida no lo inmovilizó para la acción. Y esta Academia, en particular, le mereció las últimas preocupaciones.

No creo que sea frivolidad acudir a un poema pagano para ennoblecer la muerte de este hombre de Cristo.

En las postrimerías del libro V de la Eneida, Virgilio relata la muerte repentina de Palinuro, el piloto de la escuadra y de la nave en que por mares procelosos viajaba Eneas, el predestinado, rumbo a las costas de Italia en donde asentaría los fundamentos de Roma con su ingente mole de imperiales designios.

Pero los dioses enemigos se confabulan y maquinan contra la nave y su piloto. Entonces el Sueño leve, deslizado de los astros etéreos, moja un ramo en rocío leteo, soporificado en las aguas de la laguna estigia y lo sacude invisiblemente sobre los párpados de Palinuro, insomne y velador. Se niega el piloto al sopor insinuante y sigue en

su puesto de mando, las manos aferradas al gobernalle y los ojos en las fieles estrellas, amigas de los marineros. Prevaleció por fin el Sueño indócil e inopinado. Y súbito el dios colérico arranca de su puesto al piloto y lo precipita a la inquietud asidua del mar.

Félix Restrepo, como el piloto de los maravillosos exámetros virgilianos, se mantuvo en su puesto de servicio hasta el minuto postrero, las manos en la rueda del volante y los ojos en los altos luceros que le iluminaron la vida: Dios, la Iglesia, Colombia, la universal castellanía. Solo que en este caso no lo arrojaron las fuerzas coléricas de los dioses malignos. Simplemente, lo llamaban de la Casa del Padre, que tiene muchas mansiones. Horas antes de morir, el Padre Restrepo decía a una de sus hermanas:

—Aquí estoy, en el aeropuerto, esperando que me llamen por mi nombre para pasar a bordo.

Poco después lo llamó Dios, el mismo que le alegró la juventud y le confió un mensaje de valores eternos negociados con la industria del siervo bueno y fiel.

Y él emprendió sin dilaciones el viaje de que no se regresa.

Era el 16 de diciembre. Por los aires azules de la sabana flotaban ya los villancicos de navidad. Félix Restrepo nació para lo celeste y lo divino cuando en la conmemoración de la liturgia el Verbo Eterno de Dios se aprestaba a nacer entre nosotros, caminantes del tiempo y de la tierra.

Murió en acto de servicio. Murió en olor de buena fama, en plenitud de hacienda y de gloria. Pasó a bordo y ahora mismo sigue volando, volando, para ocupar la altura que se granjeó con su vida y con sus obras, en el cielo de Dios, en la memoria de los hombres, en los más bellos anales de la Iglesia y de la patria.

INDICE

Presentación por Juan Gonzalo Mesa M. . .	3
Marco Fidel Suárez	7
Tomás Carrasquilla	75
Madre Laura Montoya	85
Padre Félix Restrepo S. J.	133

Colección Academia Antioqueña de Historia.

- 1 — Fray Ignacio Mariño.**
- 2 — Bolívar y Córdoba**
- 3 — Juan Manuel González Arbeláez. Selección de sus poesías.**
- 4 — Veinte años de Novela Colombiana.**
- 5 — Resumen Histórico de la Arquidiócesis de Medellín.**
- 6 — Francisco Antonio Zea y Selección de sus escritos.**
- 7 — Cuatro Escritores Antioqueños.**